

7
18

AS

10





h

MEMORIAS

DE

FRASQUELO

POR

CARLOS ALVAREZ MALGORRY

—

9

MADRID

IMPRESA DE ENRIQUE TEODORO

calle de Atocha, núm. 80.

1878

+

Es propiedad de los editores.

PRÓLOGO

La Pocanimalia es una extensísima isla de vegetación floreciente, fecunda y conservada por sus habitantes. Su rico suelo se asemeja, por la variedad de los frutos que cultiva la mano de sus moradores, á una rica alfombra de Persia, de caprichoso dibujo y matizada de hermosísimos colores.

Sus primorosas calles de acacias, sus ondulosos paseos de álamos, sus jardines de olorosas flores y de ricas frutas, los cristalinos arroyos y rectos canales construidos para el transporte, hacen de este país un oasis divino, que es, sin disputa, el cielo de la tierra.

La población es de un gusto delicadísimo. Casas de dos pisos, con escaleras anchas y claras, fachadas de medias tintas, balconaje y verjas oleadas al blanco, zócalos todos de piedra, cristales de una sola pieza, calles de igual

latitud, plazas despejadas sin ornato alguno en sus centros, revistiendo, en fin, todo el conjunto, un aspecto de limpieza, de sencillez y de elegancia.

De noche, la poblacion vista á lo lejos, desde un sitio que la dominase, apareceria á los ojos del espectador como un enorme brillante de inmensidad de luces; cada casa tiene que costear la luz que ostenta en su fachada; resultando, que si una calle se compone de cincuenta ó cien edificios, se halla alumbrada por ciento ó cincuenta farolas.

La noche, por tanto, es allí clara para el transeunte. No existe monotomía alguna; las construcciones guardan diversidad en su altura sin exceder notablemente, y en cuanto á longitud, tampoco conservan simetría.

El suelo es liso, de un cemento especial y duradero, labrado en los sitios donde se eleva la rampa ó la pendiente declina.

Las mujeres visten siempre igual. La moda no ha llegado á penetrar en aquel pais, falto de civilizacion. El peinado femenino es natural, dividido por una raya en su centro desde la frente al occipucio, y trenzándose en dos crenchas,

que rolladas de por sí cada una, se sujetan con horquillas detras de las orejas, de las que pende un pequeño anillo de oro.

El vestido se compone de cuerpo alto con mangas de holgura natural, aunque ajustadas á la forma del brazo, y falda del necesario vuelo, hasta el tobillo como longitud máxima. Toda doncella, calza blanca media como la nieve; encarnada, la mujer que vive bajo el dominio de un hombre, y de azul celeste la que ha perdido ese dominio, muy dulce al decir de aquellas bellezas.

Completan el traje exterior, los pañuelos para la cabeza, de finos estambres y delicados dibujos; los gabanes de enguatado paño y de elegante corte, y las esclavinas que cubren todo el cuerpo.

En tan delicioso pais el pan es de buen trigo, el vino de excelente uva y la leche no pierde su densidad. No existen abogados, porque no surgen pleitos, ni malhechores porque la inclinacion al bien es patrimonio de todos.

En la más reducida aldea de tan primorosa comarca, blanca como vedija de algodón, fértil como nuestra Andalucía, bella como un eden,

y rica cual colmena de trabajadoras abejas, vivía un ser especial, cuyo tipo es desconocido entre los que necesitamos duras leyes y carecemos de la constante é inalterable paz que reina entre aquellos naturales.

La igualdad, esa palabra (porque para nosotros no es mas que una pura frase) campea en su más perfecto significado, en su genuina acepción bajo aquel cielo puro, en aquel paraiso de ángeles, que ángeles pueden llamarse los séres que no necesitan legislacion con premio ni castigo.

La igualdad es entre ellos, como la igualdad natural; como las hojas de un árbol, todas nacidas del mismo tronco, todas iguales en su construccion, en su manera de sér, pero ocupando distinto sitio, porque ninguna puede estar á la vez que la otra, llenando el mismo espacio. El sol las baña todas, pero á unas ántes que á otras, á éstas más tiempo que á aquéllas y á las de más allá, con más calórico y más constantemente que á las de más acá.

La libertad es omnímoda; cada hoja gira á impulsos del cierzo sin dañar á su compañera, y se nutre legalmente sin robar jugos agenos. La

hermandad reina inalterable, efecto de las dos primeras virtudes, pues virtud es toda cualidad que no lleva en sí el germen del mal, ni puede darle acceso jamas.

Nuestro protagonista era, como hemos dicho ántes, un ser especial. Tenía 50 años de edad, vivía sencilla, pero cómoda y tranquilamente; la paz era su bienestar, y no hubiese sido capaz de turbar su conciencia por todos los millones del mundo.

Su espíritu tenía la idea del bien, á la que ajustaba sus acciones, y medía á sus semejantes con criterio inflexible, diferenciándolos segun la categoría de su instruccion, de su bondad y de sus merecimientos.

No conocía la envidia, ni el egoismo, y le dotaba una abnegacion, por desgracia nada comun.

El arrepentimiento no tuvo jamas entrada en su corazon, porque nadie puede arrepentirse sino los malvados; el que obra con rectitud, sólo obtiene satisfacciones y alegría por haber obrado bien; nunca la práctica de una virtud puede causar pesares por haberla ejercido.

Semejante proceder, que era natural en

nuestro personaje, no lo debió jamás á nadie: nació con él, con él vivió y quedó extinguido con su vida.

Todos los aldeanos le conocían con el nombre de Frascuelo: Frascuelo era el oráculo de los ignorantes, el consuelo de los afligidos, el consultor de los sapientes, el caballero de las damas, el Pilades de los amigos, el paño de las lágrimas de cuantos le conocieron.

El origen de semejante nombre quedó en la oscuridad; todos se limitaban á pronunciarlo, sin tratar de inquirir su ascendencia.

Llegó un día en que recibí una carta, que me contristó en extremo. Era de Frascuelo, de aquel hombre que había yo conocido y tratado en Madrid por espacio de algunos años, cautivándome con su proceder y cariño.

Abrí la epístola y leí lo siguiente:

«Mi único amigo. Me hallo próximo al no ser; la materia no da más de sí, ni hay doctor que enderece esta máquina. Los séres queridos ya murieron. Hoy me toca la vez, y á fe que no lo siento. Tú eres la sola persona que ha conservado fiel el afecto que nos une; sin duda porque no has cambiado de posición social y sigues tan

pobre como ántes. El dinero trueca en indiferencia el amor más santo de la tierra, y cambia la manera de pensar del varon más justo. Sin duda ésto se debe al mayor ó menor grado de egoismo que se encierra en todo viviente. Pero apartando cuestiones que nada importan al que deja la algazara de los vivos por la mansion de los muertos, voy á suplicarte un favor. Quiero despedirme de tí y verte. Ven cuanto ántes. Te espera, y aplaza su último suspiro hasta que llegues, tu invariable, FRASCUELO.»

Conmovido quedé con esta lectura, y preparando en seguida una muda interior en mi sacco de noche, salí en direccion á la Pocanimalia.

Despues de varios dias de mal camino, me encontré en presencia del enfermo.

Muy desconsolado quedé al mirar el cuadro de soledad que á mí vista se ofrecía. Frascuelo era un cadáver casi; ni hablaba, ni se movía. Abrió sus ojos y me señaló un legajo que había encima de una mesa; sentí un ruido extraño, un borborigmo especial; cuando cesó, era yo sólo el que respiraba en la habitacion: mi amigo no existía.

Trascurrido un mes desde tan desgraciado

momento y cumplidos todos los deberes de la amistad para el que fué uno de mis más puros afectos, me encerré una tarde en mi cuarto y desenvolví el atado de papeles que me legó la voluntad de un vivo á las puertas de la muerte.

En la primera página con caracteres grandes, leí el siguiente epígrafe:

Memorias de Frascuelo.

No pensé más; el muerto quiso sin duda publicarlas y le faltó tiempo. Yo cumplo su deseo. Ahora tú, lector, juzga como te parezca. He dicho.

C. A. M.

PARTE PRIMERA

ANTES DEL BAILE, EN EL BAILE Y DESPUES DEL BAILE.

CAPÍTULO PRIMERO.

LEÓN.

Leon es un joven, de salud á prueba de chaparron y de frio; no gasta capa, y carece de comodidades en su vivienda.

Suele destrozar calzado holgado, lo que le hace desgastar mucha calceta á cambio del poco gasto que se efectúa en las faltriqueras de su chaleco.

Por lo general, no cuenta un cuarto sino á primeros de mes cuando cobra su escasa mensualidad.

El baile es su pasion favorita, su delirio, su dorado sueño; pero no el baile de familia, ni el de etiqueta, con ribetes aristócraticos, sino el público, y de temporada de invierno, donde

acude la gentil modista y la linda jóven mesocrática.

Leon pasa siempre el dintel de tales espectáculos con las manos en los bolsillos de su pantalon, si hace frio, y con el copa chorreando, si hace agua.

En el primer caso se da un frote junto á cualquier estufa allí habiente, y en el segundo se sacude cual perro de lanas, acabando por tostar el faldon posterior de su *paletot* al fulgurante calor de algun *encendido coke*.

El guarda-ropa es una pieza supérflua para nuestro protagonista, que no usa más guarda-ropa que su cuerpo, y la lavandera que tiene su muda hebdomadaria interior. Desdeña tambien forzosamente, de los restaurants danzantes, los trasnochados fiambres, los aguanosos licores y las sebosas tostadas que, á elevados precios, se malsirven en las untosas mesas refectoriales.

Cuando Leon se temple un poco, despues de hacer su entrada en uno de sus bailes favoritos, saca un cigarrillo de papel hecho de tabaco y otras zarandajas, y saboreando como fumador de buena garganta el contenido del pebete, da la primera vuelta de paseo por el concurrido salon á guisa de lobo que gusta el pepiniño que ha de abrirle el apetito para merendar la tierna oveja que ve en lontananza entre rebaño tan saltarin como aparece á sus ojos.

El bullicio cunde, las risas se propagan, las bromas se suceden, la carnestolenda está en su auge dentro del recinto.

Leon elige sitio de expectacion, y el bastonero dá con su vara florida, los tres golpes consabidos sobre la *molida* alfombra, que

«parece un jardin de flores,
toda llena de remiendos
de diferentes colores.»

Retumba fuerte la instrumentacion sonora, y los rápidos acordes de un wals, el primero de la noche, dan al aire con los piés de la muchedumbre bailarina.

El jóven observa las parejas que pasan ante su vista y concreta su atencion en las partes débiles que se dejan arrastrar por sus galanes como quien no puede oponerse á la fuerza y tiene que sucumbir á la violencia.

Cuando el wals es de una tanda tan bella como las de *El violin del diablo* ó *El diablo enamorado*, el que baila se ausenta de este mundo momentáneamente, y cree verse trasportado en su imaginacion por un espacio fulgurante, por un oasis indescriptible, por un eden de placeres desconocidos.

El pecho palpitante de emocion abrasadora, la vista turbada por la multiplicacion óptica de las luces del salon, las manos y brazos aferrados á la pareja, los alientos besándose canden-

tes al encontrarse á poco trecho de las bocas, y el sér entero confundido en un deleite que tiene algo de sobrenatural, de cielo y de infierno, de confianza y de respeto, de tormento y de alegría, de sueño y de realidad; todo hace desear de una manera automática que la música no cese, que el torbellino no pare, que aquello no acabe, porque ni se siente cansancio, ni se encuentra fatiga, ni duelen los miembros, ni se desea otra felicidad.

Pero á Leon no le sirve el wals; necesita una danza más calmosa, porque quiere hacer el reclamo de su caza, verla de cerca y despacio, formar su juicio, cebar, apuntar y no errar el tiro.

Por eso apenas termina el primer baile, se lanza en busca de pareja para la polka. Recorre los divanes, verdadero escaparate de pacientes y venerables abuelas á quienes han engañado sus hijas y pagan el engaño con echarse en los brazos de Morfeo, miéntras las últimas se entregan en brazos de sus bailarines; de apuestas y ridículas madres, embarazadas con el peinado nuevo *que las tira* por falta de costumbre, y que soportan con la esperanza de un marido para sus herederas, y un yerno para sí mismas; de capuchones negros, verdaderos é informes bultos de mujeres de *aquelarre* que dejaron la escoba en sus microscópicas cocinas, y esperan les caiga de arriba una media tostada de abajo,

que al fin no son descontentadizas y prefieren *un toma, ó dos te daré*; y, por último, de chicas jóvenes, pero simples, con la cara al natural y el cuerpo disfrazado de beata, aldeana, ó gallega á duras penas; bobas, que calzan el elástico de chagrin con el mantelo de la marusa, y la botina de charol con el jubon aldeano, ó la toca y los bucles empolvados con el zapatito de rejilla.

La exposicion sentada, no satisface á Leon, y se decide por las máscaras paseantes.

De éstas elimina: 1.º, las acompañadas de galan de confianza; 2.º, las de amigas en espeso número; 3.º, las muy dadas á la risa, y 4.º, las de careta entera. Ve, por fin, una media cara negra veneciana con puntilla de algodón ó seda, en terciopelo negro y héte ya aquí á nuestro chico á su lado deslizandó una invitacion.

El doncel dice para sus adentros *ya tengo polka*; y un nuevo cigarrillo por la satisfaccion, humea en el ambiente al contonearse el galan, que la retozona música hace caer de las rubias garras del lobo; porque los fumadores tienen todas las garras rubias.

Leon echa por sus narices los últimos humos de la mercancía estancada, á guisa de locomotora que van á unir á su tren, y cogiendo sin preámbulos, ni melindres, á su agasajada, que se deja coger con mohin de estudiada chispa, se lanzan ambos á cadente compas á la liza

á *ver venir*; ella, pasiva y resignada; él, *pasi-activo* y asimilado.

La primera vuelta da á conocer á ambos personajes, que no es la vez única que han bailado polkas; pero nada se dicen.

A la segunda nada se han hablado aún, pero ya se han dicho algo.

De este *algo*, saca en consecuencia nuestro halcon que «*el que calla, otorga*;» y deduce la paloma que su pareja tiene práctica consumada en *polkear*, y modos de persona decente, aún cuando se la escapa el conocimiento del *modus vivendi* del gavilan en los asuntos á donde no llega la manta.

A la tercera vuelta sigue el silencio y la orquesta tiene tambien compases de silencio. El lobo no sabe en que sitio hincará mejor el diente á la oveja, y lo que no hace la lengua lo suple la sorda mímica.

En efecto una masa de bailarina gente tiene sus poros mas pequeños que los del queso gruyère, y esto obliga á que las parejas vayan estrechando las distancias entre si más de lo justo, viéndose por consiguiente harto ajustadas; pero al acordarse de que «no hay mal que por bien no venga,» que «quien algo quiere, algo le cuesta» y «más valen buenas obras que palabritas de buena crianza,» siguen todos su suerte y hasta acaban por no ensanchar las distancias aún saliendo de entre apreturas.

A todo nos acostumbramos en seguida; de manera, que, calculando aritmética y proporcionalmente, dos, deben acostumbrarse mas pronto que uno.

Seguramente ignoro qué Sardanápalo sería el que inventó los bailes *íntimos*, pero desde luego fué un gran sardanápalo, y debió sér un grande empresario de danzas públicas.

Es diabólico en efecto, poner un ascua junto á la sardina cuando se tiene apetito, y recrearse maquiavelicamente en ver como *tostandito* se va poco á poco, hasta el punto de estar *á punto* de ser puesto sobre manteles el codiciado manjar.

Y no deja de ser más diabólico el hallarse *en su punto* el pececillo y dejar que *se pase de punto*.

El *mítis* de la orquesta siempre suspende la animacion viva de las parejas y cambia las posiciones.

¡Bendita vida la que se sustenta sobre una salud robusta, una edad tercia ó media, y un carácter contentadizo, sobre todo cuando el corazon no da acceso á la envidia!

En tan hermosa edad todos los ojos nos parecen rasgados, las bocas son frescas, las sota-barbas llenitas, y las manos, sino del todo aristocráticas, aparecen de adivinadoras muñecas.

La mujer, ese bello viviente de nuestra especie, ese semidios que dirige de un modo indi-

recto todos nuestros actos, que causa nuestras penas y pesares, ángel y demonio, paraíso y tártaro de todo masculino sér, vírgen de nuestros ensueños, incentivo de nuestra abnegación, aliciente de varoniles pasiones, es la mitad de nuestra alma, por mas que algunos la consideren sólo como una costilla ó *chuleta* del hombre. ¿Quién sera capaz de hablar mal de la mujer?

El idiota, que carece de inteligencia; el expósito, que nó conoció á su madre; el libertino, que, nacido sin corazon, sólo ha tratado con prostitutas y miserables; el Narciso, enamorado de si propio, y los que tienen una cabeza de ajos en vez del cerebro de los hombres.

El interior de la mujer nos engaña muchas, muchísimas veces, si nos fiamos sólo de lo que ven nuestros ojos materiales.

Hay hembra que baja su vista y velan sus lindos luceros unas pestañas negras, sedosas y largas, apareciéndonos como un angel de pureza; que ostenta en sus tersas y frescas mejillas el vivo matiz de la rosa, como un tipo de candor; que huye cual gacela tímida al suave suspiro de un «te amo;» y ese angel, ese candor y esa gacela no bajan su vista ni se tiñen de rojo, ni dánse á la fuga, á la violenta emocion de un ósculo rápido, seguro, arrebatador.

Hay hembras que rien, conversan y atraen; ostentan sus piés menudos, descubren asaz su

garganta, oyen las frases galantes sin que nada las turbe; se callan á veces y nunca se las ve resentidas; y esas hembras castigarían con toda su fuerza el traidor ósculo.

Hay circes beatas, de largo y mundanal rosario, que son unas puras é inmaculadas delante del sol; y esas circes llegan fácilmente á perder su rosario en las tinieblas de la vida.

Que hablen las célebres camillas de nuestra infancia, las tertulianas vigiliás diarias en donde el velon alumbraba el pecho de los concurrentes; *la peregila* en donde la pantalla velaba las cabezas, y la bayeta de la camilla ocultaba el resto del cuerpo. Tampoco debió sér mal Sardanápalo el que inventó el diminutivo de *cama* para nombre de mueble de tal valía, que valer es y valor da á un *dios penate* el servir para juegos lícitos, secar la ropa planchada, calentar los piés, y otras zarandajas que me callo.

Hay hembras también discretas, hembras de miedo, de ocasion, de va-y-ven y de celos y recelos.

Pero todo es necesario en este mundo, basta de femenina fruta, que nosotros viles gusanos, tratamos de emponzoñar por naturaleza, por instinto y por satánicos medios; porque nosotros somos los bichos más malos de la tierra, como dicen las solteronas de tomo y lomo.

Sin embargo el mundo vive con las muje-

res, para las mujeres y por las mujeres, á la manera que un notable periódico vivia con el pueblo, para el pueblo y por el pueblo.

Las hembras siempre nos vencen, pero despues de vencidos somos recompensados; y todos preferimos por vencedor nuestro á una hembra aunque sea plebeya, mejor que á un varon de pergaminos que se pierdan en la oscuridad de los tiempos, aunque sean como los del Dr. Vilella (1).

Pero dejemos á Leon en su baile; las parejas oscilan y todo componente entra en caja á modo de una tabla llena de dominguillos que cualquier *santi-boniti-barati* trasporta en su cabeza por las calles.

El schottis requiere más atencion que otro baile, porque es mayor la variedad de sus pasos.

Leon se ha lanzado con una diminuta dama que baila como un peon, pero eso no destruye la incomodidad que produce danzar con pareja de corta estatura, mucho más, si esa pareja se llama Dalila, y ha concedido anterior y recientemente una polka.

(1) Le hicieron *noble* en premio de un asesinato, segun las crónicas del siglo XV. Yo no la vi, pero tampoco lo dudo.

CAPÍTULO II.

EL RESTAURANT.

Allí vemos durante el descanso y perdiendo la pista de Leon, un grupo de tres personas que nos interesan. Describámoslo. El primero es un pollo con leontina y cuello subdiaconal; de cazadora ceñida y calzon de guajiro; copa puntia-guda y verduoso guante. Su bolsillo sirve de recipiente á cinco duros extraídos de no sabemos que mina. La dama que se apoya levemente en su brazo, es esbelta y graciosa, y viste con gusto y sencillez. El tercer personaje es la diminuta ninfa que vimos bailando con Leon, y se ha reunido con su amiga.

Querubin, que así se llama el pollo, se dirige de bracero con su Filis al *cœnâculum*, y la

bajita agregada, sigue, cual apéndice propio, del brazo de su afortunada íntima.

Entre ambas, media un codazo que quiere decir «aleluya.» y el pagano imberbe pasa como conquistador entre el tumulto, en busca de una mesa.

Colocados ya anfitrión y comensales, aqué- lo mas cerca posible de su pareja, cámbianse algunas frases con un camarero que regresa en breve, trayendo una bandeja de latón dorado con los efectos siguientes: dos vasos con naranja del tiempo para las bellas, que ya deploran no haber aceptado una tostada, pero que están á tiempo de jugarle alguna á Querubin; dos cucharillas de peltre, que salieron del delantal del sirviente; un panecillo de horno que tiene una punta mojada en agua; un tenedor de plomo dorado, al que acompaña cuchillo con cabo de amarillo hueso; y, por fin, una servilleta que acaban de sacar de un barreño de agua, con sus lunares vinosos; un vaso llorando y una botella con vino y sin corcho aparente, pero que lo tiene dentro.

Querubin coge el panecillo y le hace trizas, empezando por meterse entre mandíbulas un pedazo. Las chicas miran con descontento sus refrescos, y ambas se quitan el antifaz.

Aquellas dos caras, tenían mucho bueno para el ojo observador; nada de notable para el miope.

La *aparejada* lucía sus buenos ojos,

«más negros que las alas
negras del cuervo.»

Su rostro enjuto de carnes, no carecía de gracia, y dejaba traslucir vehemencias del querer.

Su boca fría, aunque el labio inferior algo más grueso, confirmaba lo vehementes de sus trasportes. Su sonrisa era provocativa hasta la locura, y dábale más sabor la naturalidad que poseía.

La amiga que estaba de *non*, era de resuelto tipo, de esas que tienen retratada la firmeza de carácter en su rostro; que dicen *sí* y ya no hace falta que lo digan, pues el hecho lo unen al dicho y el dicho al hecho.

Llevaba reloj y cadena, y miró la hora para que todo el mundo viese que era persona decente.

Por cierto que el cilindro femenino no disgustó al reojo del jóven de los cinco duros.

Ambas se desnudaron la derecha del apretado guante, y empuñando las cucharillas, probaron el líquido cuando el camarero llegaba con vianda mas sólida.

Terminada la cena, salió del bufet nuestro adalid con el sombrero en la coronilla y la cabeza en los piés, dando ambos brazos á la doble

y femenina carga; así de bagaje entró en el salón con escurrida bolsa y estirada tripa, conducido entre ambas damas á las que faltaba soltar un punto del corsé.

La mesa quedó limpia de comestibles, pues tácitamente se encargaron las ondinas de no dejar migaja.

Las luces, la orquesta, el calor, las voces y la gente, acabaron de trastonar al pobre Querubin, que tenía un mareo de tres bemoles y dos becuadros.

—Esta noche nos vamos desde aquí á una buñolería, decía tartamudeando el pobrecillo.

—No, no señor; nos vamos á casita.

—Cá; tengo yo áun cinco duros, y los vamos á gastar en churros y en aguardiente de Chinchon.

La flaca de ojos negros conocía bien el estado del chico y con dulce tono le replico:

—V. hará lo que yo le mande.

—Mira; deja el V., respondía el muchacho. Tú eres la mu... mujer que mea... me ha hecho tilin á mí.

—Nos va á poner verdes, chicheaba por lo bajo la del reloj á su amiga.

—¿Que dices tú, arrapiezo? Pareces una...rr... rapiezo.

Esta frase, no le gusto mucho á la damita de corta estatura en boca del galan que tenía frases mas delicadas para su amiga.

Así que, olvidando el reciente convite, replicó:

—Buena la ha cojido V. amigo, soberana es.

—Tú si que eres soberana, mona mia, articulaba el sacerdote de Baco, dirigiéndose á la otra.

Un *úbeda* muy marcado terminó el piropo, y el pagano, pálido como un difunto, con cara de idiota y miembros desmadejados, semejante á un pelele de trapo, soltó de repente y de golpe un chaparron indefinible que no debemos describir, y que le puso en un estado lastimoso. Las chicas lo sacaron medio arrastrando al vestíbulo, que al fin las hembras no dan media vuelta tan pronto como los hombres, y le prodigaron sus cuidados, saliendo, por último, á la calle con el bagajero convertido en bagaje, sin paraguas, con botas de tela y recibiendo la lluvia torrencial que caía para bien quizá del campo, pero mal para los aficionados á Tersípcore.

Dé V. de cenar á un prójimo y hará como los perros de café; toma lo que le dan y cuando se convence que no hay más, le deja á uno con un palmo de narices.

Al fin, nuestras dos bellezas no se parecían á algunos, que con facha de hombres, son perros de café.

CAPÍTULO III.

LLOVIA SI DIÓS TENIA QUÉ.

Querubin era presa de una congestion espantosa, y sus guardadoras ignoraban qué partido tomar. Pero como Dios aprieta y no ahoga, nuestro ya conocido Leon, que salía tambien del baile, reparó en su pareja del schotis y se unió al trio. Decidido y activo, abrió la portezuela de un carruaje y metiendo en él como si fuese un pelele á Querubin y haciendo entrar á su pareja tras él, «¿á donde?» le pregunto imperiosamente.

—Rivera de Curtidores, 4, contestó la niña.

—Rivera de Curtidores, 4, repitió Leon al automedonte.

Este se puso en tartigrada marcha, y desapareció.

Oigamos ahora lo que dice nuestro buen Leon: yo dí el brazo á mi mojada tórtola, que enderezó su marcha por la calle de Preciados, hácia la plaza de Santo Domingo.

La lluvia arreciaba más; ni pasaba un vendedor de paraguas ni un alquilador de coches, y aunque pasaran sería lo mismo, pues no llevaba en el bolsillo otros efectos ni metálico, que media cajilla de cigarros, algunos fósforos, mi pañuelo y la llave de la puerta de mi patrona.

Si hubiese habido una casa de préstamos abierta, propongo á mi pareja el empeño de su reloj para meternos en una buñolería.

El agua me calaba hasta los huesos y la caminata era á la Travesía del Conde-Duque.

Yo echaba de ménos mi cuarto, donde hubiese puesto á secar la ropa y donde podría haber estado ya en reaccion en la cama; pero la niña me iba agradando y jugué el todo por el todo.

La chica era sola y libre; vivía con una amiga, y tenía, al parecer, la llave de la morada.

Afortunadamente, me consolé. Mi cuerpo expelía harto calórico, y el agua se evaporaba, de manera que iba echando vaho por todo el tejido de mi paletó.

Por fin, llegamos á la Travesía del Conde-Duque con todo el cuerpo atravesado por el temporal.

Un casucho se presentó ante mi vista; empujó la puerta mi compañera, y nos encontramos en un pasillo largo y mal empedrado que conducía á un patio; ascendimos al primer piso

por una escalera horrorosamente pina y endiablada; por efecto de no sé qué artimaña, giró la puerta de la habitacion, recogiéndonos en su seno.

Una salita, fria como un páramo, con dos alcobas laterales, fué el panorama que abarqué.

Me descubrí, como cumple á todo galan, y un charco de agua formó la que mi blando sombrero dejó caer.

—¿Eres tú, Dalila? pronunció una voz femenil, que salia de una de las alcobas cuya puerta sin hojas medio ocultaba un trozo de percal.

—Si, yo soy, Nieves, que vengo calada.

Y dirigiéndose á mí me dijo: es una amiguita con quién vivo.

Dalila se metió en la otra alcoba. En la sala había dos sillas ocupadas con la ropa de la amiga, segun yo pude imaginar, pues veía unas haldas blancas, un vestido de lana, alguna otra prenda y un par de botitas llenas de reciente lodo.

En frente del cuarto en que entró mi bella había un arca de añejo pino y tomé asiento en aquel mueble despues de sacudirme como un perro de caza.

La cortina estrecha y corta en demasia, no era lo suficiente para ocultarme por completo los movimientos de mi dama y en aquel divan pasé yo las torturas de Tántalo.

Estaba contenido por la presencia de Nieves y por el pudor de Dalila.

Ademas, ¿qué podía yo hacer si mojaba todo lo que estaba cerca de mí?

Me acababa de sentar en el arca y ya parecía que habían acabado de fregar la madera de la tapa.

Tenia el cuerpo helado y el alma ardiendo.

El alba asomaba, la lluvia concluia, y devoré con placer una taza de café con que me agasajo mi pareja, despidiéndome hasta otro dia.

¡Ay, qué constipado de primo cartello pesqué aquella maldita noche!...

CAPÍTULO IV.

LA RIVERA DE CURTIDORES.

Son las ocho de la noche del miércoles de ceniza de mil ochocientos y no recuerdo qué pico, ni á ustedes les importará tampoco.

Por la acera del Ministerio de la Gobernacion, sito en la célebre corte de España, pasea muy despacio un hombre jóven aún, fumando un cigarrillo; su sombrero, lleno de viruelas que el cepillo no ha podido quitar, un arrugado gabán, y su encogido pantalon, dan á entender que aquel traje ha sido víctima de alguna mofadura.

Sin embargo, las botas estaban brillantes, como lustradas recientemente.

A cada mujer sola que á su lado pasa, mira con ahinco y á algunas hasta con intenciones de seguimiento.

Habían trascurrido cinco minutos, cuando una enlutada graciosa y de llena y blanca cara se paró ante nuestro paseante.

La pareja se puso en marcha calle arriba.

Nuestro jóven Leon, que él era, abrió la puerta de un café, y la dama pasó adelante. El galan respiró mejor al sentir el grato ambiente del salon, y tentaba en un bolsillo de sus pantalones una pieza de dos pesetas que llevaba y dos reales en perros chicos, capital, que con un hado benigno, era suficiente á llenar sus aspiraciones del dia.

Tomaron asiento ambos en el sitio más solitario que encontraron accesible, y el galan dió dos palmadas.

Dalila pidió café y otro tanto hizo su adorador. Este tomó la palabra; pintó con los vivos colores de la paleta del excepticismo las miserias de la vida.

Puso de relieve por su lado ridículo el «que dirán» de las gentes tímidas, al que se debe siempre contestar con el «qué se me da á mí» de los despreocupados.

Tocando la fibra sensible del interes, que todos conservamos en lo recóndito de nuestro sér, expuso lo mal que paga la sociedad la abnegacion de cualquiera de sus miembros que á ella se sacrifica.

Dió vida á los trazos que con vigorosa entonacion hizo del afecto puro. Sacó á relucir ejemplos fehacientes y diarios de personas caducas que no podían existir sin el cariño de otro sér cualquiera; de mujeres y hombres aislados á quienes la soledad obliga á poner su atencion

en séres hasta de especies muy distintas é inferiores á la suya.

Nombró en apoyo la vieja solterona, que reparte su mimo y sus cariños entre perros, gatos y pájaros; el raro anciano, que cifra su ventura en el ódio á todo cuanto le rodea; «nadie puede alentar sin afeccion alguna,» exclamaba; y el que sienta un afecto no debe privarse de sentimiento tan natural, que, para matarlo, hay que suicidarse parcialmente.

La jóven oía con atencion. Sola en el mundo y llena de privaciones, anhelaba encontrar un corazon en quien confiar sus penas y depositar su verdadero cariño.

Pero el temor de no encontrar lo que necesitaba, la hacía recelosa y su lengua enmudecía al pensar que no toda la dulzura de las frases de su nuevo conocido era miel.

Temía la amargura de un desengaño y luchaba entre dar acceso en su pecho al amor que la ofrecían, ó perderlo si su juicio fuese equivocado.

Dejemos en su plática á estos dos personajes para conocer lo que sucedió al báquico pollo del baile y á su bella conductora.

El carruaje que los recibió en su interior llegó por fin á la Rivera de Curtidores.

Querubin había ido sumido en un profundo marasmo; echada su cabeza sobre las faldas de Nínive, que le limpiaba cuidadosamente el be-

lado sudor que le humedecía los cabellos, no había sentido siquiera que la niña rebuscó en su chaleco alguna moneda para pagar el carruaje.

Abierta la portezuela bajó la hospitalaria y ayudó á bajar al casi dormido Adonis.

Este se apoyó, como su espíritu de conservación le guiaba, en el débil brazo que le presentaban y subió los escalones por que le conducían, sin despegar sus labios y sin abrir los ojos, en lo que nada perdía, pues la oscuridad era completa.

Llegados al piso superior de la casa, la hechicera Ninive encendió un fósforo de los de á cuarto la caja y prendió un pebete de mineral de á once cuartos y medio el litro, que empezó á atufar la habitacion y sus huéspedes.

El galan, perdiendo el centro de gravedad, apenas se encontró sin punto de apoyo, dió en tierra con su inerte cuerpo.

La habitacion era sobradamente humilde, inmensamente pobre; paredes descarnadas, de piel yesosa, acusaban por su color asaz rancio una ruina próxima.

Los muebles, harto escasos, debían llamarse con mas propiedad inmuebles, pues al tratar de moverlos se deshacían variando de forma, dejando de ser.

Ninive, despues que encendió luz, acudió á auxiliar á Querubin, arrastró su único colchon,

que pesaba dos ó tres kilogramos, al lado de su desconocido, y empezando un ejercicio de clown, colocó encima de la improvisada cama la pesada envoltura del alma de su pareja, acuñando debajo de su hueso occipital la única y tísica almohada de que podía disponer.

Despojada de sus galas y calzando unas zapatillas, que fueron botinas en su primitivos tiempos hasta que la tijera las trasformó, dió fin á su tocado metiendo la cabeza por una bata de percal oscuro, que tan corta por delante cuanto larga por detras, hubiera dejado ver al dormido turco las mollitas de carne que cubiertas de limpio algodón blanco rebosaban por el descote delantero del especial coturno.

Con una monada digna de mejor suerte, con una intencion hermosa y espontánea y con un cuidado tierno y verdadero, la dama tomó una esponjita y humedeciéndola en el agua de una palangana que por su tamaño, si acaso podia servir sólo para *una persona*, fué limpiando las huellas que el exceso de la gula dejó impreso en las ropas del pobre muchacho.

Esta operacion duró largo tiempo. La jóven gozaba con su trabajo; tal era la satisfaccion que reflejaba su rostro.

Amaneció y llegó la hora del desayuno. Ní nive bajó á la tienda. El huésped roncaba.

La chica subió á poco tiempo con un panecillo de horno y una onza de chocolate de la

clase que ahora priva en Madrid, esto es, sin cacao, sin canela y sin azúcar.

Encendió lumbre y arrimó un poco de agua en un cacharro para confeccionar el desayuno infame.

El pollo hinchó sus narices, abrió los ojos y se dió cuenta de la casa, de la huéspeda y de la noche. Se levantó y chapuzó su ajado rostro y ensortijada cabeza en limpio líquido y este frote del oxígeno combinado con el hidrógeno, acabó de serenar su sér, cuando la niña le presentó un pocillo chocolatero con rebanadas de pan, tierno como las miradas de la sirvienta.

La gentil paloma, apenas terminó su hospitalaria tarea, salió á la calle en compañía de Querubin.

Se dieron la mano y éste prometió volver á la noche, con asentimiento de Nínive, que parecía una virgen, salvo el altar.

CAPÍTULO V.

¡POBRES MUJERES!

«Dos olas mueren en la misma playa,
dos aves duermen en el mismo nido;
no hallo un alma que vuele con mi alma,
ni un corazón que lata con el mio.»

Nínive echó de menos á Querubin por espacio de cuatro dias consecutivos desde su conocimiento con él.

Al fin de esta jornada, le encontró de espera en la Rivera de Curtidores cuando la pobre volvía de su trabajo.

Al verle, no pudo contener una exclamacion.

—No podía ya más, dijo Querubin, he estado enfermo y ocupadísimo y aún no estoy bueno, pero el afan de volverla á hablar me ha traído y hace una hora, Nínive, me tiene aquí de facion delante de su casa.

—Es V. muy galante y siento ser indirectamente causa de tanta molestia.

—¿Va V. á casa?

—Sí señor.

—Entónces la acompañaré un rato.

—Suba V. y descansará.

Ascendieron ambos por aquella escalera que atravesó el pollo la primera vez tan inconscientemente.

Abrió Nínive la puerta, encendió el j6ven un f6sforo y la ni6na lo aplic6 6 una l6mpara petrolera y descamisada segun los pedazos que faltaban 6 lo que hab6a sido pantalla.

El aparecido era coqueton, de regular estampa, arrogante en su f6, rico de ilusiones; luc6a su lustrado calzado manteniendo una pierna sobre otra; ostentaba cadena y guardapelo de oro de Garc6a de la Rosa, peinado rizado y reciente de la viuda de Sis6, tra6a en la mano un cucurucho de pastillas de C6rlos Prast; su camisa era de Astudillo, sus guantes del sucesor de Lafin; todo revelaba en 6l, gusto, cuartos y atractivos, m6xime para la pobrecita N6nive que carec6a de todo lo m6s preciso 6 la vida, con el enorme sacrificio de no parecerlo.

Querubin dej6 su sedoso sombrero de casa de Galban, encima del baul de la costurera, y acercando 6 6sta el paquetito de confites, se lo ofreci6 de lleno.

La agasajada rehus6 en un principio, pero en vista de las instancias del Adonis, tom6 con blanca mano el obsequio y desenvolvi6ndolo, invit6 6 su vez al galante ni6no para que tomase de aquellos empapelados paralelep6pedos.

—No, eso no, dijo Querubin; tomar6 medio, pero que V. me ha de dar.

—«*Rosa*,» leyó la ninfa en la cubierta de la primera pastilla que tomó con sus dedos.

—Los he pedido mezclados; son exquisitos; los hay de frambuesa, piña, limon, naranja..... Qué sé yo.

En tanto ella desnudó el Rosa y se lo presentó al jóven.

—Coma V. la mitad y deme la otra, exclamó éste.

La polla se dispuso á partirlo con sus manecitas.

—No, no; con las manos no; con la.....

Nínive partió por el medio entre sus incisivos, con mucha gracia y delicadeza la rosa de la pastilla, tendiendo al perseguidor la segunda mitad.

Querubin tuvo quietas sus manos y prendió con sus labios el dulce, abarcando á la vez las puntas de los dedos diminutos que la dama retiró súbita, sin ofenderse al parecer.

Aquel semi-confite le pareció á nuestro protagonista de una dulzura sin igual, de un sabor *sui géneris*, de una fragancia inusitada.

—Ahora me debe V. hacer otra fineza, añadió saboreando su pastilla.

—Se la haré á V., si ese es su deseo.

—Sí que lo es; pero con algunas variantes.

—No comprendo.

—Muy sencillo; yo he suprimido mis manos; suprima V. las suyas.

Y sin mas preámbulos se puso á tararear un tango, porque el chico estaba sin duda por el *tango, tangis, tangere.*

La niña nada contestó. Ella, que conservaba como un tesoro el recuerdo de la noche del baile, ella que llegó á creer que aquel mancebo tendría cualidades dignas del amor de una mujer, sintió el amago de un desengaño y cayeron por el suelo los naipes que formaban el castillo levantado en su fantasía.

Desde aquel momento soltó el comenzado regalo de Cárlos Prast que tenía en la falda, y nublóse su rostro como presagiando alguna tormenta.

No hay duda que la mujer está dotada de una perspicacia clara para el amor. No hay duda, que toda mujer engañada, prevee con antelación que va á serlo.

Nínive comprendió claramente que sus acciones de deferencia habían sido malamente interpretadas.

Su rostro expresó la tristeza de su alma.

Pero el imberbe, demasiado Narciso, no podía achacar todo aquello sino á la lucha de la niña entre el deber y el amor. Sus flechas segun él, eran aceradas, y el arco tenía una potencia de cañon rayado.

Así es, que nada le detuvo. Acaparó la palabra y propuso á su pareja lisa y sencillamente la compra de su cariño.

Alguna lágrima asomó á los párpados de la pobre Nínive.

Querubin la decía:

—Tú, hermosísima jóven, te levantas; con el horroroso frio del crudo invierno de la corte, sales tropezando, en tan terribles mañanas, con las burras de leche, amas de cria de los tísicos de la capital; con las fámulas que van á la sisa en compañía del cazador ó fusilero que las sirve de paje; con el polvo de los barrenderos y de los dependientes de las tiendas; llegas á tu modesto taller y cojes la aguja para no levantar cabeza en todo el dia, y ver remunerado tu trabajo con una peseta.

Tus diminutos piés se hielan, siendo dignos de gozar del calor suave de unas zapatillas enguatadas; pisan ligeros los áridos pedernales de Madrid, en vez de hollar despacio la mu-llida moqueta; tus juveniles mejillas se coloran á la impresion de la cruel temperatura matutina, en lugar de sonrosarse al abrigo de una habitacion comfortable; tus ojos, esos dos lindísimos luceros que me atraen hácia tí, envidia de la Venus astronómica, se ponen tiernos y húmedos por el céfiro duro de las siete de la mañana, debiendo estar á esa hora velados por sus sedosas, largas y negras pestañas.

¿Quién, que cual yo te adore, ha de permitirte acabar así con tu hermosura? Un pajarillo bello debe tener preciosa la jaula.

Yo tengo una casita muy mona, con sus cuartitos limpios y ordenados como celdas de monjas, como el camarote del capitán de un hermoso buque. Tus ojos despertarán fúlgidos, tus manos darán envidia á la nieve, tus mejillas á las hojas de la rosa.

Dejemos al mundo que trabaje; nosotros no hemos nacido para ello. La mujer como tú ha sido criada para realizar fines más sublimes, vivir en regiones más elevadas.

—Caballero, yo os ofrezco mi amistad; una amistad franca y verdadera, un afecto que no os exige sacrificios; respondió Nínive levantándose, sin poder resistir más tiempo aquella escena.

—Señora, repuso Querubin poniéndose en pié; veo que os desagrado, pero comprendo vuestros escrúpulos. ¿Por qué negais hoy lo que quizá concedereis mañana? Adios, pues.

Y el despreocupado pollo tomó su Galván, cogió su ébano y giró sobre sus talones entonando un aire de la *Traviatta*.

¡Pobre niña! nacida para el sentimiento, ilusionada por haber encontrado en su creencia un afecto verdadero, se halló con un desgarrador desengaño, que amargaba su existencia y envejecía su linda faz.

Corrió el sencillo cerrojo de la débil puerta de su habitacion, y se acostó sin tocar la frugal cena que tenía al calor de la lumbre.

Sus ojos, cansados de llorar, plegaron sus pestañas, al propio tiempo que sus labios pronunciaban imperceptiblemente los versos del poeta:

«no hallo un alma que vuele con mi alma,
ni un corazon que lata con el mio.»

Pocos dias despues, y por un sitio céntrico de la córte, pasaban dos parejas en distintas direcciones, si bien en la misma línea.

La una era Leon y Dalila; la otra Querubin y Nínive.

Ambas damas iban serias; ambos galanes habladores.

Apenas se tropezaron, Dalila abrazó á Nínive, y Nínive abrazó á Dalila.

Los pajes cambiaron un movimiento leve de cabeza.

Un tercer personaje apareció en aquel momento.

—¡Nieves! exclamaron á un tiempo las dos amigas.

Nieves era la que vivía con Dalila; pero debía llamarse Calores.

Era una morena con más sal que todas las salinas de Imón y La Olmeda; con dos ojos tan negros como grandes, con una boca roja como las cerezas y un cabello que no gastan ya las hembras por esta tierra.

Su mirada abrasaba de amor, su voz exta-

siaba de placer, y su todo obligaba á extreme-
cerse al que lo contemplaba.

¡Era un volcan y se llamaba Nieves!

Como el sol, que quema y le llaman rubio.

Las ninfas hablaron bajo, breve tiempo, al
cabo del cual, exclamó Nieves dirigiéndose á
los *amateurs*:

—Caballeros, estas amiguitas se vienen con-
migo; tienen que hacer. Pueden Vds. irse á don-
de gusten; soy su tia y no las permito mas co-
loquios.

Y dió media vuelta llevándose á Dalila y Ni-
nive, y dejando á los santos varones con la estu-
pefaccion marcada en el rostro.

Estos se miraron, se comprendieron, y

—¿Quien no juega á la lotería? preguntó Que-
rubin al irse.

—¡Si tocase!..... le respondió Leon marchan-
do en sentido contrario.

PARTE SEGUNDA.

PROPIEDADES DE LOS CUERPOS

CAPITULO PRIMERO.

VIAJE POR LA MASANIMALIA.

Empieza á anochecer; por los anchurosos yermos del pais de los Masanimales, se distingue un enorme reptil oscuro, de luminosos ojos, que avanza serpenteando por entre pantanos, llanuras y barrancos. Su velocidad, es constante; el ruido que produce, es simétrico; el hálito que exhala, denso y sofocante.

Sin embargo, semejante fenómeno no es lo que parece; no es un sér que vive, no es un reptil que corre, es la materia puesta en movimiento uniforme por la fuerza de la materia misma y por la voluntad del hombre, que ha combinado la estructura y disposicion del aparato.

Es un tren de ferro-carril, lleno de viajeros;

volcan animado de fuegos, ora contenidos y desbordados, ora satisfechos y fátuos.

Desbordados, que salen de la máquina sin más consecuencias que el transporte, por lo general.

Contenidos, que lo forman los viajeros, porque, ¿quién no se abrasa al lado de una moza desconocida sin poderla decir: «agua morena?»

Satisfechos, que van con el guarda-freno, cabeza de raton y dueño de su casa de madera y de los bultos que en ella conduce, legales ó de contrabando.

Fátuos, que se parecen á los de los camposantos, esto es, que fosforecen y no queman; calórico que se desarrolla en el coche-correo donde se transportan la correspondencia y los empleados de la ambulancia, que disponen sólo del tiempo preciso para matar los sellos de franqueo.

Los chicos de la calle suelen aplicar un cristal de aumento á un objeto dócil y fusible cualquiera, exponiéndolo á la accion de los rayos solares á traves del referido cristal. Entónces el objeto se temple, se calienta, se quema.

La fortuna coge á un viajero, le aplica á un coche de 1.^a ó 2.^a clase y le expone á los rayos visuales de cualquier mujer que tenga algo de sal, un tanto de gracia, y, sobre todo, un poco siquiera de juventud.

Llega un viajero al anden con su billete,

maletín y demás pertrechos de transporte, y empieza á inspeccionar sitios. ¿Creen Vds. que elige el coche mejor, el más nuevo ó el más solo? Nó. Elige el que tenga más mujeres, ó ménos hombres, ó una mujer que le parezca va ménos acompañada.

Entra en su departamento, coloca sus títeres, ojea el número y clase de sus compañeros y pasa por fin su vista sobre la ignota dama.

Esta viaja sola, entre enemigos simpatizadores, porque ella les ha simpatizado, sólo por ser mujer, y mujer misteriosa al echarse sin más compañía que ella misma por esos caminos de Dios.

La noche comienza, y el departamento es de 2.^a clase, diez asientos.

Lo ocupan un militar con medio billete, que marcha á Alca; un comisionista de quincalla que se dirige al Bar; un estudiante que sale á vacaciones de Diciembre con direccion á Sigú, y un empleado del gobierno que han colocado en Zara. Total cuatro, y la dama imantadora, cinco. Esta lleva la ruta de Pam.

El militar va á un ventanillo. En frente está la Filis, que da su derecha al estudiante. Los dos restantes, el comerciante y el empleado son dueños de las otras dos ventanillas del extremo contrario, y han tomado la horizontal.

El de caballería guarda la vertical, y la dama y el estudiante conservan la posición de

una línea mixta; ella, ondulosa, curvilácea; él, con su cuerpo á estilo de tirabuzon para mirar la faz de su *adlatære* femenino.

El oficial piensa para sus adentros que su trayecto es corto, que el estudiante es avisado para otras profesiones más quizá que para la carrera que estudia, que la chica no es fea, y que los otros dos varones descansados son un estorbo en aquel trance.

El seminarista reflexiona, que el discípulo de Marte debe ir á algun canton cercano, que los dos compañeros alejados están á la expectativa y que la moza es un volúmen más positivo que los que él tiene que aprender de memoria.

La *donna* comprende que sus cuatro compañeros la ponen la proa, y es ella el objetivo de todos.

Y los de la ventanilla contraria van absortos contemplando con deleite la botita de la prójima, que asoma al desgaire por entre los plegados de su ornada falda.

El militar dió el alto á las contemplaciones, sacó de un bolsillo de su pantalon una cajilla de á real (ántes de 7 cuartos), y «con permiso de V.,» frase lanzada á su vecina, preparó el cartucho fumable y le prendió fuego.

El colegial imitó la accion, exhibiendo de igual índole otro pebete, pero sin licencia previa.

La viajera contestó al oficial con un gracioso mohín entre risueña y afable, por cortesía únicamente.

Conoció desde luégo que el colegial debía ser de teología.

Se habló algo, palabras vagas, frases perdidas, conversacion en tonto; pasó un rato; el militar puso sus rodillas al roce de las de la dama.

La chispa eléctrica que produjo en el pantalón de dos colores el contacto de la sobrefalda de pelo de cabra de la individua, hizo quedar mudo al graduado de capitán.

—¡Alcá! ¡Cinco minutos! dijo la voz de un empleado del ferro-carril.

¡Pobre Marte! Abrió la portezuela y buenas noches: desapareció de la escena. Primer trozo de lava lanzado al aire.

El estudiante no cambió de puesto; tenía su brazo izquierdo sobre el asiento, traspasando los límites laterales de éste, por lo que su mano se veía enguantada con el pelo de cabra de la túnica de la viajera.

Dieron la señal, sonó el pito y el tren se puso en movimiento.

El colegial enmudeció.

Los antípodas del departamento dormían, al parecer. El frío parecía. La luz del coche desaparecía.

La dama notó ciertos *andares* en el lado de-

recho sobre su asiento. Miró al rededor, y Morfeo se había apoderado del jóven teólogo. Ella reclinó su cabeza, cual pudo, al lado contrario, de modo que formaba la pareja dos líneas divergentes con ambos tórax, ó un ángulo de 45 grados, cuyo vértice debía estar debajo del suelo del carruaje.

El neófito no dormía; sus párpados, ligeramente separados, daban paso á la visual dirigida al departamento. Sus dedos plegaban un trozo de falda con estremecimiento nervioso. Este estremecimiento era continuo á veces, ascendente otras, descendente luégo, con intervalos de descanso, rápido despues y lleno de múltiples variaciones.

La viajera se levantó y fué á colocarse en frente, acoplando su lindo cuerpo en postura algo cómoda sobre el desocupado y corrido almohadon del asiento.

Descansó su cabeza sobre improvisado lecho y elevó los piés cubiertos por sus numerosas haldas rebujándose en un manton-capucha.

El pollo no se movió; observó el traslado, midió la distancia y comprendió que el viaje no daría mas resultado que trasladar su persona al destino donde iba consignada.

Entónces cerró sus párpados del todo y se acomodó mejor.

La trepidacion del tren y el nervioso sueño de la dama, producían á la vez un efecto desve-

lador para uno de los otros dos viajeros que ocupaban el extremo lateral contrario del departamento.

El empleado que va á Zara á tomar posesion de su cargo se ha despertado. En sus plantas comienzan casi las extremidades de la vecina. Sus piés tropiezan con los de la Clori y se da cuenta del suceso.

La suerte le protege. ¡Hossana! Todos duermen. El vela. Se incorpora, se descalza (porque le aprietan las botas), se vuelve á echar y una manta de viaje oculta toda su silueta.

Las casualidades se suceden.

Los tarsos del galan, á manera del agua que se desliza serpenteando al buscar la pendiente que ha de darla velocidad en su carrera, se infiltran por los pliegues que encuentran á su paso y tropiezan por último con el fino becerrillo de un coturno femenino.

¡Qué mar de sensaciones! ¡Qué latidos de placer! ¡Qué calor vivificador trasmite la piel de una botina diminuta cuando esa botina viaja sobre el almohadon de un coche de ferrocarril! ¡En vano se buscaría calor análogo en los escaparates de una zapatería!

Con la punta del pié, cubierto por una sencilla media de color á guisa de sonda, nuestro sonámbulo gubernamental llega á ponerse en contacto con los hilos telegráficos de otra media de algodón blanco como la nieve. ¡Qué elec-

tricidad tan conmovedora! ¡Ni la descarga de una batería de botellas de Leyden produce sensación más honda!....

Esto merece un descanso y un punto tambien.

CAPÍTULO II.

ZAPA, ZAPE Y ZIPIZAPE.

El electrizado personaje anhelaba hallar una mujer á quien consagrarse, una media naranja que se ajustase á la media suya. Comprendía que un hombre sólo no es mas que la mitad de un conjunto, y que un frasco, para estar completo, debe tener tapon.

La dormida se revolvió en su cama de viaje El despierto durmió su pié.

Esta vez, el niño-ciego hizo una de las suyas.

La viajera, al revolverse, extendió maquina y automáticamente sus extremidades abdominales, y héte aquí que los hilos del algodón de color sirven de lecho á la sedosa liga que mantiene estirados los del algodón blanco.

¡En qué océano de conjeturas se ahoga el prógimo que va de imaginaria en aquel coche!

Su mente es un caos flotante en la nada; la nada flotando en el caos; la locura en lo más vertiginoso de su acceso; la gloria, el infierno; la primera cuando se va á alcanzar; el segundo

como un abismo por cuyo borde caminamos sin mirar al suelo.

¿Se habrá extendido á propósito aquel bulto femenino? ¿Irá dormido de veras? ¿Querrá satisfacer meramente una curiosidad?

¡Arcanos de los mortales; arcanos de las circunstancias; arcanos que no suelen descubrirse, pero suelen olvidarse!

El viajero no puede más. Su tormento es peor que el suplicio de Tántalo. La naturaleza le grita, le impele; la sociedad le acalla, le detiene. Entónces sintió por primera vez no haber nacido gato ó perro.

¡Es cosa tan mezquina el ser hombre!

La noche es fria; las estrellas brillan con intensidad, pero la cabeza de nuestro pobre diablo es una nube cargada de verano.

Se sienta, mira en su rededor; la dama duerme, el colegial ronca, el comerciante va en brazos de Morfeo; sólo él, que se halla de turno, está despierto; ¡oh, noche toledana!

¿*Quosque tandem?*.....

A manera de brújula imantada, que tiene su estilo sobre el que gira, así aquel pobre señor, conforme se hallaba sentado, giró rápidamente sobre su asiento, elevando los piés hácia el vidrio y bajando la cabeza junto á los de la bella, quedándose horizontal.

El suave calor del algodón y del becerrillo lo sintió ántes en sus extremidades de colores

rayados. Ahora, ese mismo calor llegaba á su frente, á su rostro, á su cerebro.

El suplicio era más terrible; la noche más espantosa. La lucha entre la naturaleza y el deber social más empeñada.

Aquel calor le hace temblar de frio; sus labios titilan; sus párpados se cierran de miedo, su corazón desearía que la noche fuese de un siglo.

¡Qué contradicciones humanas! El viajero de hace 50 años quería correr, porque iba despacio á guisa de tartígrado; el actual quiere no correr porque va al vapor.

Nuestro protagonista no puede más. El lema *audaces fortuna juvat* llega á su mente, y aguijoneado por el instinto, da rienda suelta á los impulsos de la voluntad representada por sus brazos.

—¡Sigú! ¡cinco minutos!

Estas tres palabras fatales resonaron por el aire con el mismo efecto para nuestro hombre que el producido por la aparición de los signos del festin de Baltasar.

El estudiante, sobresaltado, se puso en pié como un muñeco ruso al que se le abre la tapa de su caja, y saltó á tierra sin decir buenas noches.

Otro pedazo de lava al espacio.

El discípulo de Mercurio se frotó los ojos para darse cuenta del sitio en que estaba; la

ninfa incorporó su esbelta persona, no sin alguna extrañeza al sentir que por calienta-piés tenía la cabeza del vecino, y éste hacíase mudo dándose á todos los demonios, y habiendo metido, á estar en su mano, á todo Sigú en el infierno con todos sus habitantes.

Perpleja quedó la vestal pensando en su calienta-piés improvisado y en el tiempo que lo habría tenido y á qué causa debía atribuir aquel acontecimiento.

Mas viendo que aquella cabeza se movía, que aquel calentador se elevaba y asomado á la ventanilla pedía agua, volvió la niña á tomar su posición anterior con el fin de descubrir tanto misterio.

Cogió, pues, el hilo para llegar al ovillo, y tapándose más la cabeza, colocada ya en idéntica postura que ántes de la parada del tren, esperó.

No bien éste se hubo puesto en marcha, el empleado gubernamental preparó su lecho, y sentándose, volvió á girar sobre su parte posterior, quedando como ántes, piés al vidrio y cabeza al tendon de Aquiles de la femenina durmiente.

Esta sintió caer al lado de sus bases de sustentacion aquella parte noble del cuerpo humano del vecino, haciéndola el mismo efecto que el que produce un gato cuando viene cauteloso y con tino á posarse sobre los piés de nuestra cama hallándonos metidos en ella.

Las botitas no se movieron.

La dama empezó á sentir en breve una respiracion candente junto á los tirantes de su co- turno moderno.

Ella puso sus ojos, sus oidos, todo su sér en los piés.

Quería ver, oir, comprender.

Algo veía, oía, comprendía; pero confuso y vago. Allí debía existir un trabajo de zapa; el zapador era sin duda el que acababa de beber agua en Sigú, ¿si sería un sonámbulo?

Un repentino é inexplicable calambre que hirió de pronto el fémur de la prójima, obligó, en contra de la voluntad de ésta, á que se esti- rasen forzosa y rápidamente los músculos de aquella parte.

La mano derecha del vecino, se encontró sin moverse, junto á un punto más superior de aquel en que se hallaba.

La diferencia, aunque pequeña, pues desde el tirante de una botina, al tirante de una jar- retiera, no va mucha, fué de harto valor para el pobre enamorado.

— ¡Me ama! murmuró entre sus adentros. ¡Ilu- siones que desaparecen cuàl humo de un cigar- rillo de papel!

Ella va á Pam; él á Zara. Se vieron, no se hablaron; no se volverán á ver; ai fin, nada.

¡Pobres amantes viajeros! Parecidos al ne- gro del sermon, sólo consiguen no dormir.

Ellos únicamente, son los seres que toman el ajeno para no comer despues.

Nuestra bella se queda sorprendida. No hay duda; siente la presion de la liga, y sin embargo, parece que hay otra presion ademas.

¡Lo que son los nervios! ¡Qué sensaciones producen tan raras! La dama diría que la epidérmis de la parte donde recibió el calambre, rozaba con otra epidérmis no paralizada.

Su sorpresa creció de punto. Una mano aferraba convulsivamente su rótula.

No necesitó más. Se levantó y mudó sus reales al sitio de en frente, al primitivo que compartió con el estudiante.

¡Qué paciencia necesita una mujer sola! ¡Pero cuánta no necesita el ratero de amores!

Una cuba de agua fria que le hubiese caido encima, no deja más helado al señorito, que le dejó aquella huida inesperada.

—Tomaré chocolate, dijo para sí, pues ya el tren iba á entrar por las agujas de la estacion de Cala.

Y, en efecto, se apeó y confortó su combatido sér, durante los minutos de parada, en dicho sitio.

El comerciante quedó sólo con la señora. Aprovechó la oportunidad y se fué á sentar en frente de la viajera, con su saco de noche, del que extrajo un papel con un trozo de salchichon dividido en ruedecitas, que ofreció á la donna.

Cuando el empleado regresó al coche escarbándose los molares, que habían triturado el bizcocho chocolatero, se encontró con la pareja en conversacion refectorial.

Nada dijo; encendió su cigarrillo y se recostó de veras.

Cuando tocó á su vez encender el cigarro al comerciante, la prójima reclinó su cabeza, permaneciendo sentada.

El anfitrión, aspiró dos veces el humo de su liado filipino y recostó tambien su parietal en la ventanilla.

Los piés del galán estaban inquietos, hasta que, por fin, tropezaron con otros.

Las rodillas masculinas se iban acercando, insensiblemente, al sitio en donde debían estar las de la compañera.

Escamada ésta, conoció el juego, y contó desde su salida de Madrid los casos siguientes allá en su mente:

Un capitán que estudiaba táctica.

Un estudiante de teología, que sondeaba los misterios.

Un empleado que fiscalizaba.

Y un comerciante que buscaba género.

La aurora quería asomar sus albores, y este contratiempo fué una contrariedad para el Mercurio.

De las estaciones que hay entre Cala y Zaira, salieron algunos viajeros, de los cuales no

faltó quien subiese al coche que conocemos, á estrechar distancias entre nuestros conocido-personajes.

Dos de los nuevos viajeros, fueron, una mamá de buen aspecto, con su hija de mejor y más delicada presencia. El empleado cedió su vidrio á la niña, y la mamá fué á colocarse en frente de su vástago y del político cedente.

Ambas portaban un abrigo que ocultaba su persona desde cuello á sobrefalda, pues el frío no permitía lucir á nadie la esbeltez de su cuerpo.

Nuestro trasnochado chocolatero, envuelto en una manta, olvidó á la ya antigua pareja de aquella noche, que se veía asediada por los piés del comerciante, y empezó en las barbas de la madre, otro trabajo de topo, artillado tras su coberter de viaje y el abrigo de la candorosa polla. Esta, requerida por su adlátere de una manera tácita y descarada y sintiendo el carpo extraño junto al bolsillo de su túnica, lanzaba miradas de rabia á su desconocido y se desviaba lo que podía.

Luchaba sin saber qué hacer. Si soltaba su abrigo por delante, la mamá vería el traspaso de unos límites cuya presencia no podría explicarse; si continuaba quieta, el viajero tomaría alas y traduciría en su pro aquel silencio. ¿Qué hacer?

El atrevido, en efecto, no se preocupaba. En

indagacion de no sé que asunto, abusaba de la posicion que la suerte le concedía, en tanto que la jóven se mordía los labios, ahogando con toda la fuerza de su voluntad los grandes deseos de levantarse y posar su nevada mano con rápido golpe en la mejilla del insolente.

La señora mamá en tanto, y á pesar de sus pretensiones de lista, iba papando moscas y muy agena de la escena que á telon corrido se representaba, actuando su hija de primera dama sin sueldo.

El resultado fué, que los unos sitiando y las otras atricherándose, llegó el tren á Casé, donde la de las botitas bajo al cambio de via y el empleado á tomar otro chocolate con leche, sin más novedad digna de mencion.

Entre los viajeros que descendieron para tomar la ruta de Pam, se contaban dos hermosísimas mujeres nacidas en el Mediodia de la Masanimalia y educadas en la corte, que, al pasar de una á otra estacion de empalme, hablaron de este modo:

—¡Ay! que deseo tenía de verme fuera del tren.

—¿Por?...

—¿No reparaste en aquel viajero de patillas rubias?

—Si.... ¿qué?

—¡Ay, hija! que mareo; en todo el tiempo no me ha dejado en paz.

—Lo mismo que á mí el de la perilla negra; no he podido pegar los ojos.

Y así hablando, subieron á un coche del tren que las correspondía.

Cuando les digo á ustedes que un tren es un volcan...

Interin no haya trenes de mujeres solas, servidos por empleadas, el mal [no tiene remedio; los masanimales no respetan ni á las hijas, ni á la mujer, ni á las hermanas del prójimo.

Pero de mal en ménos; si bien el tren es un volcan, es un volcan que no *revienta*.

Suele salir reventado á veces un viajero, pero eso no vale la pena.

PARTE TERCERA.

LA BEATA MARIQUITA, EL BEATO DON HERMOGENES
Y DOS JÓVENES DEVOTOS.

CAPITULO PRIMERO.

TRAS DE LA CRUZ EL DIABLO.

Doña Mariquita era una pobre señora, que en su juventud había sido ama de gobierno de un cura, quien andando el tiempo fué nombrado canónigo, cuya plaza disfrutó hasta que un accidente apoplético vino á cortar el hilo de su vida, entre las lágrimas de la buena servidora y de una fresca sobrinita que el capellan sacó de no sé dónde, pues no se le conocía familia alguna.

Doña Mariquita no sabía leer, aunque llevaba á misa su libro-devocionario, en el cual, al decir suyo, sabía leer de corrido.

Adolecía de preocupaciones hijas de su grande ignorancia y que suelen formar el patrimonio de ciencia que tiene la plebe del talento. Creía que las culebras espiaban los momentos de descanso de las nodrizas y de las madres, para desviar las tiernas criaturas del pecho materno y sorber el jugo lácteo, colocando durante la succión su cola en la boca del infante.

Defendía que picaban con una aguda flecha, que armaba su cabeza. Para ella existían infinidad de animales venenosos, la cera ardiendo libraba de los rayos, el toque de las campanas alejaba los nublados, y daba pábulo á mil creencias por el estilo, que su buen señor la había enseñado en los ratos de ócio.

El latín era para la pobre cosa de cajón, soltando con grave prosopopeya y donoso orgullo un *cantinpáce* cuando le anunciaban el fallecimiento de cualquier amigo, y quedándose tan fresca como si conociese á fondo la frase *requiescant*.

Decirla que la boca de los reptiles no estaba formada para las mamas en razón á que son ovíparos y no vivíparos, era tiempo perdido.

Decirla igualmente que dicha clase de irracionales tienen un instinto limitado y no pueden por tanto darse cuenta de que un niño puede llorar al separarle de la aureola que circunda con sus labios en el acto de la lactancia, sería trabajo en balde.

Los infinitos cuadros que doña Mariquita había admirado, representando infiernos y demonios, obras de pintores místicos, sin otro conocimiento que el manejo de sus pinceles, eran otras tantas pruebas que la hacían afirmar que los ofidios gastan una flecha por lengua y no muerden, sino que pican como las banderillas de fuego.

Tal era doña Mariquita; religiosa á su manera, escrupulosa en nimiedades, chismosa por naturaleza, murmuradora por condicion, envidiosa por costumbre, é intransigente por prurito.

Su pupila, sobrina, hija ó lo que fuere (pues nada nos importa el parentesco que pudiera existir entre las dos vivas y el muerto), tenía nociones más adelantadas de los conocimientos humanos.

Ambas mujeres no perdían nunca ni misa, ni rosario, ni novena, ni funcion alguna religiosa. Cuando no era en una iglesia, era en otra, y cuando nó, en su casa, donde cada habitacion era una capilla.

Un dia, al entrar en un templo, sintió la buena ex-ama cierto andar en su faltriquera y se asustó con lamentaciones, ruidosas de las que resultaron dos bastonazos en la cabeza del escamoteador, dados por un hombre de unos 60 años, de cara puntiaguda y rasurada piel. Este aparecido Quijote, de tremendo corbatin, in-

menso leviton y ojillos de usurero, dió el brazo á doña Mariquita y la condujo á una *confituria* próxima, donde la pagó un vaso de agua con un *bolao*; cuyo accidente puso de mal humor á la preciosa Mónica, que así se llamaba la niña, á la que iba flechando un pollo de esos cándidos por fuera, que son un puro egoismo por dentro, y que entraba entre el tumulto feligrés al sermon que iba á darse en aquel recinto, por un predicador sagrado que, al decir de las asistentes continuas, tenía el pico de oro, como un papagayo de ciento cincuenta pesos.

Repuesta un tanto doña Mariquita y aconsejada por D. Hermógenes (que así se llamaba el señor de los 60 años), iba á tomar el camino de su casa, del brazo de aquel santo varon, cuando Mónica hizo observar sería una lastima perder el anunciado panegírico, cosa seguramente digna de oirse.

La asustada señora entró en cuentas con su conciencia y varió de proyecto, volviendo el rumbo hacia el templo donde la palabra de Dios llenaría el espacio por medio de un ministro del altar, orador de renombre y fama.

Este cambio de parecer fué muy del agrado de Mónica, quien, con presteza, encontró con la vista, en su indagacion, al mocito que la flechó á la entrada.

Excusado es decir que la niña se dirigió hácia el galan, seguida de su severa tutora, que

á la vez era escoltada por D. Hermógenes.

Llegada la polla al sitio que más la convino, y cerrando la marcha el pollo tras el acompañante maduro, se arrodillaron todos, quedando Mónica al lado del flechador y doña Mariquita al de D. Hermógenes.

El sermón, que había ya empezado, versaba en aquel momento, sobre la poca reverencia de las ovejas en el redil cristiano, donde muchas acudían por pasatiempo y quizá por entretenimientos mundanos.

El orador se extendía en muchísimas consideraciones; pero la mejor era rebatida para Mónica por una mirada del juvenil trovador, y para la vieja por otra visual del maduro acompañante.

A los que nos han enseñado de pequeños á ser buenos y no olvidamos lo que debemos hacer para serlo, nos sucede con frecuencia que carecemos de tiempo para asistir constantemente á oír las pláticas que tan á menudo dan al olvido los penitentes poco inclinados al bien, que necesitan diariamente un recuerdo para no torcerse, como el carro necesita á su lado un conductor para no volcar. Sin embargo de todo esto, los penitentes se tuercen con la misma facilidad que vuelca un coche con el conductor á su vista.

Para todo es necesario en este mundo la oportunidad.

Sermonead á un goloso, que esté en pleno uso de su estómago, diciéndole «si comes dulces, morirás.» El goloso, al terminar vuestra frase, dirá para si: «venga un dulce, aunque revienta.»

Sermoneadle cuando esté enfermo, con su estómago estragado; decidle entónces, «si comes dulce, te mueres,» y os contestará: «no vuelvo á comerlo en mi vida.»

Esto pasa generalmente con todas las cosas, en esta tierra de miseria y orgullo, de apariencia y soberbia.

Hay multitud de personas, que se tienen por muy religiosas, y despues de oir una misa, que no han oido, y atender á una ceremonia, que no entienden, se salen á formar tertulia á la puerta del templo para murmurar de todo el que conocen y de quien no conocen tambien.

A esta familia de conciencias siempre perdonadas y jamas arrependidas, pertenecen nuestra famosa doña Mariquita, la sobrina del fallecido capellan, Mónica; el solapado D. Hermógenes y el incipiente mozo, á quien empiezan á apuntar los espolones.

La plática religiosa terminó sin fruto para estos cuatro personajes, que nada oyeron, sobre todo de las infinitas frases que en latin, para mayor claridad, lanzó al público el orador sagrado.

Salieron del templo tia y sobrina, acom-

pañadas del beato, y regresaron á su casa, donde descansó un rato el viejo galán, y aún dicen las crónicas que tomó una sopa de soco-nusco inmejorable, con que le brindó la beata y antigua ama de cúa.

La satisfacción que se pintaba en su rostro al bajar la escalera, era inmensa, y si hubiese dado paso su boca á las palabras que para sí iba diciendo aquel buen señor, de seguro habríamos escuchado algo bueno, aunque de fijo, ese algo no estará en la Biblia.

Mónica salió al balcon y se dejó ver por el jóven que estaba, centinela alerta, con la resignación y humildad de todo un jesuita, esperando á su hermoso tulipan, porque la chica era de veras un tulipan, es decir, *tul*, porque llevaría en dote ropas y zarandajas de mujer, galas todas de tul; y *pan*, porque también llevaría algun dinerito para comprar un garibaldino siquiera para la cena, que no en balde testó el canónigo en favor de su ama y de su sobrina.

El doncel estiró el pescuezo, tiró de los puños de su camisa y se contoneó como un pavo real delante de una pava de regia estirpe. La niña hizo cuatro monadas; él se envalentonó y por señas la dijo «*envido*.»

«*Quiero*,» respondió en seguida la chica.

Excuso decir que el jovenzuelo subió de dos en dos la escalera de su Filis, que ya abría el ventanillo cuando aquél ascendía, mientras la

buena vieja empezó una siesta, pensando en la finura, atención y respetuosidad del rancio don Hermógenes.

Trascurridos pocos días, se dió tan buena maña el humilde discípulo novato de Loyola, que ya saludaba, por conocerla de vista en la^s cuarenta horas, á la anciana que hacía las veces de madre, tia, preceptora y tutora de Mónica, cuya pupila, sin embargo de hallarse en lo mejor y más florido de su edad, ostentaba un tipo místico, más á propósito para monja que para casada, para el claustro que para el mundo.

El angelito fué admitido en casa de doña Mariquita, atendidas sus dotes religiosas y el mucho temor de Dios que su corazón abrigaba.

Felices eran las sesiones de aquellos benditos en su diario conciliábulo.

Los mayores en el *canapé*, haciendo calceta ella y él tomando polvo tras polvo. Los menores á la camilla, leyendo las funciones religiosas del día siguiente y la vida del santo del presente.

¡Qué inocencia y cuánta virtud!

—¿Como dejaría Dios cortar la cabeza á San Dionisio? preguntaba la niña un día á su tutora.

—Porque le convendría así, respondía doña Mariquita con tono doctoral.

—¿Te la dejarías tu cortar? preguntaba despues por lo bajo á su novio la jóven.

—Creo que nó, respondía éste; pero si Dios lo mandaba...

Y de aquí se seguía que los dos niñitos iban á otra habitacion á adornar la imágen de algun santo, para el que la polla había confeccionado un túnico de crochet.

D. Hermógenes, aprovechaba aquella ausencia para insinuarse por el camino que creía oportuno, respecto á un proyecto de iglesia que traía entre manos, para lo cual, sólo le faltaban ya unos cinco mil duros, y hacía esta insinuación de una manera tan poética, tan galana, que doña Mariquita le encontraba de ojos muy retrecheros y de dotes físicas más que regulares, olvidando que los muchachos se entretenían demasiado con la *toilette* del santo.

—¿Que harán aquellos diablillos? decía alguna vez la bendita mujer.

—Déjelos V., Mariquita, contestaba el vejete; cosas de chicos. Y la ex-ama se dejaba arrastrar por la conversacion de su acompañante.

Terminada una tarde la visita de éste, pasó con él en su despedida á la habitacion donde estaban los jóvenes, y... ¡horror! Mónica se encontraba subida sobre una silla colocada encima de débil mesa, atando las colgadurss que servían de dosel al santo acabado de vestir; y el señorito devoto se hallaba de pié, abarcando con sus manos los tobillos de la santera, para que no se cayese.

Un grito nervioso, que se escapó por la boca de doña Mariquita, asustó al mismo tiempo á la jóven pareja, dando por resultado que el muchacho bajase sus brazos y la niña cayera rodando al pavimento, descubriendo algo más que el retablo ya colocado.

—¡Dios mio! fueron las únicas palabras que pudo proferir la ex-ama, dando con su desmayado cuerpo en brazos de D. Hermógenes, que la condujo á la habitacion inmediata.

El pollo en tanto, socorrió á su bella, que no volvió en sí, hasta que á fuerza de recorrer aquel toda la escala de los socorros la hizo tornar á la vida, huyendo despues, como si su conciencia le remordiese de algo.

Por su parte, el viejo salió despues de un rato con gozosa cara y metiendo en su cartera unos papeles que podían tomarse sin escrúpulo alguno, por billetes de Banco.

Mónica se rehizo, compuso un tanto su traje y peinado, y entró en el gabinete de doña Mariquita.

—¡Sin calzones! exclamó ésta apenas vió á la chica; ¿estabas sin calzones?

—Eso digo yo, señora; contestó la polla al ver sobre una butaca los de su tutora; ¿por qué se los ha quitado V. tambien?

—No hablemos más del asunto, repuso la verde circe, cogiendo sus calzones y haciéndolos un rebujo.

CAPITULO II.

LAS AGUAS MANSAS.

La bienaventurada doña Mariquita, dejó de recordar á su pupila el uso de los calzones, y desde aquel dia, en que la pobre Mónica colocó el santo en el dosel, no se vió ésta increpada por la falta de prenda tan propia sólo del género masculino.

Miéntros los dos jóvenes seguían dedicados á sus cultos diarios, más ó menos fervientes, la pobre ex-ama cayó enferma de ictericia por la ausencia del Sr. D. Hermógenes, el cual, despues que volvió á ver cómo había pasado la noche doña Mariquita, y á llevarse los residuos de la gaveta de su favorecedora, no pareció más por aquella casa, ni por sus contornos.

Pero la sorpresa de la enferma creció aún más de punto, cuando supo por su criada que

la señorita había dejado una carta sobre la mesa de su cuarto y no había vuelto desde las seis de la mañana, que dijo iba á misa.

Llegó en aquel momento, recomendado á doña Mariquita, un jóven de gallarda presencia y muy timorato, que el teniente de cura de no sé qué parroquia, le enviaba por encargo ya atrasado que la pobre vieja le tenía hecho.

El adolescente sobrino carnal, á lo que parece, del protector que le recomendaba, iba á ofrecer sus servicios de lectura, escritura y contabilidad á la enferma.

Desde luégo quedó recibido, instalado y acomodado en la casa, con gran contento de la señora, á quien le pareció mucho mejor que el hipócrita de los billetes de Banco.

—Anda, hijo mio; ya que Dios te envía tan á tiempo, léeme la carta de esa tontuela loca.

—¿Como te llamas?

—Plauto, para servir á Dios y á V., contestó el marrajillo.

—Pues anda, Plautito, lee.

Y dando al novicio la carta que la criada tenía en la mano, se dispuso éste á leer, no sin echar una, dos y hasta tres miradas de reojo á la sirvienta que salía de la habitación.

«Señora doña Mariquita:

No queriendo disgustarla, y arrepentida de una cosa que ya no tiene remedio, y que comprenderá, pues al fin tambien ha sido mujer y

el demonio la habrá tentado, la pido perdon, y me voy muy lejos, á donde no me volverá ver. La quiere á V. mucho su

MÓNICA.»

Gran sensacion causó la lectura de este documento en el ánimo de la combatida y desamparada señora, que rompió á llorar amargamente.

Plauto quedó semi-entristecido al ver aquella escena, de la que no entendía una palabra.

Por fin, enjugándose los ojos la sesentona, se dirigió á su nuevo secretario.

—Anda, Plautito, y que te dé de almorzar Teresa. Yo no almuerzo hoy.

Plauto salió en busca de la fámula y llegó hasta la cocina, guiado por una voz que cantando decía:

«Ahora si que estarás contentona...»

—¿Quería V. algo, señorito? preguntó la chica al ver entrar á Plauto.

—Almorzar, contestó sencillamente el pobre-cillo. La señora no almuerza.

—Voy en seguida.

A los cinco minutos estaba devorando el nuevo personaje, la racion de tres personas, mirando de reojo al plato y las tajadas, esto es, las viandas y la vivandera.

Esta notó que era objeto de curiosidad, y

abriendo la ventana del comedor se asomó al patio poniéndose de puntillas ó mejor dicho colgada de la ventana, pues tanto echaba el cuerpo hacía fuera que la faltaba base de sustentacion por dentro.

El comensal dirigió en seguida su vista al zócalo de la habitacion en la parte donde estaba Teresa, y á esto debió sin duda, que sus ojos se abrieran más de lo acostumbrado, si tenemos tambien en cuenta, que la botella de mostagan que puso en la mesa la sirvienta, contenía ya sólo aire.

La situacion del novato era crítica y no sabía como obrar *post prandium*.

Sonó la campanilla de la alcoba de la señora, acudió la criada y al breve tiempo volvió al comedor diciendo al jóven:

—Señorito Plauto; la señora me manda que diga á V. se eche un ratito de siesta.

El chico, peneque del todo, miraba con ojos turbados á Teresa, la que no pudo por ménos de exclamar:

—¡Ay, señorito! ¿Le da á V. algun sopenccio? Y como el señorito no contestase y pareciera que se caía, le sostuvo la cocinera, y cogiéndolo á su modo, dió con su cuerpo en la cama de la alcoba del comedor, que era la más cerca que había y donde dormía ella.

Como cosa natural, le aflojó la corbata, le desabrochó el chaleco y hasta le desechó algun

boton inoportuno, para el que se deja dominar por las turcas.

No había terminado tan misericordiosa operacion, cuando la enferma volvió á agitar la campanilla.

Acudió al llamamiento la atareada hermana de la caridad algo tarde, por lo que se encontró con su ama al salir de la alcoba donde reposaba Plautito con la cabeza llena de vapores.

—¿Qué haces ahí? ¿Y Plautito?

—Ahí está, señora.

—¿Como ahí?

Y sin más espera, entró en el dormitorio. El jóven acababa de dar una vuelta, y como le habían aflojado el traje sin consideracion á nada y atendiendo sólo á su aguda enfermedad, en donde primero posó su vista doña Mariquita, fué en la cara ménos expresiva de Plautito.

—¡Santa Tecla! exclamó la pobre señora confusa de verdadero rubor; y olvidándose que había salido de la cama en camisa y que su único traje era un manton que se echó sobre los hombros, lanzó éste de cobertor á Plauto tan precipitadamente, que, al quitárselo, se sacó la camisa, quedando al tenor de una mondada castaña pilonga.

La casualidad quiso que al propio tiempo le acometiese al jóven un ánsia mortal, y enderezándose de pronto, dejó caer sobre doña Mari-

quita la lluvia más estupenda y fétida que han vista los nacidos.

—¡Jesus! ¡Jesus! los demonios andan hoy en esta casa, exclamó la ex-ama, saliendo disparada como un cohete de la alcoba de su criada, como su madre la parió y chorreando vino y otras menudencias por todas las partes de su cuerpo.

Teresa limpió al enfermo con la camisa de de su señora, que había quedado allí, y acabó por dejarlo tan aflojado de traje, que á la segunda expedicion del almuerzo, estaba Plautito en pelota y chorreando, como su protectora.

Esta llamaba á voces á la criada, pidiéndola la olvidada camisa, y cuando la vió trasformada con color de violeta, se exasperó.

—¡Jesus! Dios me perdone, porque no se lo que iba á decir, exclamó. Buenas estamos; vaya, vaya; sea todo por Dios y anda al café más próximo y dí que traigan un café, ó tres, porque yo creo que los tres nos hemos emborrachado.

Teresa fué á cumplir el mandato, y entónces doña Mariquita vestida ya, aunque de prisa, se llegó al sitio de la catástrofe hallándose con Plautito roncando boca arriba y en cueros completamente, pues no tenía puesto más que los calcetines, los zapatos y el correspondiente baño violáceo.

—¡Valgame Dios; valgame Dios! y qué cosas le suceden á una ¡á mi edad ya! decía contem-

plando los efectos del exceso del muchacho.

—Al fin se le puede perdonar, porque es un chico y no sabe lo que hace. Ya le tendré yo más cerca. Esa Teresa me lo va á perder; que busque, que busque casa, que yo no la quiero más en la mia.

Así diciendo, fué á descolgar una falda de la criada para tapar al roncador, de una percha que existía junto á la cama, cuando un ruido la hizo pegar un salto tremendo.

El ruido provenía de la caída de un casco y un sable de caballería, que ocultaba la falda y se habían desprendido al coger ésta, rodando con estrépito por el suelo.

Doña Mariquita no sabía lo que la pasaba, ni se explicaba la presencia de semejantes pertrechos guerreros en la alcoba de la criada.

Pero lo más terrible del caso fué, que al caer el sable dió con el puño en la cabeza de Plauto partiéndole una ceja; y al caer el casco rodó dando un porrazo contra el ya cascado vaso, que lleno de sustancias amoniacaes conservaba Teresa debajo de su catre para desocuparlo despues.

El violento choque del hierro contra el barro, dió por resultado la rotura de éste y la consiguiente libertad de su contenido.

La pobre señora, asustada y dando saltos, para evitar una mojadura en sus piés, pisó sin querer ni saber en alguna partícula der-

ramada del roto cacharro, y cayó un solemne batacazo al resbalarse, que dió con su cuerpo en tierra, encajando la cabeza en el casco militar hasta el mismo occipucio.

Cuando llegó la chica con el camarero portador de los cafés, se halló su alcoba en un estado deplorable. Plauto estaba descubierto del todo y teñido de sangre el rostro, pidiendo socorro á voces porque decía que le asesinaban; doña Mariquita se hallaba en pié, con el casco metido hasta el cuello sin podérselo sacar y ahullando sofocada dentro de aquella máscara inesperada, y para colmo de males, el mozo de café que seguía torpemente á la muchacha, al penetrar en la alcoba, tropezó con el sable de tan mala manera, que cayó de bruces sobre doña Mariquita á quien derribó, recibiendo esta desgraciada, con la bandeja de las cafeteras hirviendo, que la escaldaron, el macizo cuerpo de aquel gallego, más gordo que un tocino y más alto que un cerro.

La vecindad se alborotó asustada y llegaron dos agentes del orden público, que completaron el cuadro, llevando á todos los causantes del alboroto á la prevencion, de donde, avisado el tío de Plauto, pudo conseguir el rescate á las ocho horas, saliendo fiador de todo y por todos.

La casa de doña Mariquita quedó desocupada á los pocos dias. La beata perdió su salud con aquellos golpes tan desusados y poco vistos

en el trascurso de su vida, resolviéndose á salir de Madrid con los pocos cuartos que la quedaron, á terminar sus dias en un pueblecito de Cuenca.

Teresa pasó á servir á otro amo, regañando con el coracero de los célebres trebejos; Plautito fué encerrado en el claustro de novicios de San Antonio Abad, y el mozo de café fué despedido del establecimiento en donde servía.

Así acabó aquella funcion que comenzó don Hermógenes con tan malos auspicios y que costó la infeliz vieja con una no pequeña parte de su fortuna. Fiesta que hizo un devoto con el dinero de otro.

PARTE CUARTA.

FE Y TOROS.

CAPITULO PRIMERO.

LA MENOSANIMALIA.—CREENCIAS DE LOS MENOSANIMALES.

No debo dar cima á *mis memorias* sin dedicar una parte preferente al asunto que marca el epígrafe de este capítulo.

En mi excursion exploradora no he hallado cosa más notable que las bases religiosas del bello pais de la Menosanimalia, dignas de ser conocidas, como lo son las de otros paises del globo.

«Por todas partes se va á Roma,» suelen decir muchos. Por todas partes caminan al mismo objeto, y tienden á idénticos fines los habitantes de la tierra.

La idea es hacer germinar la virtud, consolidar una paz próspera y disfrutar un máximum de tranquilidad como único estribo en que se sustenta la dicha de todo ser organizado para la vida.

Los menosanimales tienen una fe íntegra, una fe ciega, una fe verdadera como no la tienen, en general, los demas puntos de nuestro planeta.

Creen en un Dios, causa única, suprema é inexplicable de todo.

No tienen cielos ni infiernos, premio ni castigo, tártaro ni paraiso. Todos pasan por iguales filtros, por el mismo cedazo. La pena la tienen en este mundo, pena de alma y de cuerpo; la dicha tambien, dicha de materia y espíritu.

El pobre trabajador nace y vive en medio de su miserable existencia rodeado de privaciones, pero la soporta con un heroismo lleno de orgullosa satisfaccion. Sabe que si entónces es un pobre obrero que construye automáticamente una casa, cuando vuelva á la vida por segunda vez será maestro de obras, y á la tercera será arquitecto, caminando progresivamente y pasando por todas las fases sociales, hasta que comience á descender otra vez para tomar nuevo rumbo.

El soldado será general y el rey habrá sido soldado. El conde ha sido pechero, y el que de

presente viva como humilde colono corre hácia la suntuosidad del grande propietario.

Esta explicacion dogmática para los menosanimales, les aporta infinidad de ventajas prácticas que constituyen una virtud sólida, una tranquilidad envidiable, una paz fecunda y una dicha general. El alto no se desdeña de hablar con el bajo; éste no envidia la posicion de su superior; y como creen de lleno en esa perfecta igualdad, por más que en cada una de las varias vidas que tiene cada individuo no recuerda la anterior, ni tiene el mismo nombre, ni la misma figura, la fe ciega de que su religion es cierta y verdadera, y de que su Dios es justo para todos, les dota de caridad, abnegacion, sobriedad y todas las demas virtudes, poco conocidas en otros paises.

Otra de las bases más acatadas de sus leyes es el respeto profundo á todo cuanto emane de la naturaleza. La necesidad natural y general es una ley de hecho y de derecho que suponen un mandato supremo. En esto apoyan la poligamia, admitida de lleno entre los menosanimales, pero sin fuerza, por ninguna de ambas partes, sino con consentimiento mútuo.

Por consiguiente, la prostitucion no existe entre ellos; la honra de la mujer no necesita defensa, puesto que no es atacada por nadie. Consideran, en general, la palabra honra como vacía de sentido. No van muy descaminados;

nosotros lo vemos palpablemente en nuestras sociedades, donde, por lo comun, la honra es patrimonio del acomodado, cosa que nada tiene de particular. Un rico robando sería un crimen horroroso; un opulento que no sea ladron, no es una virtud.

Pongamos á los hombres en iguales condiciones, con hambre. Si roban pan no más, pan para sustentarse, ¿serán ladrones esos hombres? ¿Perderán su honra?

Mucho pudieramos decir acerca de este punto; pero nuestros lectores comprenderán perfectamente la inutilidad de disertar sobre la materia.

Si á los ladrones les hiciésemos millonarios, es casi seguro que dejarían su intranquila vida y se dedicarían á gozar de sus rentas.

Hay, en efecto, mayor propension al mal que al bien en muchos séres, los que, teniendo con qué satisfacer su sustento, envidian otros apetitos supérfluos, y ejercen, para adquirirlos, el vicio. Pero regularmente no sucede esto.

Lo que sí sucede es el afan de medrar por medios muy ocultos y que no estén al alcance de las leyes. Propinas forzosas que los agraciados se procuran teniendo su honra muy alta, al parecer; pero que, como carecen de ella, se mortifica, á veces, su conciencia.

Así, no debe extrañarnos ver tanto religioso y devoto, que tienen que pedir siempre el perdon

de sus culpas para descargar su interior y volverlo á llenar á seguida, que la costumbre es diaria, y el propósito de enmienda se hace siempre para mañana, fecha que no llega jamas.

Ha sido muy acertado, indudablemente, el pensamiento del legislador menosanimal, al decir: «tú, que hoy estás harto, mañana tendrás hambre, y aquel que ha de gozar, debe ahora padecer.»

Todos pasarán por el mismo alambique; todo es materia y espíritu, que irá perfeccionándose grado á grado. La igualdad es la norma; el bien será la meta, la felicidad. El pobre llegará un dia á mitigar su pobreza, porque el rico le ayudará á soportarla, en vista de la perspectiva de ser pobre alguna vez.

El *quod tibi non vis* llega á ser en los menosanimales una verdad práctica, sin ser precepto, al paso que entre nosotros es un mandato que nadie, por lo general, cumple. Hacer surgir espontáneamente una ley entre una sociedad que la acate voluntariamente, por medio de un sofisma establecido bajo el amparo de la fe, es obra digna de una cabeza privilegiada, que merece la admiracion de todos.

Los menosanimales llegarán, por fin, á traves de las generaciones, á obedecer sus leyes sin mandatario alguno que les obligue á ello. El bien solo reinará en tan hermoso país y la

felicidad será el aire moral y puro que respiren aquellos sencillos y bellos corazones, cuya civilización no tiene nada que envidiar á otras decantadas civilizaciones.

CAPÍTULO II.

A LOS TOROS.

Aficionado á las corridas de cornúpetos, como lo eran *in illo tempore*, en la decantada villa del oso de España, los maestros de obra prima, los Crispines y los títulos nobiliarios, no quise ausentarme de la Menosanimalia sin asistir á una célebre fiesta que de esta clase se acababa de anunciar para un dia feriado.

El cartel rezaba cinco bichos muy sobresalientes, de afilada cuerna, soberbio empuje, voluntad sobrada, intencion torcida y piés de gamo.

Los matadores eran tambien cinco; á res por cabeza. El primero era Espada; el segundo, Basto; el tercero, Hacha; el cuarto, Daga, y el último, Tiro.

Los picadores, dos muy famosos: Tente-Tieso, y Pica-Largo. Los banderilleros y capeadores, segun el programa, darían saltos y harían suertes á la dolorosa, á la española y á la gloria.

Aquel cartel era tentador; se me presentaba, en efecto, una funcion nueva para mí, tan dado á las corridas como he sido toda mi vida. Me compré la vispera un billete, y quedé tan satisfecho. Era una *delantera de mujer*, pues las demas localidades se habían despachado, no quedando otras entradas que las de aquella clase.

Me consolé, pues, á pesar de ignorar si vería ó nó con comodidad la funcion, y regresé á mi casa.

Toda la noche me fué insoportable. Apenas cerraba los ojos, me figuraba yo sentado en una *delantera de mujer*, viendo desde allí al toro, que bramaba, embestia y decía para sus adentros: «*escamati.*»

Despues me parecía ver que el *berrendo* me miraba como un traidor de tragedia, y se venía hácia mí despacito, sin meter ruido, y conteniendo la respiracion. Yo quería huir, pero no podía; y al hallarse la fiera ya á mi lado, con sus pitones dispuestos (que en mi miedo contaba por docenas), sufría un sacudimiento tan nervioso, que me despertaba pidiendo socorro á pelado grito.

Por fin, amaneció, y sonó la hora del espectáculo taurino.

¡Qué confusión! ¡Qué algazara! ¡Cuánta alegría!

Llegué al circo, y busqué mi asiento. Era soberbio. Un balcon que festoneaba el zócalo de la hilera de palcos, recorría toda la plaza. Allí acudían mujeres que iban solas al anfiteatro, es decir, sin ningun acompañante masculino. Al tender mi vista por aquella banda circular, me alegré mucho de que me hubiese tocado una *delantera de mujer*, y me senté. Había sólo una fila, ¡pero, qué fila, Virgen Santísima!

Deben ser muy buenos los toros, me dije á mí mismo. Alguno que otro varon imberbe se hallaba tambien, cual yo, entremezclado en el balcon con las hembras, pero no llegaban á tres. En el resto de las localidades, los sexos andaban confundidos, á excepcion de la contravalla, que sólo ostentaba hombres.

Empezó la música, y se siguió la presentacion de los valientes.

Merece describirse.

Precedían dos batidores, como en España los alguaciles; ambos á caballo y en pelo, si bien con riendas. Uno con ceñido traje de plateado punto, sobre un hermoso animal blanco como la leche, de soberbia estampa y ondulosos movimientos, brida azul. El otro, sin nada en la

cabeza, cual el anterior, con vestimenta de oro, ceñida igualmente á la forma del cuerpo, cabalgando en corcel negro como el azabache, de arrogante lámina, y con bridas rojas.

Las chicas agitaban sus pañuelos, y las dos vecinas que yo tenía eran capaces de agitar con su garbo y donaire á todo el público allí reunido.

Detras venían á igual línea los cinco maestros.

¡Bien por la gracia!

Permítanme Vds. este desahogo, y vayan viendo lo que aparece en el redondel.

Espada: hermoso chico, traje de carnes, á modo de gimnasta, calzadillo romano y un mantolin grana color del calzado. En la diestra, una reluciente arma del nombre del matador.

Basto: atleta fornido; igual clase de ropa, coturno y mantolin verdes. En la derecha, una maza de Hércules.

Hacha: arrogante mozo; color azul cielo; un tremendo alfange corto en la mano.

Daga: simpático diestro; vivos naranja; el arma de su nombre.

Y Tiro: hombre de temple, pero de estatura pequeña; adorno negro, y con un rifle en la derecha.

Ninguno portaba prenda en la cabeza.

A continuacion, seguían los dos picadores,

montados como los alguaciles, y vestidos cual los maestros.

Yo estaba absorto; mis ojos iban de los toreros á mis vecinas, y de éstas, á mis vecinas otra vez.

El resto de la cuadrilla me agradó sobremanera.

Allí iban á lucir todos sus formas, su gracia, su destreza, su valentía.

Y se abrió la puerta del toril.

Aquello era un toro, y aquellos eran capeadores.

¡Qué de suertes, de saltos, de planchas, de atrevimientos y de locuras! Uno esperaba á la fiera, rodilla en tierra, y al embestir ésta, saltaba graciosamente, poniendo el primer pié en el testuz, y cayendo al lado contrario del bicho; otro salvaba de un brinco toda la res; aquel corría capeándola, y al llegar á la valla, se lanzaba á ella, sirviéndole de trampolin para caer en el redondel en vez de entrar en barrera.

Todo era nuevo; el *berrendo* se cansaba de no saber por dónde desaparecían los bultos.

Pero los picadores me causaron mayor sorpresa; eran picadores de nacimiento, esto es, desde el vientre de la madre. Aquellos brazos tenían musculatura de hierro; el empuje del cornúpeto se estrellaba contra la pica; la resistencia era mayor que la potencia; el toro cejaba, sin haber tocado al bridon ni al ginete.

Los hurras se sucedían unos á otros, y el público se entusiasmaba cada vez más. Yo no he gozado otro tanto en mi vida.

Llegaron los palitos, y había lidiador que los ponía desde lo alto, al dar una voltereta por cima de la cabeza de la fiera.

Imposible es describir aquella lidia.

Los hombres chillaban frenéticamente. — ¡Bravo!— ¡Valiente!— ¡Viva! Y arrojaban al circo cuanto de algun valor habían á la mano.

Las damas tiraban al redondel sus collares, sus anillos y pañuelos, y enviaban besos y flores á aquellos diestros mancebos. — ¡Divino!— ¡Gracioso!— ¡Salado!

Nadie puede imaginar la multitud de piropos que les arrancaba el entusiasmo despertado por tan arrojada cuadrilla.

Allí se obraban milagros; aquello era un mundo de magia; por fuerza presidía la corrida algun sér sobrenatural.

Al salir Espada á dar muerte al animalito, ya no me cabía el gozo en el pellejo, y sin poder contener un brusco arranque de expansiva alegría, extendí ambos brazos por detras de las espaldas de mis dos vecinas y las dí el abrazo par, más franco y garrido que pudo dar mortal pasado, presente ni futuro.

Espada retó al toro con su mantolin, y de una estocada hasta los gavilanes le tendió á sus piés, quedando el galan matador con un pié so-

bre la testuz y el otro en tierra, en posicion natural y bellissima, saludando á la concurrencia.

La plaza se llenó de hombres, que bajaron á abrazar á los muchachos.

Dada la señal, se despejó la arena y salió el segundo toro.

Me falta pluma, tinta, papel y cabeza para seguir trasladando los hechos de tan inolvidable funcion.

Sólo sí debo consignar la valentía de los cuatro maestros que restan.

Basto volteó en el aire su maza y la dejó caer con fuerza tal sobre el segundo toro, que éste quedó inerte y semi-aplastado en el suelo.

Hacha descargó una cuchillada en el cuello de su respectivo *bragao*, que le separó de golpe la cabeza del tronco, yendo éste rodando á saltos y sacudidas por cima de aquélla unas seis varas.

Daga clavó su arma en el corazon vacuno á la primera vez; y Tiro sopló una bala al bicho en el momento de ser embestido, que le paró, con los piés, la vida.

Para que nada faltase, mis vecinas de delantera me obsequiaron con confitura, alfeñique y agua con panal.

Pero despues no dormí. Soñé con las confituras y panales, y con los chicos, despertándome á cada momento cuando me figuraba ver

salir á Espada, y sonambulizaba (1) entusias-
mándome con las vecinas.

¡Cuánto he recordado aquellas horas!

¡Y aquellos toros!

¡Y tan bravos chicos!

¡Y, sobre todo... las dos chicas!

Sin embargo, en Madrid he visto cosas buenas. Y si los toros de la Menosanimalia fuesen como los del Jarama, creo no harían tanto los campeones nombrados, como los de España, que tienen otro arte más severo, pero mucho garbo.

Y también hay vecinitas que dan..... el ópio.

Decía un puntillero llamado *Cazuela*, cuando le hablaban de reminiscencias parecidas: «*Basta de matemáticas.*»

(1) Esta palabreja he creído leer en el original. Si no es castiza, no carece de expresión.

(N. del A.)

CAPÍTULO III.

AMOR, AMOR Y MAS AMOR.

Prometer no es cumplir, decimos; y no decimos mal, porque para prometer no se necesita sino hablar; y para cumplir hay que hacer algo más que mover la *sin hueso*.

La facilidad de las promesas está en relación directa con la elasticidad y soltura de la lengua. Por eso el que habla poco, hace más que promete; y el que habla mucho, promete más que hace.

Las mujeres, pues, deben prometer más que los hombres. Por consiguiente, no deben cumplir tanto como estos últimos.

Aunque hay tambien hombres que disputan la musculatura labial y lingual á la primera habladora del universo.

Esta facilidad de amontonar promesas nos ayuda á creer que existe igual facilidad para cumplirlas; y tanto nos engañamos en ello que nos turba el sosiego la cadena de desengaños que sobrevienen despues. Por otra parte, la venda de nuestro amor propio nos impide ver la constitucion física y moral del sér humano, y la atribuimos cualidades que está muy lejos de poseer y que sólo son propias de séres mucho más perfectos que nosotros.

Así se ve muy frecuentemente que solemos pensar hoy de manera muy distinta de ayer y diferente de mañana. Ahora creemos no hacer jamas una cosa, y luégo encontramos muy natural el practicarla. Somos volubles por naturaleza, impresionables por instinto y caprichosos por educacion. Este defecto se tapa pronto, diciendo: «De sabios es el mudar de parecer.»

Yo comería siempre dulce, exclama el goloso; dádselo y envidiará los garbanzos azafranados de un albañil. Sin embargo, ese goloso juraría, prometería y se contrataría por un año para comer sólo dulces. ¡Lamentable falta de conocimiento! ¡Ignorancia completa del *nosce te ipsum*; pensamiento desnudo de toda lógica!

¿Os quereis por esposos hasta la muerte? pregunta un sacerdote á dos amantes que quieren apretar el lazo de su amor.—Sí, contestan ambos novios, con la mayor sinceridad del mundo.

Honrado, económico y trabajador vivía un negociante joven y huérfano en medio de una población activa y comercial.

Entró un día en su tienda una linda muchacha, á comprar unas telas.

Era bella como la Virgen del Amor Hermoso, inocente como el tierno niño y tentadora cual la diosa Vénus.

Jorge, que este era su nombre, quedó encantado de aquella belleza.

Con su comercio y tan hechicera mujer, no hubiese envidiado á todos los reyes y emperadores juntos de la tierra.

Desde aquel momento, quedó nuestro pobre hombre descompuesto. Si escribía una factura, la encabezaba como un pagaré; si giraba una letra, la remitía á cargo de quien no tenía cuenta corriente con él; en fin, hasta para cobrar la más insignificante venta, decía: «10 varas, á 7 reales, son 70 reales,» y cobraba 10.

Ese estado no podía durar mucho; la cabeza del enamorado vacilaba, y era preciso un remedio heróico; sus amigos tomaron parte en el asunto, y al medio año, Jorge daba su nombre á la preciosa Amelia.

¡Qué luna de miel, lectores míos, más abundante, larga y llena! Había trascurrido un año, contaban un vástago femenino, y la luna seguía en creciente y hacía competencia al mismísimo sol del matrimonio.

Aquel amor era un delirio. Él subía mil veces desde su despacho al piso principal, para ver á su Amelia, á su vida, á su cielo. Ella bajaba otras mil á la tienda á decir á su Jorge, á su alma, á su ídolo, que ya habían pasado cinco minutos sin verle.

Tanta pasión era una locura, un vértigo, una cosa sin nombre. Y pasaban los años sin menguar ni un ápice afecto tan sobrenatural.

Llegó un día, por fin, en que el estado de la casa obligó á Jorge á realizar un viaje al otro lado de los mares. Tenían dos hijas; si no hubiesen tenido ninguna, de seguro no hubiesen pensado en el viaje; pero el porvenir de ambas niñas lo exigía así.

Tristeza reemplazó á la alegría que reinaba en aquel matrimonio, pero una tristeza sorda, cruel, amarga, como las lágrimas que producía.

El peligro era inminente. El viaje conjuraba el peligro.

Amelia quedaba con sus dos niñas en el establecimiento, y Jorge se embarcaba, acompañado del dependiente mayor.

Llegó la hora, el instante, el momento supremo.

La despedida fué desgarradora.

Jorge partió.

—¡Que vuelva pronto, Dios mio! exclamó la madre, cayendo privada en medio de sus hijas.

CAPÍTULO IV.

¡QUÉ COSAS TIENE EL MAR!

El cielo brilla sereno; la oscuridad de la noche va á suceder al crepúsculo vespertino; el céfiro es blando; el mar está en calma. ¡Qué hermoso es un viaje por la inmensidad del agua!

Surca ligero y recto el buque por la superficie. El vigía, colocado en la proa, da las voces de señal; el capitan, sobre el puente, consulta la brújula, y el timonel, en la popa, da dirección á la nave. Los pasajeros, duermen unos, hablan los ménos y meditan otros.

¡Qué adelantos humanos! ¡Cuánta maravilla, si no se queda en el *vi*! ¡Es mucho poder el poder del hombre!!

A bordo del vapor *San José*, de construc-

cion sólida, esmerada y elegante, van nuestros conocidos Jorge y su dependiente mayor. La conversacion sólo versa sobre Amelia. ¡Cuánto recuerdo!

Repentinamente, el horizonte cambia de aspecto; sobreviene un viento ignoto, un frío glacial, una revolucion terrestre.

El mar salta de pronto en rápidas olas, en horribles convulsiones. La decoracion ha cambiado, cual telon de espectáculo mágico. El vapor, tan tranquilo hace un instante, es elevado como una cáscara de nuez, á alturas imponentes, desde las que baja con una velocidad incalculable. El capitan se asusta, los viajeros claman, la tripulacion se espanta.

El aire hiela y destroza, el agua apaga la caldera, el buque se desarbola, y el terror domina á aquellos pobres hombres.

Todo ha sido un momento. *San José* se fué á pique con su tripulacion, cargamento y viajeros. Unicamente dos bultos sobrenadan, ocultándose á veces; son dos séres; Jorge y su acompañante. Aferrados y convulsos, pálidos y luchando ante la muerte, no sueltan la tabla á que se han adherido. Las olas inundan casi una isla situada en medio del embravecido mar; allí van á parar nuestros dos desgraciados; allí quedaron tendidos entre la salvaje vegetacion de aquel escollo desierto, de aquel pais donde jamas había penetrado la planta del hombre.

Sosegada, por fin, la naturaleza, sucedió la calma, tan apacible cuanto desesperado había sido aquel sacudimiento. A la noche siguió el claro arrebol del día, y nuestros dos náufragos se dieron cuenta de su situación.

Las lágrimas asomaron en sus ojos, y se abrazaron.

«¡Amelia!» fué la primera palabra que brotó en los labios de Jorge.

Cruel era el estado de aquellos séres arrancados, por la extraña casualidad, á la muerte, para dar comienzo quizá á una bárbara agonía.

El primer pensamiento del negociante fué para su mujer, tan alejada de él.

—¡Pobrecilla! exclamaba; ¿qué será ahora de mi Amelia? Ella no entiende nada de negocios, la engañarán, se perderá todo, se arruinará mi casa, y mis hijas y mujer perecerán de hambre. ¡Sabe Dios cuándo saldremos de aquí, si perderemos la vida en este rincón del mundo, ignorados de todos! ¡Ah! ¡Yo quisiera morir mejor! ¡Dios mio, Dios mio!

El pobre dependiente trataba de tranquilizarle; todo era vano; al siguiente día el hambre les obligó á buscar alimento. Allí no había civilización ni de sexta clase. Ni una miserable docena de tabernas donde echar una copa de baladre ó de alquitran; ni un café cantante donde beber una taza de achicorias y un vaso de agua de Lozoya, clarificada con alumbre;

ni una tienda de chocolates hechos con minio, bellotas y palo dulce; ni una mermada libra de fruta verde de á catorce cuartos, ni siquiera un poco de pescado remojado y podrido. ¡Ah! Allí todo era natural, no había penetrado la mano del hombre. Hojas y arroyos solamente se veían por do quier. Resinas, raices y jugos; todo crudo, sin condimento. ¡Cómo echaban de ménos las pastas rancias de su pais, los garbanzos blindados que cuecen las malas cocineras!

Pero el hombre se acomoda á todo. Al mes de estancia en aquel desierto no echaban de ménos ni el pan de Viena, ni los dulces de Navidad. Sólo necesitaban un peluquero, y por allí no pasaba un esquilador siquiera.

Morenitos, peludos y sin costuras en el traje, se hallaban al año de su forzoso arribo á aquella isla. Lo único que conservaban era el recuerdo de Amelia, asunto siempre de la conversacion de Jorge.

Y pasaron doce años; una friolera.

Por fin, al dia siguiente de cumplido tan largo plazo, empezaron á contar el año trece, y.... una vela se divisó en lontananza.

Qué de saltos y alegría en aquellos dos infelices; qué risotadas salvajes; habían perdido la hipocresía culta de toda sociedad; no sabían fingir; eran dos perros atados que huelen á su amo, que se acerca á darles libertad.

Con el desarrollo muscular adquirido en tan-

to tiempo saltaban prodigiosamente, movían con súbita ligereza los ojos, mejillas, manos, piés; todo su cuerpo, en fin, se puso en acción para hacer señales al buque velero por cuantos medios les sugirió su mente.

La embarcacion se hacía mayor cada vez. Los había visto y venía veloz en su auxilio.

Qué demostracion de cariño recibieron los salvadores; qué frenesí de agradecimiento. Los tripulantes sonreían y se lastimaban á la vez. Jorge y su dependiente inspiraban compasion; más aún, inspiraban sagrado respeto, porque la desgracia debe saludarse con la veneracion más profunda.

Omitamos detalles. El buque, despues de inmensas y penosas travesias, los dejó en su pais.

Al pisar ambos amigos el suelo patrio, una conmocion extraña paralizó todo su sér. De noche, y en aquellas calles que recordaban, no quiso Jorge pasar de las afueras de la poblacion, y se guarecieron en casa agena.

¿Qué pasaba al pobre náufrago? Deseaba llegar para sorprender á su esposa y echarse en sus brazos. Llegaba y se contenía. La tristeza reemplazó á la alegre dicha de arribar al puerto. ¿Qué cambio era este?

Jorge meditaba en lucha consigo mismo.

¿Había muerto Amelia?

¿Qué sería de sus dos hijas?

¿Existiría la casa?

El desgraciado temblaba al pensarlo, y deseaba salir cuanto ántes de su incertidumbre.

Al dia siguiente, y por encargo de su principal, fué el dependiente al sitio donde debía hallar la casa que hacía doce años no había visto, y la familia á quien debía preparar para recibir las nuevas de alegría.

Su sorpresa fué grande. La calle era la misma, pero el edificio no se veía. En el lugar que aquél había ocupado se alzaba un verdadero palacio de mayor extension, pues llenaba una manzana completa. El piso bajo de tan suntuosa morada, estaba dedicado á un grande y rico comercio, con dependientes que iban y venían, con profusion de objetos y telas, decorado artística y aristocráticamente. Nuestro hombre no volvía de su asombro.

Por fin, se decidió á preguntar.

Su admiracion creció de punto. Aquella propiedad que ante sus ojos tenía era de Amelia; pero á Jorge no le conocía nadie.

Quiso ver á la dueña, y fué admitido despues de repetidas instancias.

En un precioso salon del piso principal, tapizado con ricas telas y ornado por bellos muebles, esperaba nuestro correo á que se presentase la señora de la casa.

Despues de largo rato, una hermosa matrona apareció á su vista. Era Amelia; su físico no

había perdido belleza, su morbidez había adquirido mayor redondeo; el antiguo dependiente la reconoció en seguida; ella no hizo movimiento alguno de sorpresa.

—Gracias á Dios, señora mia, que os vuelvo á ver, despues de ausencia tan cruel como larga, exclamó el enviado. ¿No os acordais de mí?

—No os conozco.

—¿Es posible? ¿No recordais á dos personas que partieron de este sitio, hace doce años, para remotas tierras?

—¡Parten tantos todos los dias!...

—Pero aquellas personas eran de vuestra casa, de vuestra familia...

—Caballero, vos venís equivocado.

Un rayo no hubiese causado tanto estrago en el jóven, como la contestacion de la dama. Esta desapareció, y el atónito reconecedor se encontró sólo, y salió dando traspiés como un beodo por aquella suntuosa escalera.

Cuando llegó á su morada, cayó en los brazos de Jorge y rompió á llorar como un niño. Entónces le enteró de su entrevista, pero el efecto de tan cruel relacion fué en el comerciante contrario del que parecía esperarse.

—¡Pobrecillo! decía éste; no te ha conocido; no has sabido explicarte. Vámonos; verás tú apenas entre yo, cómo varía todo, y cómo tus temores se disipan. Y ambos cogieron sus som-

breros, y tomaron el camino derecho de la con-sabida casa.

Trabajo ímprobo les costó ser recibidos; pero, al fin, llegaron á la sala donde había estado el dependiente.

Pasado algun tiempo, penetró en la estancia la bella matrona.

Una alegría inexplicable inundó de gozo el alma de Jorge. Con Amelia venían dos lindísimas jóvenes de corta edad, pero ya casi desarrolladas; eran sus dos hijas primeras, las hijas de su marido allí presente. Detras seguían tres niñas de menor edad, pero tambien muy bellas.

—¿Preguntábais por mí? exclamó Amelia.

—Sí; Jorge viene á abrazar á su adorada esposa, y á no volverse á separar de ella hasta la muerte. Amelia mia, toma mis brazos.

Y sin esperar más, Jorge fué á ejecutar su deseo.

—¡Socorro!... ¡Luis!... gritó la olvidadiza esposa.

Un señor de severo rostro y mirada escrutadora, entró rápido en la sala.

—¿Qué es eso? ¿Qué te hacen? dijo, mirando á nuestros dos personajes.

—Soy el marido de esa mujer, contestó Jorge.

—El marido soy yo, señor mio. Ustedes son unos impostores, y salen al momento de aquí, ó los detengo como á dos criminales que pretenden usurpar mi estado civil.

—¡Amelia! ¡Amelia de mi vida!... gritaba desesperado Jorge. Pero Amelia no oía, y se había desmayado en un sillón, donde las dos hijas mayores le prodigaban sus cuidados.

El escándalo que se produjo fué grande; subió el personal del comercio, acudieron los criados todos, y los dos pobres náufragos salieron arrojados á golpes por la escalera. Las hijas no reconocieron á su padre, al ver que la esposa no reconocía al esposo. El nuevo marido no cedía los derechos que la ley le había otorgado, y la práctica le sancionó con tres hijas vivas allí presentes, que llamaban madre á aquella ingrata mujer.

Jorge se encontró en la calle demente ó idiota, despues de haber visto, con sus propios ojos, que su mujer estaba casada segunda vez, su familia más que duplicada y sus intereses muy crecidos, pero en poder de otro.

La autoridad tuvo que disponer su conduccion á un hospital de locos. ¡Pobre Jorge! ¡Quién había de pensar que aquella fe jurada.....

El dependiente, triste y desolado, marchó á casa de una semi-novia ó semi-amada, que dejó en la poblacion á su ida.

El no la quería con delirio, pues era más comerciante que artista; pero ella, que tenía un corazon creado para el cariño, atesoraba mil recuerdos para su ausente amor.

Cuando llegó ante su antigua adorada, ésta

le reconoció en seguida, se arrojó en sus brazos y no pudo contener sus besos.

¡Oh, joven feliz! ¿Cómo se había él de creer...?

¡La fe espontánea!.....

PARTE QUINTA.

EL TEATRO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DESAMPARADA.

En modesta habitación de una casa antigua de la ciudad X..... se hallaban una tarde de verano dos mujeres en ligero traje, sentadas cerca del entornado balcon, y afanosas en la confeccion de un vestido.

La de más edad es jóven aún para retirar de su persona los atractivos artificiales que realzan los naturales que posee.

Simpática por su trato, graciosa por su naturalidad y tentadora por el caprichoso traje de confianza que medio la cubre, haciendo presentir sus torneadas formas, se abanica de vez

en cuando, mostrando el nacimiento onduloso de su seno.

La segunda es una niña esbelta y gentil, cual la palmera del desierto; su figura merece describirse.

Un rostro expresivo y enjuto de carnes, sin perder por eso la morbidez juvenil de sus facciones; la frente tersa y pequeña, al parecer, por el rizoso cabello que la rodea; los ojos grandes, rasgados, coronados por largas y negras cejas, y velados por sedosas y espesas pestañas; de boca fresca y provocativa; el cuello torneado y bello como el de una vírgen; los brazos nevados cual sus delicados dedos de sonrosadas yemas; la falda corta, dejando ver unos piececitos lindos, inverosímiles, calzados con zapato bajo sobre la blanca media, y el cuerpo todo trasluciendo sus nacientes y ricas formas al través de la ligereza de peregrino traje.

Esta era Desamparada, tierno retoño de 15 años, nacido para el amor y para la desgracia. Vivía con su madre, ambas en orfandad poco envidiable.

La puerta de la habitación se abrió, dando paso á un hombre como de 30 años de edad, que se dirigió á las dos damas con confianza respetuosa y amistoso cariño, dándolas la mano y tomando asiento.

—¿Y Laura? le preguntaron á la vez ambas mujeres.

—Buena, respondió Juan José.

Este nuevo personaje era visita, casi diaria, de la femenil pareja.

Quería á Desamparada con cariño creciente y puro. Su felicidad era conversar un par de horas diarias á su lado, y gozaba al verla con asiduidad.

La jóven recibía con agrado la visita del amigo, y le tenía afecto; pero no pasaba de mirarle como á un hermano.

A Lelia, que era la madre, le alegraba tambien la vista de Juan José; y fuese por satisfacer su orgullo, ó fuese quizá por algun afecto interesado, mostraba hasta deferencias al visitador constante.

Así pasaban los dias; las damas confecionando trajes y esperando la hora vespertina de asueto; y el doncel en sus ocupaciones, esperando á su vez el momento de hablar con sus amigas.

El corazon de éste le inclinaba á la jóven; su cabeza le desviaba, y su sér entero padecía. En sus ratos, á solas, comparaba á Desamparada con Laura, y semejante pensamiento agitaba su espíritu.

Yo sería feliz si me hubiera cabido la suerte de tener por compañera á una mujer como esta, decía á menudo. Me rechazaría y perdería su amistad si descubriese mis intenciones; esperaré; no puedo vivir sin verla. Y de este mo-

do conciliaba su sueño nocturno, envuelto en esperanzas de que un día Desamparada llegaría á aplacar sus penas; lamentando miéntas, que Laurano tuviese las condiciones de aquélla.

Nacido para compartir sus penas y sus placeres con una mujer digna de su abnegacion, de su cariño, de su benevolencia, casó muy jóven, en condiciones completamente contrarias.

¡Cuántos matrimonios son infelices por la inexperta juventud, que obra sin madurez y decide sin reflexion alguna!

Lo mismo que una fruta verde no puede tener punto de comparacion con la ya sazonzada, que cae del árbol hecha miel, convidando á gustar de ella, así el hombre de 20 años no puede ser comparado al hombre de 40, que es la edad hermosa del género humano.

La mujer jóven que elija como objetivo de sus amores un imberbe, encontrará la fruta verde y tendrá que arrojarla.

La que elija el sazonzado fruto, se verá feliz, porque será sola y verdaderamente querida.

Existe un defecto muy lamentable y de muy funestas consecuencias en la mujer, y que no deja de ser general.

La oruga feliz y humilde, vive contenta, y un día empieza á tejer su capullo, envolviéndose en él por un arcano incomprensible de la naturaleza.

La trasformacion se produce, y el animalillo que ántes se arrastraba por el suelo y trepaba lentamente por los árboles, remonta, hecho mariposa de mil colores y oropeles, sus débiles, ligeras y preciosas alas, girando de flor en flor, con el orgullo de la belleza y la libertad de sus hermosas facultades, olvidando lo ténue de su sér, lo pasajero de sus dorados matices, la fragilidad de su constitucion y el origen oscuro que dió paso á tanta felicidad, que, cual todo en el mundo, tiene su fin, caminando sin cesar siempre hácia él.

Este ejemplo puede ser el fiel espejo de la mujer, que de oruga se convierte en mariposa, y acaba, por lo general, con su felicidad por el orgullo que nace del mentido brillo de sus alas.

Amais á una mujer sensible, bella, buena; ella os quiere más quizá que vosotros. Esta es la oruga, que vive feliz, humilde, pensando sólo en vos, en vuestro amor. Para ella no hay más mundo, más placer, más gloria que vuestra presencia cuando os hallais á su vista, vuestro recuerdo cuando os tiene ausente.

Pero el himeneo viene á unir con lazos morales indisolubles su existencia á la vuestra, y ya teneis á la mujer, oruga formando su capullo, hasta que queda mariposa.

Entónces, esa mujer, que ántes temía perderos y perder vuestro cariño, se ve con dere-

chos sobre vos y á igual nivel. Como ya no podéis escaparos, no necesita emplear atractivos como ántes; como sois suyo, tiene la seguridad de que nadie vendrá á quitarla su pertenencia, y como es ama, cual vos amo, ordena y manda, y en su cabeza ligera comete imprudencias, sin haber reflexionado que las comete.

La mariposa recién salida del capullo, vuela ostentando sus alas primorosas, sin precaver que las alas son de polvo, que se deshacen á la más mínima causa.

Así que al mes, al año, á los cuatro años, la mujer no es la oruga, no es la amante buena, humilde, sencilla; es la esposa con todos sus derechos, con todos sus defectos, con su predicada exigencia, con sus faltas á la vista sin dique que las corrija, haciendo prevalecer cada vez más sus caprichos y sus gustos.

El hombre así contrariado, huye del hogar que le abrumba, aparece sólo á las horas de comer y dormir, y va en busca de un ángel que le consuele, apartando su afecto del sér que, sin conocerlo, lo ha enfriado.

Si la esposa tiene madre, no es ésta la que ménos ayuda á la infelicidad de su hija y á la del pobre que buscó en ésta amor, tranquilidad y dicha.

Juan José encontró una oruga, y la oruga se hizo mariposa. Su genio mató la armonía del hogar. Ella era honrada, buena, pero su cabeza

no tenía cerebro. Su lengua no cesaba de moverse, y se movía mal y mucho.

Juan José era calmoso, pero Laura llegaba á irritarle la sangre hasta cambiarle en irascible. A haber sido él un genio vivo, ó un hombre que no hubiese moderado sus instintos, Laura habría muerto á manos de su cónyuge.

—¿Qué quejas tienes de mí? ¿Que mi carácter es malo? solía decir algunas veces la desgraciada.

—Eso no es falta; eso no es causa para que tú me pierdas el cariño. Yo soy honrada.

¡Error lamentable y funesto! ¡Cuán infelices sois, pobres mujeres, por no saber comportaros, por no conocer vuestra conveniencia y volveros tontas con las alas de la mariposa!

¿Quién sirve á un amo gruñon, regañador y lenguaraz? Nadie; todos los dias mudará de criados, y llegará á verse sólo, por muy caro que pague los servicios. Ninguno quiere ni puede vivir con la sangre achicharrada, bajo un techo que le ahoga, con una presion que le lastima, en un infierno continuo, sin fin, hasta la muerte del atormentador ó del atormentado. ¡Horrible vida!

Esta es la que pasaba nuestro pobre Juan José, que admiraba, en sus visitas á Desamparada, el bello, constante y uniforme carácter de la misma.

Lelia y su hija conocieron á un tiempo á su

amigo y á Laura, y les creían una pareja modelo.

Pero creció la confianza, y los desahogos de penas que Juan José iniciaba en el modesto cuartito de la madre y de la hija, las fueron convenciendo de lo desgraciado que vivía nuestro hombre en medio de su matrimonio.

La suegra, ya fallecida, había empezado el camino que siguió la esposa, y el cariño que ésta conservaba á la primera, fué una gran causa para que olvidase las palabras santas: «abandonarás á tu padre y á tu madre para seguir á tu esposo.»

Aquí el esposo fué el último, que siempre los últimos son los buenos, porque *«los últimos serán los primeros.»*

Quedaron solos Juan José y su mujer. Entonces empezó á ver claro el marido. Antes veía inducida á su compañera: ahora nadie podía inducirla, y la parte moral de la mujer apareció de pleno.

Todos los días la paz era interrumpida; todo era desolacion diaria, escándalo y mal ejemplo; todo debido á la lengua de aquella infeliz mujer, que necesitaba para su vida una guerra continua y cruel en su carácter inconstante, en su cerebro veleta.

Cada semana había cambio de criada, cada mes amigas nuevas, nadie resistía la vida en aquella casa.

Y sin embargo, el uno sufría; la otra terqueaba.

Juan José era paciente, y permitía que Laura eliminase de sus deberes cuanto le parecía.

No faltó quien la dijo que su marido era la única persona que tenía en el mundo y debía conservarlo; pero á todo callaba Laura, abusando de la bondad y nobleza de su esposo.

¡Infeliz mujer!

¡Pobre Juan José!

ENTRE ELSTIDORES.

Desechada era artista. Su madre lo fue en sus matrimonios, su padre tuvo igual profesión; y tímidamente abarcó algunas empresas teatrales. De aquí que la pequeña niña, aun cuando de su agrado no fuese, se vio en la necesidad de ser actriz.

Conforme vive una flor locana y pura en medio de la salvaje maleza de un jardín, así nuestra inexperta dama vivía inocente y pura en medio de los ataques y precipicios que hacen tan difícil para una mujer el uso por el arte escénico, donde quizá lo último que se aplaude es el artista.

Las mujeres de teatro, en general, necesitan haber nacido y educarse para serlo.

Y sin embargo, el uno miró; la otra se
quedó.

Juan José era paciente, y permitía que su
la eliminase de sus deberes cuando le parecía.
No faltó quien le dijo que su marido era la
única persona que tenía en el mundo y debía
conservarlo; pero a toda callada Laura, espues-
to de la bondad y nobleza de su esposo.

¡Buena mujer!

¡Pobre Juan José!

Los días se fueron y el tiempo se fue
desaparrando, y el tiempo se fue
desaparrando, y el tiempo se fue
desaparrando.

Y así se fue pasando el tiempo, y así se fue
pasando el tiempo, y así se fue
pasando el tiempo, y así se fue
pasando el tiempo.

Quedaron solos Juan José y la mujer
solos. Antes de irse a dormir se
miraban y se miraban y se miraban
y se miraban.

Y así se fue pasando el tiempo, y así se fue
pasando el tiempo, y así se fue
pasando el tiempo, y así se fue
pasando el tiempo.

Cada semana había cambio de estado, cada
semana había cambio de estado, cada
semana había cambio de estado, cada
semana había cambio de estado.

CAPÍTULO II.

ENTRE BASTIDORES.

Desamparada era artista. Su madre lo fué en sus mocedades, su padre tuvo igual profesión, y últimamente abarcó algunas empresas teatrales. De aquí que la pobre niña, áun cuando de su agrado no fuese, se vió en la necesidad de ser actriz.

Conforme vive una flor lozana y pura en medio de la salvaje maleza de un erial, así nuestra inexperta dama vivía inocente y pura en medio de los ataques y precipicios que hacen tan difícil para una mujer el paso por el arte escénico, donde quizá lo último que se aplaude es al artista.

Las mujeres de teatro, en general, necesitan haber nacido y educarse para serlo.

No basta interpretar un papel; eso es lo de ménos. Una mujer dedicada á tales trabajos, merece ser compadecida, si es de corazon sensible; y despreciada, si carece de él.

Lo primero que exige el teatro á sus damas es la figura; lo segundo el arte. Pero de nada le sirve á una actriz la figura sino cuenta con la diplomacia suficiente para parecer accesible á las diarias y continuas exigencias de todas especies y de todos los amos que tiene por cima de ella.

El primer enemigo que encuentra á su paso es el padrino; éste la recomienda al segundo, que es el empresario, al cual sigue el director de escena y el de orquesta, si la artista es de compañía lírica; y, por último, los individuos de la compañía, algunos asistentes al teatro, y la inconsciente *claque*, hechura del empresario.

El público ve, y hasta una parte de él envidia, á veces, á la bella actriz, que sale al palco escénico á recibir los aplausos que la tributan y ella acoge con la sonrisa en los labios, teniendo su corazon lleno de amargura y triturado por las exigencias, que quiere evadir y no puede, de los dueños de su subsistencia, empezando por el empresario, que suele ser un semidios neroniano.

Desamparada se vió un dia, la primera vez despues de la muerte de su padre, visitada por

un agente de teatros, que vino á proponerla su ajuste para una poblacion de segundo ó tercer orden, en calidad de dama jóven.

Lelia aceptó aquella contrata como pan bendito, pues la costura no rentaba lo suficiente para subvenir á las necesidades más imperiosas.

La salud de la pobre niña se resentía, y el trabajo escénico podía rehabilitarla y allegaba más recursos para su reconstitucion.

Recibido el convenido préstamo para la provision del equipaje necesario, y arreglado el viaje, se puso en marcha la compañía, llevando en su seno á Desamparada y su madre, la primera bajo su firma, y la segunda como acompañante.

Cumplió la buena actriz como tal con su contrato aquella temporada, sin otra novedad digna de mencionarse, que su primer amor.

Narciso, de nombre y de hecho, fué el que, asídúo abonado, puso sus ojos en la gentil palmera.

Desde la cuarta fila de butacas, ninguna noche quitaba su expresiva mirada de la jóven actriz, y ninguna noche faltaba tampoco en un entreacto al cuarto de aquélla, para saludar á su madre y prodigar alabanzas á la hija.

Esta, como es natural, se veía halagada por un jóven, fincado en firme, elegante, abonado diario é hijo de una de las familias principales de la poblacion.

A los pocos dias de residencia en la misma, de la compañía dramática, ya el apuesto galan acudía á los ensayos y buscaba ocasiones para dirigir sus certeros tiros á Desamparada.

Lelia, á quien no escapaba del todo la afición que su hija despertó en Narciso, no mostraba recelo alguno y dejaba marchar las cosas, segura, como estaba, de la inocencia y del candor de la niña, que jamas se había separado del lado maternal.

—Qué linda es V., decía un dia el caballero á Desamparada, recostado en un bastidor; qué linda, pero qué cruel. En vano la he dicho á V. que la amo, que no puedo vivir sin saber si V. siente por mí ese cariño que ha hecho nacer en mi alma.

Y la jóven callaba ruborizada, aunque dejando entrever al galanteador que no le era indiferente, y que ya casi le amaba.

En efecto, la hija de Lelia, sin darse cuenta de su naciente afecto, quería cada dia más á aquel asediador que la pintaba las dulzuras del afecto puro y las felicidades de dos séres, unidos por el amor y por la adoracion sólo.

El chico, en efecto, contaba con una verbosidad suficiente para volver tonta á una novicia en materias del dios Cupido, y como la bella era tan corta como el otro largo, y tan tímida cual atrevido el muchacho, sucedian escenas que, sin ofrecer cosa de particular, eran de mucho

peso, y arraigaban hondamente en el alma de Desamparada.

Si una noche, por casualidad, tenía ésta la cadena ó cinta del guardapelo poco ceñida, su adorador la hacía observar que estaría mejor colocado más justo y alto; y la virgen, en medio de su inocencia, se dejaba desatar y volver á anudar el terciopelo que rodeaba su cuello, por aquel galán, que posaba sus manos, para la operación, sobre la descotada espalda de la actriz, que daba despues las gracias.

El contacto de unas manos ardientes sobre la fresca epidérmis dorsal, electrizaba el sistema nervioso de la tácita amante, que, sin querer, soñaba despues con su galanteador y con lo grandioso de un amor puro, sublime y espiritual.

Pero Narciso, por más que fraguaba planes, no podía realizarlos; el ojo avizor de Lelia los desbarataba, y pasaba el tiempo sin poder tomar partido alguno.

Por fin, la compañía terminó su temporada, y la noche del último beneficio abordó la cuestión el doncel en toda su latitud.

Desamparada le amaba ya demasiado; sus labios no osaron confesarlo, pero sus hechos, á veces, y otras los continuos perdones otorgados á algunas inconveniencias, pusieron de manifiesto al mozo, que aquella chica estaba muerta por su persona; no era extraño que tal creyese

el galán, enamorado como estaba de sí mismo, y en la creencia de que ninguna mujer podría resistir sus dardos.

—¿Con que mañana se va V.?

—Naturalmente; ¿qué quiere V. que hagamos aquí mi madre y yo? contestó la dama.

—Usted, sí; su madre, nó.

—¿Cómo que yo sí?

—Quédese V.; yo la buscaré un precioso nido y serémos felices.

Desamparada se quedó estática. No pudo creer jamas que aquel hombre, en quien ella puso sus ojos, hiciera una proposicion semejante.

Quedarse ella allí, en una poblacion desconocida, á la vista de todo el círculo de sus amigos; ver marchar á su madre y consentir que el hombre á quien quería la tuviese como una meretriz asalariada, por el tiempo que á él le pareciera, para lanzarla despues en el fango por siempre, era una cosa inexplicable, irrealizable.

¡Ah! La proposicion era cruel. Narciso no la ofrecía su nombre, su compañía, su apoyo; la creyó capaz de ser una loca, que se iría con el primero que la propusiera un desvarío.

¡Cuán horroroso fué este desengaño!

Al dia siguiente, convencido como estaba el jóven del cariño que despertó en su víctima, con la esperanza aún del triunfo, voló á casa de su apasionada.

El recibimiento que tuvo fué bien frio por parte de la bella. La pobre Desamparada habia pasado la noche llorando su amor perdido. ¿Por qué le creyó capaz de pureza?

La rabia ahogaba su pecho, y de buen grado se hubiese arrancado el corazon; pero el golpe moral la dejó abatida y sin fuerzas materiales.

Montó en el coche con los ojos rojizos, testigos mudos de la violencia que se hacía para renunciar y no decir siquiera adios á aquel hombre que habia hecho latir tan vehementemente su corazon.

Narciso lo veía todo, y áun pudo dirigirla algunas frases.

Desamparada no contestó, y el coche partió á escape en medio de las voces de los zagales.

Cuando se empezaba á perder de vista la ciudad, la pobre actriz no pudo resistir más y rompió en desgarrador y acerbo llanto.

Su madre observó todo, y nada le dijo.

Narciso regresó á su casa, diciendo en su interior:

—Chasco me ha dado; mas para rato lleva.

Y quedó con esto satisfecho, como el cazador á quien se le escapa una pieza despues de herida.

CAPITULO III.

Juan José era un hombre especial.

La desgracia le perseguía en todos los terrenos desde que quedó huérfano, y la fortuna le sonreía siempre en uno solo. Este era el terreno del amor.

Nada tenía de particular la figura de nuestro protagonista; pero debían hallar algun *no sé qué* en él las mujeres, que, á no dudarlo, las cautivaba; así, que su afición á las hembras era decidida, si bien en buen sentido.

El número de sus amigas era elevado; todas, por lo general, solteras, alegres, jóvenes, y, como condicion especialísima, sin novio conocido y sin haberlo tenido, formal por lo ménos.

Su cariñoso porte le llevaba á una confianza ciega, que hacía nacer en las damas con respecto á él, por efecto de una llana caballerosidad que ostentaba sin afectacion, unida á la bondad de su carácter.

Le bastaba ver á sus niñas, sin tener jamas un pensamiento bastardo hácia ellas; pero necesitaba semi-enfadarlas, á veces, con juegos, á que era muy dado.

Así que, con una inocencia maliciosa y una malicia inocente, amagando y no dando á veces, y dando y no amagando otras, daba siempre en el *quid*, y tocaba los resortes del corazon, sin hablar de él jamas.

Era el reves de todos los hombres. Las mujeres, que veían en él esa mezcla extraña que en los demas no existía, le daban la preferencia, y Juan José vivía feliz y contento, ménos los ratos que respiraba en su hogar, atormentado por el genio irascible de su mujer.

Llegó, por fin, á sus oídos el regreso de Desamparada, y voló á visitarla.

«*Nunca fuera Lanzarote
de damas tan bien servido.*»

como lo fué Juan José cuando entró en el aposento de sus dos amigas.

Desamparada, que había probado la felicidad de amar y se encontraba con un vacío en su alma muy grande, aunque educadas siempre

en las faldas de su madre, se aficionó á que los hombres la dijeran que era bonita, hechicera, y todas las demas frases del repertorio masculino.

Juan José no la decía nunca galanterías semejantes; al revés.

Con franca sonrisa la daba apodosos varios respecto á su físico, en términos dudosos para la niña, y esto no la agradaba mucho, si bien lo vengaba con actos pueriles.

Las gracias de Desamparada encantaban á Juan José cada dia más, y la chica se encontró con tres acosadores diarios.

Abrió su temporada cómica un teatro donde fué ajustada la actriz, y tuvo que mudarse á una casa cercana al coliseo.

En la misma había un huesped que frisaba en los 52 años, viudo y con un chico por añadidura, que sacaba las mismas gracias desgraciadas que su padre.

El niño, que se llamaba Manuel, era nombrado y atendía por el nombre de *Manolillo*, que el autor de sus días le propinaba con frecuencia.

Desde el momento que la madre y la hija se instalaron en aquella casa, el huésped, con una franqueza andaluza, como puede tenerla un macareno de 52 años, empezó á visitar á las damas, y se pasaba todo el dia metido en el cuarto de las mismas.

Este era el amador núm. 1.

El segundo era actor de la compañía en que entró á formar parte Desamparada.

Este artista era casado, con su mujer é hijos fuera de Madrid; de un físico bien poco agradecido, pero de una moral aceptable.

Enamorado locamente de la jóven, era quien hacía el duo al viudo.

El tercero era Juan José. Pero éste no luchaba con nadie, razon por la cual merece ser calificado sólo de observador.

Si una mujer prefería á otro, en vez de preferirlo á él, Juan José tenía á ménos pensar en ella, y dejaba feliz á la pareja para que con su pan se lo comieran.

—Desamparadilla, decía el padre de Manolo con el *sans façon* del primer dia: yo te quiero mucho; vente conmigo al Africa, y apenas lleguemos allí, me caso contigo.

—Eres mi Dios, eres mi ángel, te amo; ámame por Dios, solía decir el actor.

—Qué fea es V., decía Juan José.

Este es el resumen del sermon que oían madre é hija constantemente.

Fijemos el interior de las cosas. Lelia quería, aunque no lo decía, que su hija aceptase el casamiento del viudo.

Esta no creía al padre de Manolito, y no le contestaba *sí* ni *no*. A fuerza de acostumbrarse á verle, pudo ya un dia replicarle:

—Pues casémonos aquí, y despues iremos al Africa.

—Eso no puede ser, respondía el de los 52 abriles.

Corría entre tanto el tiempo; la madre deseando ir al Africa; la hija dudando, y el novio pensando en la tostada que daría allende los mares, y en el viaje tan feliz que iba á hacer.

Desamparada quería mucho al hijo de su presunto marido, por la sola razon de que era un niño; y, en su cariñoso trato, le daba cada ósculo delante de su padre, que ponía á éste los pelos de punta.

Ya lo sabía la actriz, y cuanto más anhelante veía á su adorador, más redoblaba sus mimos y caricias con el chico, que ya frisaba en los 12 añitos cumplidos, lo que no dejaba de ser algo fuerte para Desamparada, que tendría 18 ó 19.

El actor seguía *erre que erre*, y cobró un ódio feroz á su contrincante; pero su prudencia y miramiento le hacían callar por fuerza.

Ninguno de los tres galanes conocía detalles íntimos del porte de Desamparada con cada uno respectivamente; el uno decía para sí: «me la llevaré al charco;» el segundo: «la haré mia,» y el tercero no decía nada, porque suponía que la chica no accedería quizá á corresponderle, ó sabe Dios si nada pensaría tampoco.

Quebró la empresa teatral, y quedaron ma-

dre é hija sin sueldo, reducidas á la condicion de la costura.

El compañero de teatro exigió un *si* ó un *no* concreto, que no le dieron, y el viudo un *si*, que tampoco le otorgaron.

La niña los toleraba, pero no los admitía. A manera y uso de las coquetas, tenía en jaque á los adoradores, y ellos mismos se daban despues el mate.

El actor regresó á su pais, y desde allí escribía á su adorada frases de amor, á que ella contestaba con frases de amistad.

Este proceder es un lunar que mancha la inocencia de Desamparada de una manera moral, por más que el fondo sea puro.

El africano desapareció á su vez, y las dos desgraciadas tomaron un cuartito modesto para vivir en la miseria.

Desamparada se conservaba ilesa. ¡Virtud y miseria! Esta es la verdadera virtud. No es penitencia la vigilia de un potentado, que se alimenta siempre bien con vigilia ó sin ella. La penitencia es del que continuamente se alimenta con el ayuno.

CAPITULO IV.

IL SIGNORE CARTOUCCI.

En todos los países del mundo domina la rutina de un modo absoluto, y en toda la raza humana, está injerta la imitación, llenando así el fin para que fuimos creados, por mas que yo ignore ese fin y otros fines, cuya conclusion no vemos entre todos juntos.

Hubo un tiempo en el cual puso un hombre de carrera, como si dijéramos, un farmacéutico, copiado, sin duda, de algun prestidigitador, una bola verde en su escaparate.

Ya se creyeron los demas colegas autorizados para poner verde, y, lo que es peor, encarnado, á todo transeunte que pasase cerca de su exposicion de farmacia.

Llegó un comerciante de mercería á colocar

faroles con cristal rojo sobre la acera; héte, pues, á todos los establecimientos irradiando su luz de color de sangre.

Los ultramarinos copiaron tambien al que estableció una llama de gas, saliendo por entre un mar de pasas, almendras, galletas ó salchichones, evitando así lo contrario de lo que se habían propuesto, esto es, que la gente se parase ante sus mostruarios, por no quedar ciega con el resplandeciente abanico de fuego gaseoso.

Sólo he visto uno, el único á quien se le ha ocurrido poner las luces de manera que su mercancía pueda ser vista y no ofenda á los espectadores; es el establecimiento de flores naturales de la Carrera de San Jerónimo, en Madrid; nadie le ha imitado; lo bueno no tiene salida.

En cambio, las salidas de tono hacen su efecto.

Gustan el café de achicorias y castañas pilongas, tomado entre mármoles y espejos dorados; los pantalones de guagiro, tejidos en esparto; los chitos recompuestos á lo tío Caniyitas; los *cuellecitos* universales, de algodón muy inferior; las piezas de recibir visitas, muy grandes, espaciosas y cómodas; las habitaciones para uso de las familias, muy pobres, reducidas y oscuras; los tacones harto estrechos y superabundantemente altos para pisar sobre un hermoso empedrado de desiguales y salientes pe-

druscos; las largas colas de los vestidos femeniles de toda clase de hembras, para que se levante polvo y vayan nada limpias las mujeres, *deslimpiándonos* á todos; los añadidos de pelo para llevar algun peso en la cabeza en verano, y abrigar en invierno lo que, sin duda, no necesita pulcritud; el petróleo para saturar la atmósfera de las poblaciones, que bien lo necesita; las corbatas *de pega*, porque los hombres no saben hacerse el nudo de la corbata verdadera; las comedias medianas, porque las buenas no las saben hacer los actores; los toros, porque sí, y los trajes hechos, confeccionados con más piezas que un mosaico; los específicos, que nadie sabe de qué están compuestos, pero que, segun reza el prospecto, curan hasta las cachas, y otras mil frioleras que no cuento.

Nada debe extrañarnos, pues, países de tal catadura y de semejantes catadores; cosas son que abundan en el globo, y á cuya especie pertenece el caballero Cartoucci, bailarín y operista infatigable, prestidigitador y caballero de la cruz de no sé qué santo.

Desamparada trabajó, despues de pasado algun tiempo de adversidad, *á partido* en un cuadro cómico especial, que se formó con grandes esperanzas. En dicho cuadro figuraba un apéndice de personalailable, cuyo director era el caballero Cartoucci, que, en honor de la verdad, trabajaba con todas sus fuerzas en favor del ar-

te coreográfico. La niña sedujo inconscientemente, al poco tiempo, al italiano, y éste comenzó á sitiar la plaza, con todas las precauciones que el caso requería.

La madre y la hija vieron en aquel señor un padrino, pues, según él pintaba los sucesos, la compañía quebraría, y formaría otra á su gusto para el pueblo de X, donde tendría cabida como dama de primera fuerza la preciosa Desamparada.

La madre se puso contenta, y la hija mucho más.

Creció de punto el cariño que supo inspirarla Cartoucci, y se desarrollaba en *crescendo* cada vez por las suertes tan bonitas que presentaba en escena, vestido con gusto y variedad y luciendo sus bellas formas, que debían admirar y atraer á Desamparada, que salía á verle desde bastidores, en los juegos y cabriolas que efectuaba.

La maledicencia empezó á fijarse en el cambio de miradas del cazador y la caza, y el río sonaba, porque sin duda llevaba algún agua.

La víctima ignoraba todo esto. Veía un protector caballeresco, bueno, que la quería, y aunque nada había pensado respecto á él que no fuese venial, la verdad es que ya le merecía un afecto resbaladizo, sin que la pobre paloma se diese noticia de ello.

Terminados los ensayos, el halcón acom-

pañaba á la paloma, y la requería de amores.

Valiéndose de terceras personas, la ofreció algun obsequio, que la inocente aceptó con placer, y, poco á poco, con estos medios crecían sus amores, sus esperanzas y sus ilusiones, sin que supiera la desgraciada cómo crecían, ni cómo podrían realizarse, pues el caballero Cartoucci no era libre, tenía hijos, y conservaba con su conjunta una paz octaviana, en medio del debido cariño.

Lelia, que comprendió todo cuanto pasaba, fiaba de lleno en la fortaleza de su hija, en las máximas que la había inculcado, y, más que nada, en el miedo que Desamparada tenía de desagradarla.

El varon conocía que debía andar con piés de plomo en aquel asunto, por muchas razones. Una, por el ojo avizor de su familia, que le observaba; otra, por la escuela de Lelia, que era profunda, y otra, en fin, por Desamparada, que le amaría, pero que quizá no se atreviese á más, hallándose vigilada cual lo estaba.

Las cosas llegaron á arraigar hondamente el corazón de la chica, que veía en sueños al italiano, con sus vestidos tentadores y su muy aceptable estética, arribando el amor á su cúspide, y empezando á desarrollarse con fuerza, precisamente cuando Cartoucci quedó una noche en volver al día siguiente temprano á firmar la escritura de la dama.

Amaneció y sonó el medio día, aquel en cuya mañana debió ir el caballero con el contrato. Nadie pareció.

Desamparada supuso que estaría malo, pero su madre la dijo:

—No seas tonta; Cartoucci no vuelve.

Esta frase sacó de quicio á la enamorada, que no sufría contrariedades, y replicó á su madre, con mil razones, acabando por decirle:

—Cartoucci volverá sin remedio; prosiguiendo para sus adentros: porque me ama.

La madre reía con la seguridad del triunfo, y gozándose en el chasco que su hija iba á llevar. Lelia tenía bastante mundo, tanto como falta de él su niña.

El señorito no pareció, en efecto. Iluso en sus creencias, pensó que aquella niña iba á entregarle en seguida el corazón al oír tantas promesas y al creerse protegida; no calculó bien, y sufrió el contratiempo que experimentan los generales que sólo tienen de tales el sueldo y la decoración.

Así que, para no conseguir nada, opinó como cosa mucho mejor, desaparecer de la vista de Desamparada.

Esta no podía resistir aquella ausencia; pasó dos noches mortales y dos días, que la desmejoraron notablemente.

Al tercero ya no pudo resistir más, y aprovechando un encargo de su madre, voló á la

casa en donde vivía *el signore Cartoucci*, y preguntó por él á la portera.

—Está bueno, contestó ésta. Ha salido no ha mucho; pero arriba se halla su señora.

Desamparada no quiso saber más, y salió en direccion á su casa, tropezando con todo el mundo, pues ni veía por donde iba, y se le andaban las casas alrededor.

Era la segunda vez que el amor la hacía apurar las heces del desengaño.

Mucha pena y algun tiempo la costó cicatrizar su lacerado corazon.

Pero sucedía con estas decepciones á Desamparada, lo que con un cuchillo que no corta. Le damos un dia un pase por la piedra y queda algo afilado, si bien no corta aún. Volvemos otro dia á pasarle segunda vez por la rueda, y ya parece que se dispone al filo. Y si en otra ocasion y en varias repetimos el desgaste, llegará, por fin, un dia en que el cuchillo nos corte los dedos á la menor distraccion; que tanto va el cántaro á la fuente que, al fin, se rompe.

Nuestro italiano se consolaba; tenía elementos muy grandes para ello, sin molestias de ningun género, y podía evadir todo compromiso, sacudiendo el cansancio cuando se hastiaba.

Aparecía ser bueno, llano, sin orgullo de ninguna especie; hablaba poco y era resignado.

Verdadera langosta, sabía dejar contentas á sus víctimas sin sacrificio el más mínimo.

Era una mezcla inexplicable de timidez y atrevimiento, de generosidad y miseria. Fingía gran temor á su cónyuge, siendo un señorito modelo que habría oído muchas veces la frase tan usual de *«que viene la señorita.»*

Pobres víctimas forzosas, las autoras de esta frase, inmolidas con grandes precauciones por los Cartoucci, ganando el sustento con hipocresía forzosa, apareciendo malas en el fondo, y obrando contra la voluntad y contra los sentimientos más recónditos del alma.

La honra de un buen servidor estriba en mudar poco de amo. El amo no se denigra por mudar de servidores diariamente. El amo tiene la fuerza, la astucia, el predominio y muchas más cosas. Los sirvientes no tienen nada.

Si profundizamos un poco la divagacion que he hecho, irémos á parar lógicamente á una deducccion, cual es: el hombre no tiene nada de unígamo.

La poligamia está admitida de derecho en varios países del globo, y en los restantes está tolerada de hecho. El hombre y el gallo tienen muchos puntos de contacto en este asunto, con sólo la diferencia de que el ave gallinácea es polígamo en un corral único, y el bípedo implume tiene sus gallinas cada una en corral distinto.

Olvidado por completo de los sabios y legisladores un punto de tanta trascendencia como éste, seguimos con la rutina que nos envolvió al nacer, hasta que, andando el tiempo, las costumbres varíen por sí solas, y suceda en esta materia lo que con la ortografía; que se escribe una palabra con una letra ménos que ántes, ó vice-versa, porque el uso lo ha acostumbrado así.

De cualquier modo que sea, el mundo vivirá siempre lleno de contradicciones, de contrasentidos, y llorando de amargura hoy, para reir mañana de dulzura, y volver á empezar igual funcion al tercer dia.

CAPÍTULO V.

EL EMPRESARIO DEL SÁTRAPA.

Perico era un galleguito, nacido, por amor de Dios, en una cloaca, entre la vaquiña, el cerdiño, y otros varios individuos de las tres familias.

El chico salió agarrado, por naturaleza, á todo lo que podía valer un ochavo. Era sobrio por necesidad, temperamento, condicion y educacion.

— *Vota otro conquiño*, decía el cabeza de su familia á las horas de comer; y Pedrito cogía su conquiño cuando se lo habían votado, y dejaba la madera del recipiente más limpia que si la hubiesen acabado de aserrar.

Su cuero estaba tostado y reluciente; tostado por el sol, que le calentaba desde que salía

hasta su puesta; reluciente, porque aquel bicho engordaba tanto con el pote diario, que daba contento verlo tan zagalote y tan cuadradiño como se iba haciendo.

Su madre le miraba con placer, sus hermanas con cariño, y hasta el padre decía, que si Perico hubiese nacido Perica, se llevaría tras sí á todos los mozuelos de la tierra.

A los quince años ya era más pleitista que toda la curia junta, y sabía más de gramática parda, que todos los pardillos habidos y por haber. Cuando le llegó la quinta, berreó mucho, dió que llorar más, y salió de *la su tierra* acompañado, hasta un cuarto de legua, por las mejores marusiñas del contorno.

¡Qué pena le causó aquella separación! Pero Perico tenía talento, y cuando, por primera vez, su sargento leyó la lista, y dijo:—Pedro Troitiño, el galleguito contestó:—presente,— y ya no volvió á llorar más, y pensó en hacerse hombre de pro.

Esclavo de la ordenanza y del cuidado de sus efectos, no le faltó jamás un boton ni una aguja de la mochila: al revés; á estilo de urraca, tenía sus nidos ignorados é inaccesibles, y almacenaba en ellos los efectos que podía atrapar á sus compañeros.

Pronto le dieron los galones, y entónces fué insufrible para aquellos que dias ántes le tuteaban.

El cabo Troitiño entendía de rancho, y sacaba su escote con maña, abundancia y algun torniscon que sabía propinar, acordándose de los tirones de oreja que le costó aprender el paso y manejo del arma.

A los seis años era cabo primero, y su vida era regalona para comparada con la de sus pobres paisanillos; cuando le faltó año y medio de servicio, pudo ostentar los galones de sargento segundo, con su moza, los días de fiesta, y su coracero filipino en la enguantada diestra.

Cuartiños hizo el señor Troitiño en su compañía, palos repartió y motas quitó á sus superiores, cogiendo la absoluta con gran vanidad, mucho contentamiento y muy lucido de carnes.

Como entendía de comestibles y raciones, contrató, con un amigo suyo, la provision de varios artículos, y se dió tan buena maña, que las clases estaban contentas con él, y él á su vez lo estaba con las clases.

Algo costó digerir á algunos bisoños el rancho, pero era por la falta de costumbre. El contratista tenía fama de entendido, hasta que un superior le puso las peras á cuarto.

Troitiño se consoló, porque en su retirada ya se llevaba la ganancia de las peras cobradas á duro.

Habiendo conocido en sus suministros de patatas, tocino y otros, á un cocinero del baron

de Hombra di Lata, que era compinche suyo y tuvo con él algunas ganancias, pensaron ambos dejarse de cocineos y emprender una cosa más digna de su posición metálica y naturales aspiraciones.

Alquilado un local, establecieron un café y un teatrito, en donde por módica suma se darían representaciones variadas, y variado café también.

En efecto, se hizo un presupuesto en esta forma del personal artístico necesario:

1	galan de empuje.	20	rs.
1	gracioso de fuerza.	30	
1	galan joven.	6	
1	barba.	6	
1	dama graciosa de enganche.	30	
1	dama joven.	6	
1	dama para lo serio.	6	
2	damas para segundas.	12	
4	comparsas entre hombres y mujeres (en junto).	16	
1	apuntador.	6	
1	traspunte, actor á disposicion.	6	
1	guarda-ropa.	2	

TOTAL... 146 rs.

Con 146 rs. de personal artístico bien podrían echarse al agua con seguridades de éxito.

La música sería cuestión de medio duro diario, y cualquier murga podía tocar dándoles de gratificación un café por barba, y al direc-

tor, dos, para que su mujer viniese á tomarlo con los rapazuelos, si los tenía.

Dicho y hecho.

Terminadas las obras preparatorias, un cartel anunció lo siguiente:

TEATRO DEL SÁTRAPA,

Funcion inaugural para hoy,

DÍA TANTOS.

- 1.º A las 8.—El gran maestro de la Tuna.
- 2.º El Pillete de Presidio.
- 3.º La tia Pepa.
- 4.º La cancanista del Universo.

Los concurrentes tendrán derecho á comerse un café con leche, y billetes de arriba por medio real.

Los que paguen un real, tendrán billete de abajo y unas gotas de ron de la Jamáica en el café.

A los que abonen real y medio, se les servirá media tostada de abajo y billete de arriba.

No se permite hablar alto durante la representación de las obras.

El teatrillo se llenó de bote en bote. Los em-

presarios iban y venían. Troitiño estaba radiante de contento.

El negocio iba viento en popa. No quedó un vecino de la población que no viese la cancanista, y los revendedores acudieron como á la miel las moscas.

A los cuatro dias hubo que dar tres veces *la cancanista*; y el público reía, bailaba y gritaba con todos sus pulmones que era un gusto. Aquello era la baraunda más infernal que en materia de espectáculos puede imaginarse.

—Que alce más la pata, decía un concurrente de los de á medio real.

—Que la alce, contestaba otro.

—Otra, otra..... ahullaban los más.

Y el telon se alzaba, y la cancanista volvía á exhibir sus bajos en medio del espantoso griterío.

Aquello era una furia con mil bocas, una arpía de dos mil manos, un mónstruo anillado que amenazaba derruir el edificio, un ofidio de colosal tamaño y poderío, desconocido para los célebres naturalistas.

Así pasaban los dias, los meses y los años, variando las funciones á gusto del público, y mejorando de condiciones el personal dramático.

A la fecha en que hemos visto á Desamparada requerida por Cartoucci, el teatro del Sátrapa había llegado á su grado de prosperidad. Estaba en su período álgido de civilizacion; los

actores eran artistas y estaban más recompensados; el local ostentaba mejoras, y el público, sino cambió de calidad, cambió, á lo ménos, de cantidad: era muy numeroso.

Desamparada fué admitida en la compañía. Troitiño era un pequeño sultan, y pensó enriquecer su harem. Gozaba con su obra, le rejuvenecía aquella diabólica baraunda, vivía en su centro, en medio de su asíduo público, cuyas voces amenazaban, á manera de retumbante trueno, hacer estallar la cubierta techumbre del coliseo del Sátrapa, donde los hombres asaltaban el hemicíclo á fuerza de empujones, codazos y pisadas, en medio de los gritos de las prensadas mujeres y de los ahogados chicos que se asfixiaban en aquella Babel, donde el empresario y la policía trataban en vano de poner orden con razones contundentes y de peso, que nadie oía, que ninguno parecía sentir, y que no comprendían entre todos juntos, ofuscados con el derecho que les daba el billete adquirido, de penetrar en aquel templo del arte.

Antes de que Desamparada entrase en el teatro del Sátrapa, hubo un interregno en que murió su madre. Juan José fué el único que se encontró como testigo ocular de tan apurado trance.

La huérfana quedó al nivel de su nombre, pues Juan José nada podía hacer por ella, en su calidad de hombre cuyas obligaciones estaban

cual debían hallarse al ménos los presupuestos de la nacion, esto es, niveladas.

Sin embargo, el cariño ó la costumbre hizo de nuestro hombre un galan; la jóven estaba en condiciones para rendirse. Su edad era la más critica al efecto; sus amigos, ninguno; había empezado á saborear las dulzuras del amor platónico, y estaba en la cúspide de él; Juan José era de su agrado, la daba pruebas de afecto; los ejemplos que continuamente había visto en el teatro la dotaban de alas, acrecentaban su anhelo; todo, en fin, empujaba á Desamparada á echarse en brazos de la suerte, y su suerte no era otra que su amigo; hasta la imaginacion meridional de la niña, su constitucion delicada y nerviosa, su alma expansiva y todo su sér, la llevaban *velis nolis* á una pasion arrebatadora, creciente, vertiginosa, insostenible, cual fuego voraz que consume un edificio, sin dique que le contenga, ni en su principio, ya amenazador y poderoso, cuanto ménos en el período máximo en que se hallaba; como una mariposa atraida por la llama de la fúlgida luz, en que se abrasa por fin, despues de sentir varias veces el calor sofocante que presta el foco luminoso que la magnetiza.

Juan José era amado, y amado de una manera sin ejemplar, con más pasion á medida que iba probando las dulzuras íntimas de un cariño verdadero y correspondido.

Troitiño contaba en su compañía con un trovador gentil, que era el primer galan, contratado como tal, y con algunos humos de elegante.

Este personaje, padre de numerosa familia, tenía sus ribetes de artista, literato, científico y enamorado.

Su levita, harto raida, iba teñida en las costuras con tinta de escribir, para ocultar el viso de reluciente blanco que ostentaban; sus botas, extremadamente limpias, tenían igualados los tacones á cuchillo cocinero; el pantalón ocultaba su vergüenza tras los faldones de la levita, y el cuello de la camisa solía ser de mejor aspecto que la blancura de la misma, que soportaba heroicamente el postizo de puños y cuellos con rostro de ictericia. El sombrero se hallaba acostumbrado á la plancha casera, deslumbrando así la arrugada vejez de su interior y el peso real que había adquirido.)

Desamparada hubiera querido tener siempre á su lado á Juan José, pero no podía ser esto posible; su amado llenaba obligaciones que le daban el diario sustento, y tenía que llenar también sus necesidades de la vida.

Así es, que únicamente despues de su trabajo, era cuando éste amparaba á Desamparada, y la servía de sombra.

El primer galan compuso una pieza de encantamento, en la cual la dama jóven saldría

vestida de náyade, sílfide ú ondina. Ansiaba el autor ver á la chica en todo su esplendor, para dirigirla algunas frases.

La dama participó á Juan José esta novedad. Tenía que hacerse un traje caprichoso, y subir y bajar por el escotillon varias veces. Apenas se enteró del traje nuestro enamorado, renegó del teatro, y quiso disponer una modificacion en el caprichoso vestido.

Este había de ser harto descotado de pecho y manga. No ostentaría más faldas que una gasa de á terciá, y las piernas irían cubiertas con un calzon de punto color de carne.

La cosa era incitante. El autor buscaba los aplausos en la exhibicion de las damas; quería ver lo que no podía conseguir quizá de otro modo. El empresario estaba contento de la obra, y Juan José quedó indiferente, al fin, con aquel uniforme. Desamparada estaba alegre, creyendo despertaría culto en sus compañeros y en el público.

Cuando llegó el dia de la funcion, se encontró la dama sin traje, pues, como de cuenta de la empresa, creyo que, advirtiendo el caso al representante, sería lo suficiente; pero no lo fué.

No hubo más remedio, á última hora, que proveer á la dama con unos calzones de baile y un tonelete, saliendo así la niña del paso, como Dios quiso.

—No creía era V. tan linda, la dijo el primer galán.

—¡Alza, morena! la dijo el empresario.

La orquesta creyó sin duda que los papeles los llevaba la chica en los piés, y desentonó admirablemente.

El apuntador hacía *mutis* á menudo, y la obra salió como debía salir, por arte de encantamento.

Desamparada estaba contenta; se había lucido y dado celos á su amado, con lo cual subía de punto el cariño que aquél podía tenerla.

Al siguiente día, durante el ensayo, el autor la requirió con fuerza, convertido en amoroso doncel, y ufano con la autoridad de director de escena y autor de desaguisados.

—Si V. quisiera, decía á la actriz, la daría un consejo.

—¿Cuál? contestaba ésta con mucha monada.

—Que no vuelva V. á salir á escena con el traje de anoche.

—¿Por qué?

—Es V. muy cruel. Ayer me hizo V. padecer mucho.

—¿Pues?

—Con ese vestido de tentacion.

—A V. se lo debo, que es el autor.

—Sí; pero caro lo pago. He pasado una noche fatal.

—¿Pues?

- Luégo se lo diré á V.
- Dígamelo V. ahora.
- Ahora nos miran.
- Cá; están ensayando.
- Me hace V. penar mucho. ¿No me tiene V. compasion?
- ¿De qué?
- De mi tortura.
- No comprendo.
- Pregúntese V. á sí misma.
- No puedo contestar á V.
- ¿Por.....
- Porque no me pertenezco.

Desamparada obraba como una coqueta; no faltaba materialmente al cariño de Juan José; pero le faltaba moralmente.

El actor cobraba alientos, y cuando le preguntaba el empresario acerca de la dama, le decía:

- ¡Pch! Así, así.
- Como todas, al fin; andas muy despacito; porque Troitiño tuteaba á todo el mundo.
- ¡Caracoles! exclamó para sí el primer actor.

Aquel dia se juró, á fe de caballero, ir al vado ó á la puente.

Y de resultas de esta decision, la chica fué á la calle, el empresario dudó del galan, éste del empresario y Juan José dudó de todos, incluso Desamparada, que despreció, segun dijo,

las ofertas todas, aunque parecía apreciar las de algunos.

Con estas peripecias se abrió Desamparada el camino resbaladizo que debía conducirla á la suprema desgracia. Pero los ejemplos no sirven de nada y todo el mundo quiere escarmen-
tar en cabeza propia.

¿Qué ha de hacer una infeliz jóven, inexperta y necesitando del apoyo de todos? Lo que haría un hombre senecto, apoyado en un falso báculo, y teniendo que bajar por rápida y escabrosa pendiente.

Empezar lento su descenso, rompiéndose el frágil baston; continuar la bajada abandonado al azar, y terminarla siniestramente encontrando horrible el punto de destino.

Descended, por lo contrario, con él; dadle vuestro robusto brazo para que se apoye; concededle algun descanso en la mitad de la cuesta, y el anciano llegará, por fin, sano y salvo al pié de la cumbre.

Este apoyo le faltó á Desamparada. Su débil báculo se quebró al pisar las tablas escénicas; la marcha empezó llena de obstáculos; tras un desengaño siguió otro; creyó distinguir un camino sembrado de flores, y se lanzó á él porque su aroma le atraía, y, sencilla mariposa, revoloteó en redor de la llama que había de consumirla.

Constantemente vemos ejemplos vivos, ho-

jas fehacientes del gran libro de la experiencia, que á todos nos debían enseñar desde niños, pues el saber no consiste en aprender libros sino cosas; en ser pobres primero, para llegar despues á ser ricos, segun nos enseña la misma naturaleza, al formarnos ántes sin desarrollo para luégo, en la edad oportuna, perfeccionar la parte física de nuestro ser.

El orgullo es la primera base, el cimiento que sostiene el mal que indico, detestable y vano edificio que alza nuestra soberbia. Ambos vicios engendran la pobreza, que viene á dar al traste con nuestra mentida fabricacion, hasta que nos arroja al abismo de la miseria.

Esa ligereza exagerada, que nos impide mirar el mañana de nuestros hijos, pasa de generacion en generacion, y por eso las sociedades se suceden cada vez más pobres y más orgullosas.

¿Cuántas familias no cuentan las sociedades que, teniendo hijas acostumbradas al señorío y á lo supérfluo, al quedar éstas huérfanas, solas, desamparadas, no caen, paso á paso, pero de lleno, en aquello mismo que ántes motejaban y miraban con alto desprecio?

¿Cuántas personas, buenas en su fondo, dignas en su proceder, grandes por su alma, altas por su cuna, sanas por sus intenciones y dotadas, en fin, de hermosas cualidades, no caen un dia, por capricho de la suerte, por su poca pre-

vision, por ser víctimas de la maldad, ó por cualquiera otra causa de las muchas que existen, en un abismo, y se ven precisadas á cometer el vicio, en contra de sus instintos, para satisfacer, por el momento, la necesidad más imperiosa de los seres animales, el instinto de conservación, el hambre que les devora y consume?

Las estadísticas criminales tienen que ser inexactas por fuerza; y debo advertir que no defendiendo á los criminales manchados con la sangre de sus semejantes, para quienes no encuentro otra pena que la del Talion, pues la mala yerba sólo no crece ni daña extirpándola de raíz; pero digo que son inexactas, porque para hacerlas era necesario que no existiese una persona que careciera del alimento necesario, ni del imprescindible hogar, ó, lo que es igual, que no existiese nadie sin trabajo, para que el abrigo y la comida le fuesen accesibles.

Pero la sociedad tiene leyes muy duras, defectos harto arraigados, y procedimientos muy amargos para con los miembros que la constituyen.

Todo se falsifica, todo se desvirtúa y todo se ve á través de vidrios prismáticos, que nos hacen ver las cosas distintas de como son y de lo que son.

Si un ser sirve para una cosa una vez, por más que en realidad para ello no sirva, la fuerza social le impele á seguir siempre aquella senda, ó á morir por Dios.

Lancemos, para prueba, un ejemplo bastante vulgar.

Tenemos un niño, á quien alimentamos sólo materialmente, sin darle ninguna clase de educacion. Ese niño llega á contar 12 años de edad.

Haciendo abstraccion completa de su capacidad, pues no paramos la atencion en ello, lo colocamos al servicio de un amo.

Ya le hemos sellado; ya hemos calificado su aptitud, ya le hemos marcado la ruta, el derrotero que debe seguir en su tránsito por este mundo.

Cuando ese niño solicite el desempeño de un cometido cualquiera, para el cual sea idóneo por su talento natural y aficion, le contestará el mundo: *«no sirves; debes buscar un amo.»*

Por el contrario, si el niño es educado para una carrera, y la desgracia se la corta, llegando el dia infausto en que desee ganar su vida de cualquier modo honrado que pueda encontrar, si suponemos que ese desgraciado llega hasta desear un amo, le contestaremos: *«no has servido nunca: no tienes costumbre; nos echarás el caldo encima al servirnos la sopa.»*

Y ese sér, útil por muchos conceptos á la sociedad, queda condenado á la ley de vagos, y es vago forzoso; y ántes de morir de hambre, se hace vicioso, llega á criminal, siendo bueno, y se ve, por fin, motejado por otros, mucho peores que él.

Hé aquí una prueba palpable de los cristales con que miramos; si son convexos, nos engañan; si cóncavos, nos mienten; si planos, tienen opacidad. Malos son los vidrios, peores son los ojos; pobre nuestro entendimiento, indolente nuestra voluntad; sin el perfecto conocimiento de lo que es justicia, y olvidados por siempre de lo que es abnegacion.

Por eso caminamos sólo tras la consecucion de cuanto desean nuestros sentidos, sin parar en mientes los males que podemos labrar, y mirando todo bajo el prisma que creemos nos conviene más.

Desamparada consumió su existencia entre dolores, privaciones, esperanzas y ensueños.

¡Pobre niña! Nació con dotes para labrar la felicidad de una familia; su suerte la fué adversa.

Hé aquí una prueba palpable de los cristales con que miramos; si son convexos, nos engañan; si cóncavos, nos mantienen; si planos, tienen ojos; malos son los vidrios, malos son los ojos; por el nuestro entendimiento, indolente nuestra voluntad; sin el perfecto conocimiento de lo que es justicia, y olvidados por siempre de lo que es abnegación.

Por eso caminamos solo tras la consecución de cuanto desean nuestros sentidos; sin parar en mientes los males que podemos hacer, y tratando todo bajo el prisma que creamos nos con-

viene mas.
 Desamparada, como un ser existente entre dolores, privaciones, esperanzas y ensueños.
 ¡Pobre niña! Nació con dotes para hacer la felicidad de una familia; su suerte la fue el-

Por el contrario, el mundo es un teatro para ella, y ella es un teatro para el mundo.
 Y así, como al ser desgraciado al y, a través de su vida, su vida es un teatro para el mundo, y el mundo es un teatro para ella.
 Y así, como al ser desgraciado al y, a través de su vida, su vida es un teatro para el mundo, y el mundo es un teatro para ella.
 Y así, como al ser desgraciado al y, a través de su vida, su vida es un teatro para el mundo, y el mundo es un teatro para ella.

Y así, como al ser desgraciado al y, a través de su vida, su vida es un teatro para el mundo, y el mundo es un teatro para ella.
 Y así, como al ser desgraciado al y, a través de su vida, su vida es un teatro para el mundo, y el mundo es un teatro para ella.
 Y así, como al ser desgraciado al y, a través de su vida, su vida es un teatro para el mundo, y el mundo es un teatro para ella.
 Y así, como al ser desgraciado al y, a través de su vida, su vida es un teatro para el mundo, y el mundo es un teatro para ella.

PARTE QUINTA.

EXPOSICION DE CUADROS.

CUADRO PRIMERO.

VIUDEZ Y SOLTERIA.

He oído decir á un chusco en cierta ocasion que *las viudas son lo mismo que los cuartos desalquilados*; en efecto, su traje de negro-mate hace las veces del papel «*se alquila*,» que ponen los caseros en los balcones.

Todo lo perdido fué mejor.

Para las viudas que tornan al matrimonio, es un refran este dicho. Ellas encuentran mejor la buena pasta del muerto que la de que se forma el vivo. «Dios conserve la vida del Rey,» se decía en tiempos pasados, porque se temía fuese peor el monarca que le sucediese. «Otro como el que en paz descansa no lo volveré á hallar,» dicen las desconsoladas viudas, llorando su pérdida.

«Cuando mi difunto, que esté en gloria, me llevaba á la fonda.....»

«¡Ah! Mi pobrecito Juan era verdaderamente un santo varon.....»

«Cuando vivía mi marido (que santa gracia haya), tal dia como hoy, se gastaba conmigo los ojos de la cara.»

A ninguna he oido decir, por ejemplo:

«Cuando mi fallecido esposo me pegaba cada tunda que me dejaba molida, por lo remala, gulusmera y otras cosas que yo le hacía.....»

En este punto corren parejas las solteronas con las viudas.

A lo mejor, óyese á una doncella de 70 años:

«En vida de mi papá.....»

«Nuestra mamá no nos consentía que mirásemos á un jóven.»

«¡Oh! Lo que es hoy hay una desvergüenza en las chicas y una desenvoltura en los chicos..... Buena era mi mamá para que yo levantara los ojos del suelo, ni enseñase los piés, como hacen ahora las tontuelas.»

Casaos con cualquier tipo por el estilo, y en el primer caso teneis al difunto hasta en la sopa; y en el segundo á la mamá hasta en el chocolate.

Pues á pesar de estos inconvenientes, hay cada aficionado á solteronas, y cada cazador de viudas que ni Julio Gerard, el famoso matador de leones, calza tantos puntos.

¿Qué cosa más hermosa que tener una solterona que paga bien caro el oirse llamar palomita mia, hechizo, monona, tortolilla, etc.?

¿Qué placer tan grande no es tener á una mujer que ya está acostumbrada á saber cómo se cuida á un hombre y á conocer á fondo todas las cosas de los hombres?

Así dicen los aspirantes á cabezas de familia, hambrientos, nulos y ambiciosos, que venden su cariño fingido por el bolso de una mujer, sobrante de un muerto ó supérfluo de un vivo; géneros pasados de moda, que han quedado en la tienda y nadie los quiere á ningun precio.

Negra está la tinta y dura la pluma; pero si hemos de dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, fuerza es usar de tinta fuerte y de pluma que señale.

¿Qué merece el hombre que juega la lotería de consagrar á un sér vetusto su juventud, sólo por atrapar una manda respetable á la muerte de aquél?

Y despues, ¿qué costumbres son las vigentes, que unimos nuestra vida á la de una viuda que lleva el luto solamente como anuncio de su soledad y llamamiento de reemplazo?

¿Y que dirémos de la que, con cuatro ó cinco chiquillos, al casarse de nuevo, se declaran éstos enemigos del padrastro, le motejan con los epítetos más feos y le insultan con los actos más despreciativos?

No podemos tener consideracion á esta clase de Tenorios mendicantes y mercenarios.

Los pocanimales prefieren una mujer soltera que haya amado á un hombre, á una viuda, pues dicen que, por lo ménos, no lleva escritas en la cara las pruebas de su viudez, amen de que la segunda compara á todas horas y en voz sonora las excelencias de su perdido esposo con las picardías de su marido presente.

Esta es otra cualidad que no puede tener la soltera preferida en la Pocanimalia, cuyos naturales renunciarían de buen grado á las dos por completo.

En la Masanimalia oímos diariamente escenas como estas:

—Adios, chico: ¿cuándo te casas?

—Pronto.

—¡Hombre! Cuéntame, cuéntame.

—Pch. Es un partido regular.

—Una pollita, ¿eh?

—Nó; no es precisamente una polla, pero está en buena edad.

—¿Tiene padre?

—Es viuda.

—¡Sopla!

—Yo te diré. Como uno está ya tan harto de sufrir, y tan cansado de no tener un cuarto.....

—Ya, vamos, es rica.

—Así, así; yo la calculo tres mil duros de renta.

—Entonces te doy la enhorabuena. Ya sabes que soy tu amigo y puedes mandarme lo que gustes.

—Ya lo sé: ya.....

—Pues, adios. Que me avises.

—Pues no faltaba más.

—¡Hola, Jacinto!

—¡Hola!

—¿Qué es de tu vida?

—Vamos pasando.

—Pero, ¿dónde te metes?

—Estoy muy ocupado.

—¿Algún trabajo extraordinario?

—Me caso.

—¡Caracoles!

—Lo que oyes.

—¿Con quién?

—Con una señora ya de alguna edad.

—¿Tiene *parné*?...

—Ya lo creo.

—Pues, chico, que sea pronto; y despues...

—Descuida.

Sin embargo, hay víctimas también que van engañadas al sacrificio, como, por ejemplo, la niña que, de catorce años, quiere profesar en un convento.

Como corroboracion de lo dicho, tenemos en las mujeres conversaciones semejantes:

—¡Raimunda!

—Ne te había visto, Pepa; ¿cómo estás?

—Tan buena.

—Has mejorado mucho.

—Pues no me faltan desazones.

—¿Qué te pasa?

—Nada; ahí hay un jóven, muy juicioso, eso sí, prendado de amor por mí y dispuesto á casarse.

—Y ¿por qué no te casas?

—Ya ves; viuda, con cuatro chicos de la piel del diablo...

—Y eso, ¿qué?

—Que no comprendo se pueda querer así á una mujer ya madura, con tanto chiquillo...

—¡Quiá!

—Y digo para mí: ¿si me querrá este hombre porque sabe que tengo una casita de dos pisos en la calle de Canta-ranas?

—¡Doña Canuta!

—¡Doña Susana!

—Qué preocupada va V.; pasa una á su lado, y como si pasara un escarolero.

—Calle V., amiga; si no sé cómo no me he vuelto loca.

—¿Por qué?

—Acabo de saber que mi hija, aquella santita suave que no alzaba los ojos del suelo, se ha escapado del convento.

—¿Qué me cuenta V?

—Lo que oye.

—Vaya, vaya; me deja V. pasmada.

—Sí, amiga mia, sí; no sé quién la habrá trastornado la cabeza. El caso es, que habiendo entrado con vocacion, y sin más voluntad que la suya, ahora algun bribonzuelo...

—Y eso que aquel señor cura, amigo de Vds., la daba consejos y la inclinaba á Dios.

—Sí, sí; de bastante nos ha servido. Pero le aseguro á V., que si la cogen... Estamos en casa desesperados; y el señor cura que V. dice, está tan apenado, que se le puede ahogar con un caballo.

—Todo sea por la Virgen. Trabajos que da Dios.

—A San Antonio he ofrecido mis bienes si me atrapan la chica.

—Él la oiga á V.

—Amen.

—Vaya V. con Dios, doña Dorotea.

—Dichosos ojos, doña Gertrudis.

—¿A dónde va V?

—Pues, voy de compras.

—¡Hola! Y, ¿qué va V. á mercar?

—Poca cosa; una futesa, para hacer un regalo mañana. Vaivenes de la vida. Cuando he sido jóven nadie me ha dicho: «por ahí te pudras,» y ahora, que friso en los sesenta (se quita diez, lo ménos), se ha enamorado de mi conversacion y de mi trato un jóven...

—Pero, ¿será ya granadito?

—Veintidos años á lo más.

—¡Doña Dorotea! ¿Está V. loca?

—Eso me pregunto yo alguna vez.

—Pero, ¿no comprende V., tonta, que el chico olerá los cuartos?...

—El es muy bueno. Si V. le conociese...

—No digo que no lo sea; pero ¡por Dios! señora, si puede ser su nieto de V.

—Y ¡qué le vamos á hacer! ¡Cuando las cosas se preparan así!...

—Hi la oiga á V. —
—Amen.

—Doña Canuta!

—Doña Susana!

—Vaya V. con Dios, doña Dorotea!

—Dichosos ojos, doña Gertrudis!

—¿A dónde va V.?

—Pues, voy de compras.

—¡Hola! Y, ¿qué va V. á mercar?

CUADRO II.

LOS VISIONARIOS.

Cuenta la célebre villa de Z..., en sus numerosas y escondidas guaridas, con un respetable total de seres tan viejos como ridículos, que pasan su vida esforzándose por parecer peli-negros en vez de peli-canos, y logrando, á fuerza del nitrato de plata, convertirse en bayos ó en flor de romero.

Esta clase de seres débiles y enamoradizos, tiene por distraccion la de galantear niñas de catorce años mejor que de quince, y de trece mejor que de trece y medio.

Es cosa digna de notarse, en la poblacion á que aludimos, el bulle-bulle que traen tales benditos por las calles, á las que salen sin derrote-ro fijo.

Apliquemos la vista al objetivo: allí va una niña, con su vestidito á media pierna, su desaliño natural, porque aún no está en la edad

crítica; las botitas deslucidas, porque no presume, ignorante de que la blancura de sus medias se ve de lejos y atrae los tiburones; se la ve pasar por la acera, distraída y cual palomilla embobada.

Encuétrase, al volver el chaffan de un edificio, con un personaje raro, que la mira. Describamos el tipo, puesto que se ha quedado parado.

Un sombrero de paja amarillenta y ribeteado por negras cintas, encaja apenas en una peluca de estoposo rojo, que medio se adapta á la cabeza de nuestro sultan de mentirigillas. Su rostro afeitado, arrugado y coloradillo, con sus correspondientes berrugas garbanzosas y desnudas de bulbos pilosos, le dan un aspecto especial, máxime con el brillo de dos ojillos como dos cabezas de fósforo, por lo pequeños y azuladillos.

En el labio superior ostenta un bigote merchado en su longitud, teñido con el negro-mate de cualquiera de tantas excelencias como usan los pobres hombres que tratan de ocultar sus pasados años, y que van diciendo á todo el mundo, aunque tácitamente: «Soy un tunantón.»

Un levitin de algodón á cuadros, con chaleco y pantalon de lo mismo; una cadena de hueso similar que sujeta un caldero de plata; un baston de estoque de longitud desmesurada pa-

ra la estatura del mocito (1), y unas botas bien embetunadas y mejor reclaveteadas, con tacon tachuelero de dos líneas de altura, son las formas exteriores que presenta á la vista el prototipo que nos ocupa.

La niña se va alejando, y el viejecillo, saliendo repentinamente de su marasmo, mueve sus cortas piernas y sigue la pista de la palomita implume.

Por la misma acera y con la proa hácia la pollita, viene otro señor mayor que tambien merece describirse.

Pantalon rodillesco y recortado, de perdida hechura y color perdido; casaquin pardillo y abierto, levantado por detras y con cintura en el espaldar; chaleco de hilo con boton dorado y más corto que prenda de torero; este es el traje que ostenta nuestro segundo contrincante.

Es flaco y largo cual caña de pescador, negro y arrugado como manos de lavandera vieja, sucio y descuidado como niño de dos años sin esmero.

Completa su traje un calzado torcido, un copa piramidal y ladeado á lo terne, y un bas-

(1) En mi pais tambien se usan mucho los bastones de gran longitud. Abundan las gentes con un hombro más alto que otro, efecto de que no saben llevar baston: ¡Como el *bastonero* se los vende así!....

ton que le sirve para ir haciendo juegos icarios.

Su pelo es áspero, cano y rebelde; por cada nariz y cada oreja le sale un mechón de ensortijadas cerdas, y sus cejas son cual maleza de bosque salvaje.

Los ojuelos son también de salvaje mirada, y, en efecto, miran con expansivo descaro á la niña, abarcándola de piés á cabeza.

Se pára nuestro hombre, deja paso á la joven y la lanza al pasar un disparo amoroso, que la llena de miedo, aumentándose á medida que el viejo la sigue impávido.

El del sombrero de paja, que presencia toda la escena, suelta una interjección para su capote y sigue á la zaga.

Pero héte aquí que, por enfrente, llega un tercer aficionado, estampa propia del dios Sileno.

Gordo como un lechoncillo, se asemeja á una pelotilla con cinco bultos salientes, dos del tórax, dos del abdomen y el último de las vértebras cervicales. Para un geómetra sería un esferoide, para un gimnasta un boliche, para los médicos una porción de linfa, para los astrónomos un planeta sin rabo, para el naturalista un molusco, para el geólogo una parte de terreno de aluvion, para los anticuarios un camafeo, para los alfareros un pucherete y para los poetas un sapo.

Todos estos y muchos más similares pudieran

aplicársele al seductorcillo de 65 años que nos ocupa.

Ver á la niña y correr, cual sus fuerzas podían, hácia ella, fué una misma cosa.

El del sombrero pajizo y el del de copa torcida, se dieron cuenta en seguida del tercer adversario, quien se colocó junto á la muchacha.

—Qué ligera vas, reina mia.

La aludida se separó bruscamente, saliéndose de la acera y redoblando su paso.

Los tres vejetes corrían que daba gusto verlos.

La perseguida volvía la cabeza temerosa, y veía con horror aquellos sabuesos que husmeaban su pista.

Ella ya no andaba, corría.

El del pajizo pisó á dos señoras el vestido; el terne pegó un tropezon con un aguador, saliendo con lesion en un callo, de modo que quedó desmontado para la carrera, y el obeso se escurría por entre la gente, dando de lleno con su inmensa tripa en cuantos transeuntes topaba.

La niña dió por fin con un portal, y entró. El tocinillo llegó á la puerta, y como no hubiese portería, subió el primer tramo. La asustada corza llegaba al segundo, y el adalid pudo ver las haldas de su embeleso.

—Oiga V., señorita; una palabra..... una palabra no más.

La jóven no contestó, pero ascendía despacio y sin dejar de mirar al galan.

—Por Dios, señorita..... repetía éste, avanzando á todo pulmon para llegar á la meta.

—Una palabra sólo..... balbuceaba en su ascension nuestro valiente.

Y así llegó la chica al piso cuarto, y el trovador al tercero.

—¡Padre!... ¡Madre!... gritó la pequeña al entrar por la abierta puerta de su habitacion.

El Tenorio, al oir este exabrupto, dió un cuarto de conversion y empezó á bajar cuanto se lo permitían su abatido espíritu y sus microscópicas piernas.

Un hombre como de cuarenta y cinco años, en mangas de camisa, y zapatero, á juzgar por el tirapié que traía en una mano, y la horma con la botina á medio coser, que portaba en la otra, salió furioso en busca del impertinente.

Verle y echar tras él, fué cosa tan rápida, que pudiera decirse salvó de un salto dos tramos.

—¿Con que, detras de mi hija, eh? Yo te daré hijitas, viejo goloso.

Un golpe seco, contundente y sonoro siguió á este exordio, que produjo despues una continuidad de ruidos, como si alguien rodase por las escaleras.

—Toma amorcillos, decía el zapatero, cerrando la puerta de su sotabanco, miéntras el pobre

perseguidor sufría callando el estado en que le dejaba aquel percance.

La criada del piso segundo, curiosilla y pizpireta de suyo, se asomó al tramo para enterarse de cuanto pasaba, y al ver aquel señor estrambótico, soltó una carcajada, y «¿ze ha puezto malo uzía?» le preguntó.

Subía lento las escaleras el otro colega del levitin á cuadros, para ver en dónde paraba aquella misa cuyo principio vió; pero tropezando, al hallarse cerca del que le ganó la vez, con la horma que tiró el zapatero, dió de bruces en los escalones, á la par que el descendente, apretansdo el paso por huir de la maritornes, cayó á plomo encima de él.

Un ¡ay! ahogado dejó escapar el del jipi-japa al sentirse prensado por el señor gordo, el cual rodó por segunda vez, llegando ahora hasta el mismísimo portal de la casa.

Un ruido se produjo, que puso en conmocion toda la vecindad.

El del copa torcido, que se había arrimado casualmente al quicio de aquella puerta para aliviar su magullado pié, olvidando sus dolores y creyendo bajaba un escuadron por la escalera, echó á correr con tal ímpetu, que, dando de lleno en un mozo de repostería que bajaba por la calle con un caldero de natilla en la cabeza, le hizo perder el equilibrio, quedando ambos sentados en la acera, pero recibiendo ántes el

galan todo el perol de puches encima de su cabeza, á guisa de holgado casco.

La algazara se aumentó con este motivo. El mancebo trataba de recoger la derramada golosina; algunos chiquillos mermaban, en son de ayuda, el espeso caldo, y nuestro rebozado personaje se lamía como los gatos, sentado en el suelo, para poder abrir los ojos y salir de aquel baño de crema.

Al repostero se le hincharon las narices contemplando su pérdida, y sin meditar lo que hacía, cogió el caldero del suelo, y le dió tal calderetazo en la cabeza al del casaquin pardillo que sonó como si hubiesen disparado un arma: tal hendidura acusó el perol, y tal avería se obró en el cráneo del paciente, de cuya cabeza brotaba la sangre.

La multitud corría, empujaba, se apiñaba, y los agentes de la autoridad tomaron parte en el suceso.

Tres camillas surgieron de él; una con el escalabrado, otra con el gordo y la tercera con el de la peluca roja. El mozo de la repostería fué detenido, y los chiquillos dejaron la acera más limpia que una patena.

CUADRO III.

LOS HOMBRECITOS Y LAS MUJERCITAS.

Existen en la capital de la Masanimalia ciertos paseos hartó descuidados, y de pasatiempos y solaces notables.

Nombremos los principales.

1.º Un prado de San Pepin, con apéndice de edificio gótico, que si tuviese archivo, abarcando los jardines limítrofes y un atochar vecino que existe, sería de fabuloso precio para los bibliófilos y anticuarios.

En este paseo, retozan los chicos y juegan las niñas; conversan los amantes y filosofan los desgraciados; venden agua con panales las mujeres del oficio, y no faltan tampoco quienes la beban, hasta con el correspondiente anisado.

Dejemos aparte todo lo que allí sucede, que

es largo de narrar, y concretémonos al título de nuestro cuadro.

«*Los hombrecitos y las mujercitas.*»

¿Quiénes son estos señores?

Son unos hombres en embrion, más ó ménos educados, segun la atencion y el cariño que sus padres les tienen, y el cuidado que les inspira su porvenir.

Son unas mujeres en capullo, que se hallan en iguales condiciones.

Se reunen para jugar á la vista de sus familias, pero se eclipsan para hombraear.

Lo mismo hacen las segundas.

Empiezan por jugar al corro, como en Madrid, y acaban por alejarse del sitio de sus vi-gías.

¿A qué suelen jugar estos angelitos?

A los novios, á los mariditos, á los desafíos, á fumar, etc.

2.º Una plaza de Levante con sillas, bancos y escalones.

3.º Un Recoveros, pues así se llama.

Ganas me dan de cortar el capítulo, por lo resbaladizo del asunto, que sólo puede ser tratado por un hombre présbita, de calma estóica, y que para consignar una frase de más vueltas á su magin que mula alrededor de noria.

La claridad de este cuadrito de costumbres infantiles de la *época* que alcanzamos, necesita una oscuridad algo espesa que vele las cabezas

de los protagonistas y haga perder los contornos de los personajes.

— Buenas tardes, Manolito.

— ¡Hola, Julio!

— ¿Con quién has venido?

— Con el criado.

— Y yo también.

— Somos felices, Manolito.

«Sue... ne la trom... pa in... tré... pidáa...»

— Déjate de trompas y ven.

— ¿A dónde?

— A donde yo te lleve.

Ambos amigos se agarraron del brazo, y conversando en voz imperceptible se dirigen hacia un obelisco.

Los criados quedan esperando á sus señoritos junto á un banco, rodeado de niñeras y amas de cria.

— ¿Qué quieres? pregunta Manolo á su conductor.

— Escucha, contesta Julio. Ya sabes que Perico la otra tarde se declaró á Luisa.

— Sí, ¿y qué?

— ¿Qué? quiero pedirte un favor.

— Tú dirás.

— Que seas mi padrino.

— ¡Pero Julio!.....

— No hay más Julio. O eres mi padrino ó he-

mos acabado. Yo amo á esa coqueta que ha admitido á Perico, y despues que le rompa las narices la voy á pegar á ella cuatro bofetadas. Ahora los verás, de seguro los encontramos.

—Eres un tonto, chico. No tomes esas penas, que si Luisa no te hace caso, ahí tienes á Amalia, que es más bonita y te mira mucho.

—Amalia es muy delgada.

—Pero es muy elegante. Tú, como miras sólo la redondez..... ¿A que si se ponen de largo te gusta más Amalia?

En esta plática llegaron ambos caballeritos al sitio donde se dirigían, y en el cual se contaban algunos zagales y zagalas, las segundas corriendo, y los primeros buscándolas los encuentros.

—Amalia, exclamó Manolo al pasar á carrera sostenida una preciosa niña de catorce años, esbelta y agraciadísima, con un vestido de seda corto y divinamente calzada.

—Manolito, contestó la niña parándose junto á los dos amigos.

—Te tengo que decir un secreto.

—Pues dilo.

—Que Julio te quiere.

—¡Bah!

—Que es de veras; te doy mi palabra de honor.

—Julio no quiere mas que á Luisa.

Y la linda Amalia volvió á emprender su

carrera, á tiempo que se acercaba al grupo el rival Perico.

—Hola, señores.

—Me alegro verte, Perico.

—Y yo á tí, Julio.

—Tengo que decirte que Manolo es mi padrino, y ahora mismo buscas otro pues nos vamos á romper el alma detras del Obelisco.

—Precisamente lo tengo, pues lo mismo te iba á proponer, porque eres un collon.

—Modérate si no quieres que te escupa en la cara.

—¿Tú á mí? Tienes poca saliva. ¿Creías que Luisa te iba á creer y se iba á escapar contigo cuando te fueses á España con una charretera?

—Luisa es una coqueta.

No bien acabó de decir Julio estas expresiones, cuando Perico cayó sobre él á puñetazo limpio. Manolo quiso separarlos, pero recibió un golpe en una mejilla, que le hizo retroceder.

En seguida llegaron al sitio de la contienda varios caballeros y algunas pollitas, entre ellas Amalia y Luisa.

—Por tí es esta riña, dijo á la última Amalia.

—O por tí, repuso Luisa.

—Yo no voy á buscar á los hombres.

—Ni yo tampoco. Y ademas no soy una hipócrita y falsa como tú, que haces cara á todos.

La pelea seguía, hasta que la suerte trajo á un señor que separó á los guerreros, que ya tenían todo el rostro arañado y golpeado, lleno de sudor, de sangre y de tierra.

El uno se fué con su padrino, llorando y componiéndose.

El otro, con su coragina, en busca de su Luisa.

Pero ésta escurrió el bulto con tiempo, y la hora, ya avanzada, obligó á que cada hombrecito y cada mujercita tocasen á retreta.

Paso en silencio las escenas de las familias respectivas, al ver á sus hijos hechos un *Ecce homo*.

Primero se oía el acostumbrado «¡qué sofocado vienes!» Despues el «¿qué es eso? ¿Quién te ha puesto así? ¡Si traes llena de arañazos la cara!» Luégo seguía el «pero chico, ¡si tienes toda la ropa hecha pedazos!» terminando la cosa con un sermon, que al señorito le entra por babor y le sale por estribor, pues está ya harto de oír «se acabó el paseo; no vuelves á salir en tu vida; á estudiar, y encerradito hasta que sea V. bueno.»

Al dia siguiente, sin embargo, el mimadito niño sigue calavereando lo mismo y con las mismas.

Con tales aprendices, ¿cómo no ha de haber despues maestros sobresalientes?

—¿Qué tienes? pregunta la mamá de Consuelito á su hija.

—Nada.

—No, nada, no; tú estabas jugando y te vuelves; esto es muy raro en tí. Vamos, díme-lo, Consuelito.

—Pues..... que Alberto es muy atrevido.

—¿Que es atrevido? ¿Qué te ha hecho?

—No nos deja jugar, y nos coge..... y.....

—¿Y qué? acaba.

—Y..... nos quiere dar besos.

La querellante no se atreve á decir que el muy tuno la ha dado uno, y van ya tres noches de igual operacion.

—Pues siéntate aquí. Las niñas juiciosas no deben jugar con los niños.

La chica calla y se sienta. Pero al cabo de un rato, que escucha la algazara y ve correr en lontananza á las demas alondras, dice á su madre:

—Mamaita, ¿voy á jugar?

—Nó, que los niños son muy malos.

—Alberto ya se ha ido.

—No importa, estará Luis ó Juan, ó cualquier otro.

La niña hace un mohin de disgusto y se re-cuesta en su silla de muy mal grado.

Rasgos son, lectores míos, los que apunto, que encierran mucha *caligrafía*; y lo mismo que por un trazo deduce el inteligente la habi-

lidad ó torpeza de una mano, así, por los toques dados, deducireis vosotros del boceto, el cuadro más entonado y concluido que existe en el lienzo, sino á la percepcion de los ojos, á la del entendimiento.

Qui potest capere, capiat.

—Pues... que Alberto...
 —Que es travivido? Qué te ha hecho?
 —Yo no he de jugar, y no voy...
 —Y... nos quiere dar...
 La perrellante no se atreve á decir que está
 muy tunda la pa dabo uno, y van ya tres noches
 de igual operacion...
 —Pues síéntate aquí. Las niñas juegas no...
 deben jugar con los niños...
 —La chice calla y se sienta. Pero al caso de...
 un rato, que esoch...
 en...
 —¿Qué voy á jugar?...
 —No, que los niños son muy malos...
 —Alberto ya se ha ido...
 —No importa, estará...
 otro...
 —La niña hace un moño de disgusto y se re-
 cuenta en su silla de muy mal grado...
 Rasgos son, lectores míos, los que...
 que enseñaran mucha...
 que por un nexo deduce el inteligente la habi-

CUADRO IV.

LA MUERTE CIVIL.

¿Qué murmullos siento en son de reprobación al anunciar este lienzo?

He dicho «La muerte civil;» ¿y por qué no?

Este punto es de gran estudio en la materia de que tratamos.

El peor mal de todos.

Es carecer de fondos.

Esto lo digo yo, aunque todos lo sabemos, menos los archimillonarios.

«Dame dinero y te hago Papa,» dice un adagio.

Volviendo las cosas al revés, podemos decir, *no me des dinero y te haré un ser despreciable,*

qué puede traducirse por *no tengas un cuarto y serás un miserable*.

El «*tantum tenet, tantum valet,*» es más antiguo que el diluvio y que aquellas plagas tan célebres de Egipto.

Cada vez admiro más al ilustre autor de los versos que siguen, á pesar de no haberle leído sino una:

«Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno,
Como de Dios al fin obra maestra.....»

Y basta de *introito*.

Ignoro hasta qué punto me es permitido reflexionar sobre la razon ó sin razon que existe para que haya un sér racional en la tierra que carezca de trabajo, necesitándolo.

Mas, aunque lo ignoro, el hecho es que hay muchos.

No me refiero, ni trato de hacerlo, á los séres indolentes, perezosos y vagos por propension, educacion é instinto.

Aludo sólo á los séres verdaderamente desgraciados.

En el momento en que existiese ocupacion para que no quedase un sér careciendo de las tres cosas indispensables á la vida, que son: hogar, alimento y vestido; y, á la par de ese trabajo, hubiese una ley rígida que castigase al que rechazara el que debía cumplir, segun sus facultades morales y materiales, en ese mo-

mento, digo, la sociedad caminaría á la perfeccion.

Ley y trabajo.

Todo lo demas es mentira, todo lo demas son absurdos, todo sofismas traídos solamente por la ignorancia de los hombres; cualidad que durará hasta que el hambre termine con el mundo, porque yo voy creyendo que la raza humana acabará por morir de hambre.

Los médicos pueden apreciar esto mejor que nadie. Las enfermedades todas no son mas que una metamórfosis de la terrible plaga que llamamos hambre.

Un músico diría que era la jota con sus cincuenta variaciones.

Igual que existen infinidad de poéticas advocaciones de la Reina de los ángeles, así existen infinidad de nombres para las múltiples fases del mal que consume á la sociedad.

—Higiene necesita V., dice un facultativo á su cliente. Mucha higiene, pocos brevages; esa sangre está pobre, esa constitucion es débil; nada, nada; tasajo y trago; limpieza y aires; distraccion y descanso.

Pero el enfermo no come sino coles, bebe sólo agua turbia, viste el mismo traje dos años y respira el carbónico de su jaula.

Resultado: la tisis; pero la tisis lenta, con la angustia moral y la carencia de todo bienestar.

¿Es posible que las generaciones sean vigorosas en progresion creciente?

Pues sigamos la cuestion: no es sólo la falta del tasajo, del trago, del aseo, del aire, de la distraccion y del descanso, lo que falta al que no puede alcanzarlo; es que no lo hay á casi ningun precio; el vino no es vino, es una mezcla artificial que daña la economía del individuo; la leche es un veneno; el chocolate es un alcuzcuz moruno *sui generis*; el pan es de cal, y el mejor dia será de mampostería concertada; las frutas son verdes ó podridas; los pescados pasados, y la carne lo mismo puede ser de toro que de perro. En un pais donde se ven letreros que dicen, v. g., «*binos y cerbezaz,*» «*café y villares,*» «*segisa de coner,*» y otros por el estilo, es natural que las indicaciones corran pareja con los indicados, y conforme *vino* no se escribe con *b*, tampoco el vino que venden está escrito con zumo de cepas, sino con *b*, como la muestra.

Y así como falta un inspector de rótulos que corrija esas pequeñeces, pues por las pequeñeces se conoce un pais, así falta tambien otro investigador que inspeccione la trastienda, para ver si los artículos de comer y beber son tales artículos.

En esto nos parecemos á muchas mujeres y á muchos hombres; mucha cola en el vestido, y poca tela en la camisa; mucho de bota de charol, y las calcetas rotas.

Y si nó, que lo digan las infelices privadas de los suficientes medios de subsistencia.

Estas mujeres pertenecen á una de las infinitas escalas en que se divide la mesocracia.

Con la misma facilidad puede llegar á ser infeliz la hija de padres acomodados, que la hija que tiene que ayudar con la aguja á su familia.

La metamórfosis de galanteada en galanteadora, suele efectuarse, por lo general, cuando la mujer queda libre de todo yugo paterno ó materno, aunque á veces sucede este cambio bajo la potestad femenina.

La absoluta pobreza es el motor de tan mísero estado, y su duracion, el muelle contenido que impele, por fin, á esta clase de desgraciadas á dar su primogenitura por un plato de lentejas. La desgracia comun es un lazo que suele atraer á dos personas, que se consuelan una con el infortunio de la otra, y hacen una causa misma su doble causa.

Sea completamente huérfana ó nó, la hija de familia mesocrática, á quien llega un dia que en medio de su aislamiento, no tiene pan que llevar á su boca, lo primero que hace es aferrarse á la costura.

Pero este trabajo no es productivo, ni llena la alimentacion siquiera del sér productor, el cual, al cabo de mucha asiduidad, poco descanso, harto desarreglo alimenticio, falta de fresco

en verano y baja temperatura durante todo el invierno, va consumiendo su existencia, enfermando y contrayendo la debilidad de su cuerpo, á la que sigue la debilidad del espíritu.

Nadie la tiende una mano amiga, sus antiguos conocidos huyen de ella, los desconocidos la hacen proposiciones que ofenden su moral, su pudor, su manera de pensar, y envuelta en lágrimas, sucumbe, al fin, por la fuerza, á acciones que jamas hubiese practicado de buen grado, ni por el amor de los amores, ni por el más crecido interes.

Por esto, nadie puede jactarse con el dicho «de este agua no beberé.»

Cuando hay sed, y ésta apura, se bebe hasta barro, y sabe bien.

Si hubiese ley y trabajo, todos beberíamos agua clara, con la única diferencia de que el rico la bebería en copa de oro, el mediano en plateado vaso y el pobre en reluciente vidrio.

Pero las galanteadoras tienen que beber en un charco.

La desgraciada, por fin, harta de luchar con su nefanda é infausta suerte, se decide á lanzarse al acaso.

Este acaso es el primer amor de relámpago que se la presenta, y cuya personalidad no imponga fuertemente á su disfavor, á primera vista.

Puede ser forzoso, ó caprichoso. En el pri-

mer caso, hay que abandonarlo; en el segundo, dejarse abandonar cuando llegue la hora.

Roto el dique una vez, desbordado el torrente vengador del amilanamiento, la mujer, joven aún, pero con rostro ajado por el pesar, con el sello del dolor que marchita las flores de su primavera, y desengañada pronto por las miserias de este paraíso terrenal, queda convertida en galanteadora de oficio.

¡Lastimosa efeméride! ¡Estado triste, que se halla un grado más alto solamente, que el abyecto de la prostitucion!

La galanteadora sale al anochecer, en todo tiempo, de su morada, que suele hallarse sita en un barrio Norte ó Sur de la ciudad que habita.

¡Cuánta abnegacion encierra, por lo general, el alma de una galanteadora!

Ella es cariñosa, buena, dócil y dispuesta siempre á amar al hombre que la diga: «quiero esto así.» Tan cansada se encuentra de libertad que desea un amo, aunque fuese tirano.

Pero su condicion social la pone fuera de este servicio. La borrasca la arrastra con ímpetu y no la deja un instante para asirse á las débiles ramas que se la presentan.

¡Pobres niñas, yo os compadezco y respeto vuestra futura desgracia!

Yo remediaría de raiz este mal, que tanto daño os hace, si en mi mano estuviese la facilidad para ello; si el mundo fuese una pelotilla

de cera á la que yo pudiera dar con las yemas de mis pulgares é índices la forma que deseara y la impulsión que me conviniese.

Pero es imposible; el hombre, la raza humana adolece del mal; la causa es el hambre, y mientras ésta exista existirán galanteadores y galanteadoras de todos matices y de multitud de colores. Todos se preguntan: «¿quién es ella?» y ninguno contesta á la pregunta. Yo responderé por todos: analizad las cuestiones de esta índole, desmenuzad, con los autos á la vista, el asunto, y siempre se os presentará, ya de una parte, ya de otra, un solo motor, una sola fuerza, una causa sola y misma, la falta de dinero, *el hambre*.

Este es el enemigo fuerte y encubierto de toda sociedad; todos le ayudan en su imperio, todos le reciben en su casa, todos le encubren mediante hartos sacrificios.

¿Qué número tan crecido no es, comparado con el total existente, el que se compone de los muchos que viven al día?

Lo necesario se pospone á lo supérfluo, lo frívolo á lo positivo, lo inútil á lo útil.

Hay ninfa que gasta con gusto, haciendo un esfuerzo sobrehumano para ello, 60 ó 100 reales en un pedazo de seda que barra las empolvadas calles de una poblacion; en cambio escatima tres perros chicos en reponer la escoba destinada al piso de su casa.

Hay sátiro que se enamora de un baston que no sabe llevar en la mano, ó de una cadena de lata para atar un parado reloj, y no oye los clamores de su pantalon, que pide á boca abierta le *acuchillen* por amor de Dios.

Hay séres que prefieren una tostada cafetil de dos y medio reales (con propina), á una cena más nutritiva, y, relativamente, más barata. Pagan las comodidades de casa ajena los que no pueden costear las de la propia, pues al caer de aquéllas, tienen que ir á buscarlas.

Y tantos y tantos infelices no salen de su marasmo; no piensan en mejorar su condicion; sólo esperan se les presente un bolsillo muy repleto al volver una esquina, ó les depare la suerte un premio gordo de la lotería nacional. Ensueños locos, ilusiones vanas. Sin trabajo no se produce, sin producir no se adquiere, sin adquirir no se posee y sin poseer no se puede llevar ninguna aspiracion.

Sólo falta, es cierto, que llegue la sociedad á tener trabajo para cuantos lo necesiten, y á que ese trabajo sea retribuido como merezca.

¿Qué se puede esperar de esa multitud de ocupaciones, sin rendimientos que cuenta la civilizacion y que se disputan tantos séres faltos de recursos?

Una corista, v. g., que gana cuatro ú ocho reales de jornal cuando trabaja, ¿qué aspiraciones llena?

Su esclavitud la permite sólo asistir á las diez al ensayo, salir de él á las cuatro de la tarde; volver al teatro á las siete de la noche y regresar á su choza á la una del día siguiente; doce horas de trabajo. Además, ha de calzar bien en la escena, según los papeles que desempeñe; proveerse de moños y dijes de varias épocas; reponer á menudo su tocador de blancos, coloretos y demas untos, y vestir de señorita en la calle.

A esto se sigue el gasto de subsistencia, imposible de soportar; de manera que esta mujer come cuando puede, lo que puede y como puede. ¿Es moral exigir á una mujer ese esfuerzo incompatible con un jornal máximo de dos pesetas? ¿Es moral autorizar ó tolerar esto?

Un escribiente de cualquier dependencia del gobierno puede quizá ganar cuatro mil reales de sueldo, y necesita un capitalito para traslados de provincia á provincia; un traje negro y un Alfonso de plata en constante reserva para el «se suplica el coche.» Si cae enfermo, ¿quién le paga médico y medicina? Pero el hospital es sólo para los pobres, y un empleado de cuatro mil reales... es un pobre como otro cualquiera, con su posición oficial y todo.

¿No sería más conveniente, en vez de seis de á cuatro mil, tener dos de diez que valieran como seis, ahorrándose la Administración un sobrante de cuatro mil reales?

¿Dicen algunos que ahora no hay milagros; ¿qué más multiplicacion de panes y peces que la que nos rodea por todas partes?

La doncella que gana un salario de tres duros al mes, y gasta coturno de cuatro; la casada que convierte los perros en pesetas y las pesetas en columnarios; el dependiente de una casa, que hace cada dia festivo una *convidada* á sus paisanas; los infinitos ingleses que no pagan sus deudas; el que goza de crédito proporcional al círculo de sus conocidos; la hija que cose *para fuera*, á fin de hacerse con moños y zarcas, llegando á veces hasta hacer préstamos al autor de sus dias, etc., etc., ¿no son hechos que tienen algo de diabólico ó de divino?

¿Se quiere obra más milagrosa que convertir un duro en diez, no teniendo sino uno? Pues la cosa es clara, es un juego sin trampa. Si yo tengo diez amigos, y éstos saben que poseo un duro, al pedir á cada uno veinte reales, me los darán, porque saben que puedo pagar la deuda. Mi crédito, basado en un duro, me vale diez efectivos. No los podré pagar, pero ¿quién negará que he hecho un milagro de doscientos reales, un milagro de los más limpios?

No hay duda ninguna acerca de que la igualdad se va extendiendo por doquier, pero es igualdad de decorado. Americana lleva el rico, y americana gasta el mozo de cuerda; zapatos de rejilla usa la aristocrática dama, y lindo y

descotado lo luce la democrática cocinera; las decoraciones son parecidas, pero los actores gozan muy distintos sueldos.

Por esta razón, alguna que gana cuatro reales, gasta cuarenta; el pobrecito que cuenta con diez, paga sólo de casa veinte, y la galanteada se convierte en galanteadora.

¿Qué nos importa la muerte civil, si hay vida material?

La indigestion está al fin.

Miserere.

CONCLUSION.

No quiero más impresiones. Saldré de la Masanimalia esta noche con direccion á mi bello país.

Acabo de ver un cuadro que me ha privado del apetito. Ahora comprendo por qué los pocanimales no necesitamos sociedades protectoras zoológicas. Serían completamente supérfluas.

He visto un sér, conduciendo por una rampa difícil un pesado carro de dos ruedas, cargadísimo de trigo, y arrastrado por dos mulas tíxicas.

El ganado no tenía fuerza para el transporte; su voluntad era mucha, pero con la voluntad no basta para vencer el arrastre; á la resistencia hay que oponer la potencia.

Esto era una cosa desconocida para el miserable sér que ejercía el oficio de verdugo en aquel desgraciado tiro de bestias.

El carretero tenía, á falta de racionalidad, una intencion depravada y una lengua estúpida.

Cuanto más bárbaramente castigaba á los

dos brutos que le habían confiado, más se excitaba su crueldad. La saña, la furia y la locura con que descargaba sus golpes, no la he podido comprender aún, y ménos comprendo la tolerancia de hechos análogos, que igualan al que los tolera con quien los ejecuta.

La mula de varas cayó. El carro pesaba sobre ella; estaba herida, exánime, quieta; el patron de aquel tren, que revelaba á la simple vista la pobreza de los países civilizados, enarboló su vara, y los golpes se sucedieron sin cesar en la cabeza del pobre animal. ¡Si la naturaleza hubiese dado á las mulas el grito del perro, cómo se asustaría un verdugo semejante de su feroz salvajismo! Pero como el caballo calla y muere en medio de horribles dolores, en medio del más espantoso silencio, el salvaje no ve nada, ni nada tampoco se puede exigir á un idiota.

Este, por fin, despues de una faena que pone al hombre en condicion muy inferior á la del bruto, logró que algunos le ayudasen y aconsejasen con algun poco de criterio.

Se desataron los atalajes, se alzó la delantera del carro, y, á cambio de otro buen número de palos, se alzó la bestia á la cuarta ó quinta vez de intentarlo. El animal estaba destrozado. Agarrado al ramal el carrero, siguió su obra, con ánimo, sin duda, de matar al cuadrúpedo, hasta que se sintió rendido de sudor y fatiga.

Había dado su prueba de hombre; estaba satisfecho.

Parece imposible que se imponga una multa por coger una flor, y no se imponga nada por maltratar cobarde y ruinmente á un ser útil é inofensivo.

Desazonado por haber presenciado este trance, y cansado ya de vivir y recorrer países extraños, he caído en grande tristeza, y anhelo verme en mi dulce tierra, donde se anida el bien, donde la paz es un hecho, la virtud una verdad, y donde el orgullo y la ignorancia no destruyen la felicidad de sus habitantes.

Allí hay caballeros de hecho; no hay, pues, necesidad de formarlos de derecho; la abnegación está enclavada en todos los corazones; no hay que señalar con una distinción al que la ejerce; allí germina en todos, al nacer, la inclinación al bien y ni saben el mal, ni pueden ejercerlo. Es un privilegio de naturaleza, que crece y se deja medrar sin torcerlo con los sofismas de una ilustración que no existe, como acostumbran en otros países.

La rosa tiene que esparcir su fragancia y no puede exhalar hedor. El río camina por su cauce, y no puede salirse de él, si no variamos antes su curso con un desvío estudiado.

Se cree el hombre tan grande, que aspira á corregir la naturaleza; se figura tan potente, que quiere avasallar á Dios.

Para tanta miseria no valía la pena de nacer. ¡Pero vale la pena de morir!

Entonces comprende el humano ser su grande imbecilidad.

Si aquel muerto entonces viera el afán con que le embalsaman y le coioran las mejillas los que le sobreviven, se reiría como un turista puede reirse al expiar, fingiéndose dormido bajo un cocotero, el grupo de cuadrumanos que abren su petaca, cogen su baston y se ponen su sombrero.

La civilizacion no transige con nada; interin respiremos, estamos bajo su imperio. Manda que las mujeres sean rubias, pues todas han de serlo; y tanta es la costumbre de la obediencia en lo que debemos desobedecer, que se lleva al *non plus* el precepto; las mujeres se convierten en estatuas de yeso por la blancura que les presta á la piel el venenoso albayalde de plomo. Y hay hombres que van con sus cabellos más tiznados que la sartén de un parador de diligencias. Segun es el patron, así se hace el corte.

Dios no quiera que los zapateros empiecen á hacer su obra prima en forma de tirabuzon, porque entonces los hombres quedarán todos cojos. Ni los sastres sus vestidos con la espalda sin tela, porque morirá de una pulmonía todo ser civilizado. Ni los sombrereros los cubrecabezas, de gran peso, porque habrá cosecha de congestiones cerebrales.

Lo malo es que ya han empezado los caseros á fomentar la tisis.

He ido á despedirme de un bello sujeto que conocí en la Masanimalia; estaba léjos y he alquilado un coche.

Para subir á un piso tercero, con la edad que cuento, necesito llegar descansado; empiezo la ascension y llego al primero; para ser principal, es bajo; para entresuelo, alto. Le supuse como tal; debía, pues, contar tres pisos más. Al fin de mi jornada, llamé. No vivía allí mi amigo; aquel era el cuarto primero. Cuando semejante frase oí de boca de la criada que me abrió la puerta, me quedé petrificado. Había ascendido cuatro pisos, sin contar la planta baja, y me encontraba solamente en el piso primero. No lo quise creer. Empecé á mirar por todas partes y ví un letrero colocado jnto al techo del descansillo, que decía: «*primero.*»

Me juzgué en la meta, y sólo estaba á la mitad del camino. Proseguí la marcha y leí despues «*segundo.*»

No me explicaba aquello. Al salir del cuarto de mi amigo traté de descifrar el enigma. En mi descenso no perdí ni un rótulo: hélos aquí por el orden gerárquico: tercero, segundo, primero, principal, entresuelo, bajo. El último era la planta. De manera, que el tercer piso era el sexto de la casa, sin contar el del suelo de ésta; el principal era el tercero.

El pobre infeliz que viviera en el cuarto quinto, subía ocho pisos nada más.

No puede llevarse á más apogeo la máscara.

La mujer que más ha amado á uno en el mundo, es luégo la más infiel.

Y la más infiel es la que uno quiere sobre todas.

Mi amigo pagaba un cuarto tercero y vivía en el sexto.

Todo son aberraciones; el mundo es una aberracion de la naturaleza, como tantas otras.

FRASCUELO.

Aqui concluyen las Memorias de aquel célebre hombre.

No hemos querido publicarlas íntegras. Hay verdades que amargan; y si bien nos está prohibido el mentir, nos está vedado decir la verdad cuando esa verdad ataca nuestro orgullo é indigna nuestra ignorancia.

FIN.

INDICE.

Págs.

PRÓLOGO. Y

PARTE PRIMERA.

ANTES DEL BAILE, EN EL BAILE Y DESPUES DEL BAILE.

<i>Capítulo</i> I.—Leon.	1
— II.—El restaurant.	11
— III.—Llover si Dios tenía qué.	47
— IV.—La Rivera de Curtidores.	24
— V.—¡Pobres mujeres!	27

PARTE SEGUNDA.

PROPIEDADES DE LOS CUERPOS.

<i>Capítulo</i> I.—Viaje por la Masanimalia.	55
— II.—Zapa, zape y zipizape.	43

PARTE TERCERA.

LA BEATA MARIQUITA, EL BEATO DON HERMÓGENES Y DOS JÓVENES DEVOTOS.

<i>Capítulo</i> I.—Tras de la cruz el diablo.	83
— II.—Las aguas mansas.	63

PARTE CUARTA.

FÉ Y TOROS.

<i>Capítulo</i> I.—La Menosanimalia; creencias de los menosanimales.	73
— II.—A los toros.	79
— III.—Amor, amor y más amor.	87
— IV.—¡Qué cosas tiene el mar!	94

PARTE QUINTA.

EL TEATRO.

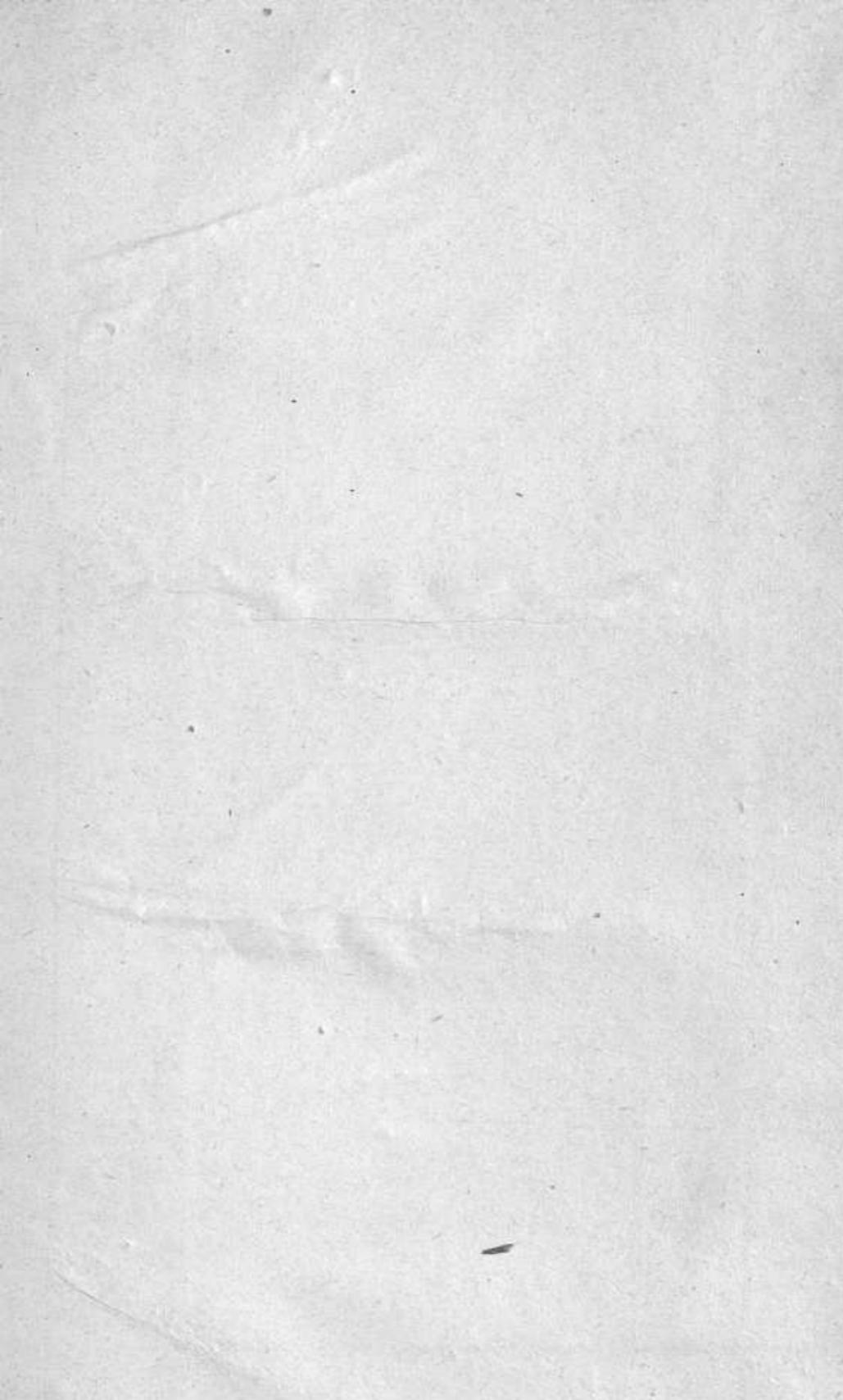
<i>Capítulo</i> I.—Desamparada.	404
— II.—Entre hastidores.	411
— III.—Juan José.	419
— IV.—El signore Cartoucci.	425
— V.—El empresario del Sátrapa.	435

PARTE SEXTA.

EXPOSICION DE CUADROS.

<i>Cuadro</i> I.—Viudez y soltería.	453
— II.—Los visionarios.	460
— III.—Los hombrecitos y las mujercitas.	469
— IV.—La muerte civil.	477

CONCLUSION.	489
---------------------	-----





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

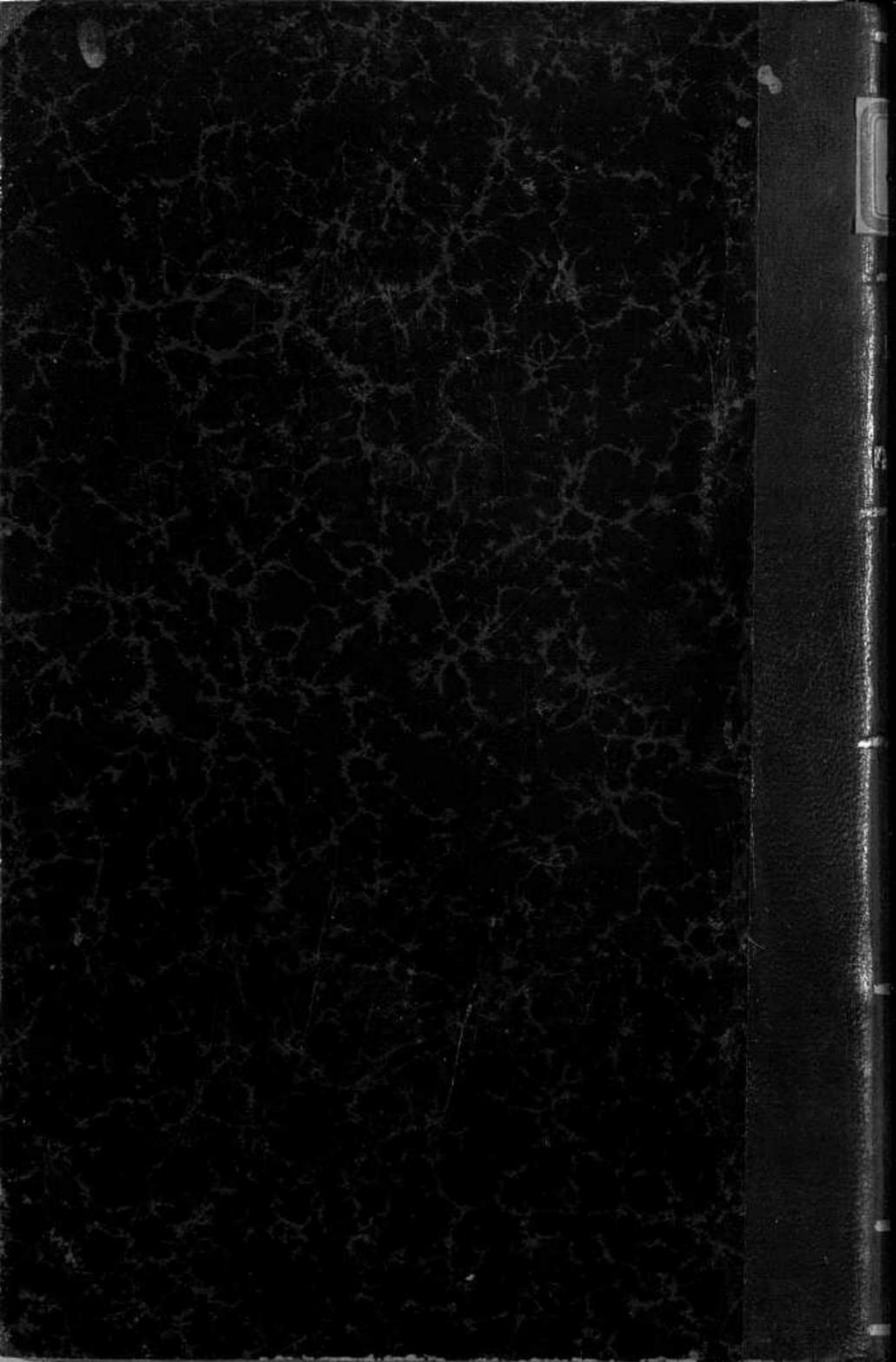
Pesetas.

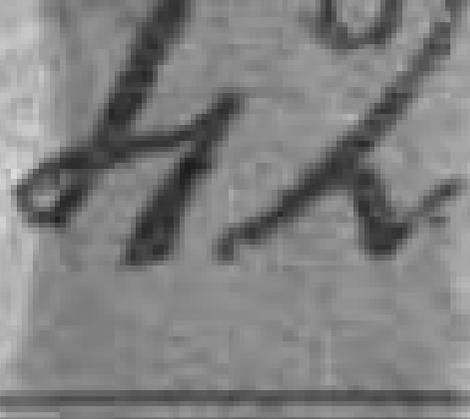
Número... 42 | Precio de la obra.....

Estante... 1 | Precio de adquisición

Tabla 2 | Valoración actual.....

Número de tomos..





MEMORIAS

DE

TRASCURSO